

L

5



00015576



1930

6.715

e/b

*[Handwritten signature]*

*Dupl. 6254*

C. GALLI, FRANCO & CIA. — EDITORES

SERIE GRADUADA

DE

*Duplicado  
del N° 6254*

# LIBROS DE LECTURA

POR

A. VÁSQUEZ ACEVEDO

LIBRO TERCERO

Aprobado por el Consejo Nacional de Educacion.



BUENOS AIRES.

CEPPI, MÜLLER & CIA., CALLE PIEDAD 1081.

1899.

*126 X 192*  
Biblioteca Nacional de Maestros

---

PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

---

# LIBRO TERCERO.

## LECCIÓN I.

### El Libro Tercero.

Mis queridos amiguitos y amiguitas: ¡ya tenemos un nuevo Libro de Lectura!

Están ustedes de enhorabuena, porque supongo que ya deseaban abandonar el Libro Segundo, en que han leído mucho tiempo.

Este libro es un poco más difícil.

Por eso, solamente leerán en él los niños aplicados que han querido contraerse á estudiar. Los desaplicados seguirán con el Libro Segundo.

¡Y cuánto lo van á sentir éstos!

El Libro Tercero tiene trozos variados de lectura, cuentos sobre muchachos traviesos y *raboneros*, sobre

niños buenos y estudiosos; narraciones históricas en que se refieren las acciones de algunos ciudadanos patriotas y virtuosos; fábulas en verso, en que aparecen hablando los animales, y muchas otras cosas entretenidas.

Yo espero que ustedes han de poner cuidado en la lectura, para sacar el mayor provecho de ella.

Las lecciones están destinadas á adiestrarlos en la asignatura y á inspirarles buenas ideas y sentimientos morales.

Fijen mucho la atención en todos los ejercicios, y traten de comprender bien lo que lean, para que esas lecciones llenen su fin, con beneficio para ustedes y satisfacción para su autor, á quien no ha guiado más propósito que el de serles útil.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección? — ¿Qué dice del Libro Tercero?  
— ¿Qué contiene el Libro? — ¿Qué se espera de los niños? —  
¿Qué recomendación se hace al fin?

## LECCION II.



Un hombre feliz.

¡Qué cara tan risueña!  
¡Qué carrillos tan rollizos! ¡Qué ojos tan brillantes!  
¡Qué cabeza tan ancha y tan redonda! ¡Qué boca tan grande, y cómo muestra los dientes! Y los dientes ¡qué blancos son! Y el cabello ¡qué largo y rizado es!

¿Está contento el hombre? ¿Parece un hombre feliz? ¿Se ríe á careajadas? ¿Tiene el cabello tan negro como rizado? ¿Ha oído alguna cosa chistosa? ¿Ha visto alguna cosa bella? ¿Crees que es un hombre viejo?

¿Por qué piensas que está contento? ¿Qué notas en sus ojos? ¿Por qué parece feliz? ¿Qué crees que le agrada? ¿Cómo sabes que su cabello es negro? ¿Quién dice que ha oído algún dicho satírico ó picante? ¿Cómo sabes que no es un viejo?

¿Son sus ojos negros ó son grises? ¿Son grandes ó son pequeños? ¿Es un hombre anciano ó es un joven? ¿Quién puede responder á todas estas preguntas? ¿Puedes ó no? ¿Intentarás responder ó te callarás la boca?

Nosotros no lo oímos, pero lo vemos reír.

No decimos que es un hombre de juicio, sino que es un hombre alegre. Pensamos que es un hombre bueno, nó un hombre malo. Las personas felices rara vez son malas.

Un hombre bueno es alegre y feliz, hace todo el bien que puede, es un buen vecino y un amigo verdadero. Goza del respeto y de la estimación de todos los que lo conocen.

Cuando una persona se ríe á careajadas, los extremos de su boca se levantan, como podemos observarlo

en la lámina, las mejillas se suben y se arrugan, y los ojos se achican.

¿Sucede lo mismo cuando domina la tristeza ó la cólera?

Nó, como has de verlo más adelante.

### **Ejercicio de significación.**

¿Qué dice esta lección? — ¿Qué preguntas hace? — ¿Qué pensamos del hombre? — ¿Cómo es un hombre bueno? — ¿Qué sucede en la cara de una persona que se ríe á carcajadas?

## LECCIÓN III.

### Los adivinos.

LUISA.—Papá, ¿sabes que la pobre sirvienta está enferma?

PADRE.—No, mi hijita; y ¿qué tiene?

LUISA.—Dice que le ha salido un bulto en un brazo y que le duele mucho.

PADRE.—¡Pobre! dile que vaya á casa del Doctor Díaz en mi nombre, y que le pida un remedio.

LUISA.—No, papá; ella dice que se va á curar con un remedio que le ha dado el adivino.

PADRE.—¿Qué dices? ¡el adivino!

LUISA.—Sí, papá, el adivino.

PADRE.—¡Vaya un disparate! Y ¿qué remedio le ha dado el adivino?

LUISA.—El adivino le ha dicho que se haga una cruz con la mano buena sobre el bulto y que se ponga encima una cataplasma de dulce de membrillo.

PADRE.—¡Qué locura! Dile á Mariana que no sea tonta; que no crea en lo que dice el adivino y que vaya hoy mismo á ver al médico.

LUISA.—Papá, ¿entonces los adivinos no saben curar?

PADRE.—Nó, mi hijita. Los adivinos son unos charlatanes que engañan á las pobres gentes, les sacan el dinero y son incapaces de curarlas, porque nada saben de medicina.

LUISA.—Está bien, papá; voy á decirle eso á la infeliz Mariana, para que no haga el remedio del adivino y vea en el acto al Doctor Díaz.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección? — ¿Son buenos los remedios de los adivinos? — ¿Por qué no? — ¿Qué son los adivinos?

## LECCIÓN IV.

### El oso, la mona y el cerdo.

(FÁBULA.)

Un oso con que la vida  
Ganaba un piamontés,  
La no muy bien aprendida  
Danza bailaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,  
Dijo á una mona : — ¿Qué tal?  
Era perita la mona,  
Y respondióle: — Muy mal.

— Yo creo, replicó el oso,  
Que me haces poco favor.  
¡Pues qué! ¿Mi aire no es garboso?  
¿No hago el paso con primor?

Estaba el cerdo presente,  
Y dijo : — ¡Bravo! bien va,  
Bailarán más excelente  
No se ha visto ni verá.

Echó el oso, al oír esto,  
Sus cuentas allá entre sí,  
Y con ademán modesto,  
Hubo de exclamar así :

— Cuando me desaprobaba  
La mona, llegué á dudar;  
Mas ya que el cerdo me alaba,  
Muy mal debo de bailar.

Guarde para su regalo  
Esta sentencia un autor.  
Si el sabio no aprueba, ¡malo!  
Si el necio aplaude, ¡peor!

( IRIARTE.)

### **Ejercicio de significación.**

¿ De quién habla esta fábula? — ¿ Qué hacía el oso? — ¿ Qué pensaba la mona? — ¿ Qué el cerdo? — ¿ Qué exclamó el oso?

---

## LECCIÓN V.

### El balero.

JUAN.— Enrique: ¿ qué tienes en el bolsillo que te hace un bulto tan grande?

ENRIQUE.— Mi balero.

JUAN.— ¡ Ah! te juego al balero. Apostemos á quién acierta más con él.

ENRIQUE. — Te apuesto. Uno. . . dos. . . tres. . . cuatro. . . cinco.

JUAN. — De este modo no me gusta. Yo no sé hacer *redoblonas*. Te juego á la *mariquita*.

ENRIQUE. — No, ése es modo de jugar de los zonzos.

JUAN. — Zonzo serás tú. La mariquita es más interesante.

ENRIQUE. — Pero es mucho más fácil. Como yo juego es como juegan todos los muchachos de la Escuela.

JUAN. — ¿Y tú sabes embocar en la *cazuela*?

ENRIQUE. — ¡ Ya lo creo! Cualquiera emboca en la cazuela hasta por debajo de la pierna.

JUAN. — Y ¿cuántas haces tú contando las *redoblonas*?

ENRIQUE. — Yo hago hasta doscientas seguidas; pero he visto á algunos muchachos hacer muchísimas más.

JUAN. — Bueno, Enrique, eres muy jugador. Vamos á la Escuela, que ya es hora de entrar en clase.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección? — ¿A qué juega Juan? — ¿A qué juega Enrique? — ¿Qué piensa éste del juego á la mariquita? — ¿Qué piensa Juan? — ¿Cómo juega Enrique?

## LECCIÓN VI.

### Los dos hermanos.

Lucas y Miguel son dos hermanos de muy distinto carácter.

Lucas es juicioso, reflexivo y bondadoso. Miguel, por el contrario, es atolondrado y travieso; no medita nunca sobre el valor de sus acciones y sólo piensa en divertirse.

Un día, al salir ambos de la Escuela, divisaron un viejo loco que caminaba por el medio de la calle, llevando sobre la cabeza tres sombreros, colocados uno encima de otro.

En cuanto Miguel lo vió, empezó á gritarle: «¡siete cabezas! ¡siete cabezas!»

Lucas le pidió que callase y dejase de burlarse de aquel desgraciado, que, careciendo de razón, ignoraba lo que hacía.

Miguel no le hizo caso y continuó gritando: «¡siete cabezas! ¡siete cabezas!»

Otros muchachos pillos que pasaban por la calle se unieron á él, y entonaron un coro destemplado de gritos.

El viejo siguió su camino, muy contento con su traje ridículo, sin hacer caso de la algazara de los muchachos.

Viendo eso Miguel, recogió del suelo una cáscara de naranja y se la arrojó en dirección á la cabeza, con la intención de voltearle los sombreros. Los pillos festejaron la gracia y se apresuraron á imitarlo, lanzando sobre el infeliz anciano una lluvia de proyectiles.

Entonces éste, viéndose tan acosado, tomó una piedra de la calle y la lanzó al azar sobre el grupo de sus agresores. La piedra fué á dar precisamente sobre la cabeza de Miguel, infiriéndole una gran herida.

Lucas se apresuró á atender á su hermano; lo llevó á su casa, y contó lo ocurrido á sus padres, quienes aplaudieron su conducta y censuraron severamente la de Miguel.

Éste, después de varios días de cama, se curó; pero formó el sano propósito de ser en adelante juicioso y bueno como su hermano Lucas.

### **Ejercicio de significación.**

- ¿ De qué habla esta lección? — ¿ Cómo son los dos hermanos?  
— ¿ Qué vieron un día los dos hermanos? — ¿ Qué dijo Miguel?  
— ¿ Qué Lucas? — ¿ Qué sucedió? — ¿ Qué propósito formó Miguel?

## LECCIÓN VII.



Un hombre desgraciado.

¿ Ves este hombre extraño ? ¿ Tiene una cara agradable ? ¿ Parece feliz ? ¿ Tiene una expresión alegre, risueña ? ¿ Crees que es un hombre honrado y de buen corazón ? ¿ Qué ? ¿ Tienes miedo de él ? ¿ Tienes miedo de acercarte á él ?

No me sorprende que no quieras acercarte á él. ¿ A

quién le gusta acercarse á un hombre enojado? No á mí, ciertamente. Es desagradable ver á un hombre colérico, porque toda su cara revela sufrimiento. El hombre colérico no es feliz: es desgraciado y hace infelices á todos los que lo rodean.

Mira sus ojos: ¡que feroces parecen! Están ensangrentados por la pasión. Y su frente, ¿ves qué arrugada está y llena de rígidos dobleces? Y las ventanillas de la nariz ¡qué abiertas se hallan! Sus labios ¡qué inflamados están! Y sus dientes, ¡mira cómo los hace rechinar! Está tan enojado que no puede hablar.

No puedes ver sus manos, pero se hallan crispadas, como si quisiera acometer á alguien. Es incapaz de dominarse. ¡Está bramando de ira! ¡Ha perdido la razón! Es lo mismo que un loco.

¡Qué bien expresa la cara de este hombre los sentimientos de su corazón! Podemos leer en ella lo que está pasando por su alma. No puede ocultarnos su corazón. ¡Y qué mal corazón debe de tener! ¡Tan lleno de cólera, de rabia, de venganza! ¡Infeliz hombre!

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué trata esta lección? — ¿Qué dice de la cara del hombre? — ¿Es agradable mirar á un hombre colérico? — ¿Por qué? — ¿Qué son los hombres coléricos?

## LECCIÓN VIII.

### El avestruz, el dromedario y la zorra.

( FÁBULA. )

Para pasar el tiempo congregada  
Una tertulia de animales varios  
( Que también entre brutos hay tertulias ),  
Mil especies en ella se tocaron.

Hablóse allí de las diversas prendas  
De que cada animal está dotado:  
Éste á la hormiga alaba, aquél al perro;  
Quién á la abeja, quién al papagayo.

— Nó (dijo el avestruz): en mi dictamen  
Nó hay más bello animal que el dromedario.  
El dromedario dijo:— Yo confieso  
Que sólo el avestruz es de mi agrado.

Ninguno adivinó por qué motivo  
Tan raro gusto acreditaban ambos.  
¿Será porque los dos abultan mucho?  
¿Ó por tener los dos los cuellos largos?  
¿Ó porque el avestruz es algo simple  
Y no muy advertido el dromedario?  
¿Ó bien porque son feos uno y otro?  
¿Ó porque tienen en el pecho un callo?

Ó puede ser también. . . — No es nada de eso  
(La zorra interrumpió); ya di en el caso.  
¿Sabéis por qué motivo el uno al otro  
Tanto se alaban? . . . Porque son paisanos.

En efecto, ambos eran berberiscos;  
Y no fué juicio, no, tan temerario  
El de la zorra, que no pueda hacerse  
Tal vez igual de algunos literatos.

( IRIARTE.)

### **Ejercicio de significación.**

¿ De qué habla esta fábula? — ¿Qué opinaba el avestruz sobre el dromedario? — ¿Qué el dromedario sobre el avestruz? —  
¿Qué pensó la zorra de la opinión de ambos?

## LECCIÓN IX.

### Una rabona.

Román y Joaquín van para la Escuela.  
En el camino encuentran un tranvía, lleno de gente,  
que se dirige á Belgrano.

El día está hermoso.

Román le dice á Joaquín: — ¡Qué bueno sería que nosotros nos fuéramos también al campo!

— ¿Y la Escuela? le responde Joaquín.

— ¿Qué importa la Escuela? Haremos la *rabona*. Tengo un conocido en Belgrano, que me ha invitado muchas veces á ir á la quinta de su padre. Iremos allá y comerémos buenos duraznos y ricas peras.

— Nó, Román, yo no hago eso. Si mi padre llegara á saberlo, tendría un gran pesar.

— Es que no lo sabrá, porque á nadie lo contarémos.

— Te equivocas, contestó Joaquín; esas cosas se saben siempre, y además, á mí no me gusta obrar nunca mal, y es una mala acción hacer la *rabona*.

— Pues yo me iré solo, replicó Román; buscaré otro compañero menos delicado que tú, y me iré con él á Belgrano. ¡Adiós, Joaquín!

Y diciendo esto se separó de su amigo.

El juicioso Joaquín pasó el día en la Escuela, regresando á la tarde á su casa, satisfecho de haber cumplido su deber.

Al día siguiente se supo por los diarios que Román se había caído de un árbol, fracturándose un brazo.

Sus padres conocieron así su mala conducta, y perdiendo toda confianza en él, no volvieron nunca á dejarlo salir solo.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección? — ¿Qué le propuso Román á Joaquín? — ¿Porqué no aceptó éste? — ¿Qué le sucedió á Román? — ¿Qué resolvieron sus padres?

## LECCIÓN X.

**El 25 de Mayo.**

RICARDO. — Papá, ¿no has visto la Plaza? ¡qué linda está!

PADRE. — Nó, mi hijito; no he pasado todavía por allá; ¿qué hay en la Plaza que tanto te ha gustado?

RICARDO. — Hay muchas cosas: arcos adornados, columnas, palo jabonado, calesitas y rompecabezas. Dicen que mañana habrá una gran parada y fuegos artificiales. Los palos para los fuegos están ya colocados.

PADRE.—¡Cómo van á divertirse tú y tus hermanitos! Los llevaré á que vean todo. ¿Y sabes por qué hacen esas fiestas?

RICARDO.—Sí, papá; porque mañana es el 25 de Mayo.

PADRE.— Es verdad, mi hijito; pero ¿sabes tú por qué se festeja el 25 de Mayo?

RICARDO.— ¡Ya lo creo! porque es el aniversario de la gloriosa revolución de que emanó la independencia de nuestro país y de otros países de América.

PADRE.— Y á tí te parece que es ese un hecho glorioso.

RICARDO.— Sí, papá, porque sin la independencia, nuestro país no habría llegado al estado de progreso y prosperidad que ha alcanzado en tan pocos años de vida propia, mereciendo que se le coloque entre las naciones mas importantes de la América del Sur.

PADRE.— Tienes razón, mi hijo. Por eso debes tú amar y respetar á los grandes ciudadanos que iniciaron la revolución de Mayo, y á los hábiles y valientes generales que supieron hacerla triunfar en los campos de batalla. ¿Sabes tú cómo se llamaban los primeros?

RICARDO.— Sí, papá.— En la Escuela me han enseñado sus nombres: se llamaban *Cornelio Saavedra, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Miguel*

*Azcúénaga, Manuel Alberti, Domingo Matheu, Juan Larrea, Mariano Moreno y Juan José Passo.*

PADRE. — Muy bien. No olvides esos nombres nunca. ¿Y sabes quienes fueron los generales que con su talento, su bravura y sus virtudes, hicieron triunfar la revolución de Mayo, llevando su bandera gloriosa desde las márgenes del Plata hasta las costas del Océano Pacífico?

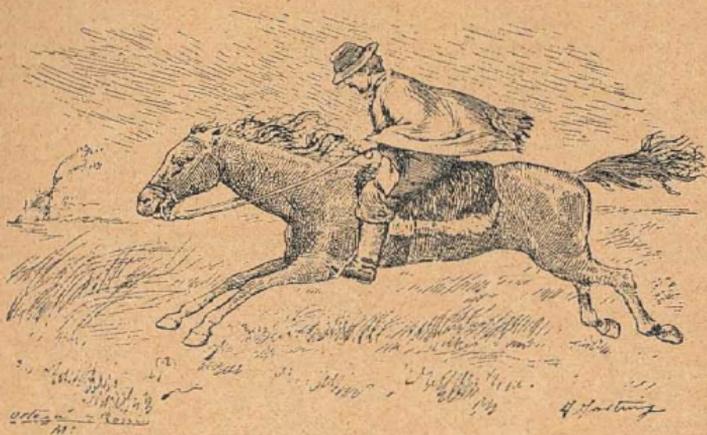
RICARDO. — Si, también lo sé, papá. — Figuran en primera línea el GENERAL SAN MARTÍN, vencedor en *San Lorenzo, Chacabuco y Maipú*, el GENERAL BELGRANO, vencedor en *Tucumán y Salta*, el GENERAL ARENALES, el GENERAL LAS HERAS, el GENERAL BALCARCE, el GENERAL RONDEAU, el GENERAL ALVEAR y otros.

PADRE. — Bien, mi hijo. — Veo que has aprovechado las lecciones de historia nacional recibidas en la Escuela. Tú no eres capaz todavía de comprender bien los servicios de esos grandes patriotas, — pero es bueno que desde niño te acostumbres á amarlos y á pensar en ellos con respeto y gratitud.

### **Ejercicio de significación.**

¿ De qué habla esta lección? — ¿Qué se festeja el 25 de Mayo?  
— ¿Por qué es un hecho glorioso la independecia? — ¿Cómo se llamaban los grandes ciudadanos que iniciaron la revolución?  
¿Cómo se llamaban los generales que la hicieron triunfar?

## LECCIÓN XI.



### Un día de fuerte viento.

- ¿ Puedes decirme que representa esta lámina?
- ¿ Por qué cabalga el hombre en esta posición?
- ¿ Por qué va inclinado hacia adelante?
- ¿ Por qué lleva el sombrero echado hacia la cara?
- ¿ Puede ver bien así?

Comprendes, sin duda, que el día está muy ventoso. ¿ Puedes decir de qué lado está el viento? ¿ Por qué puedes decirlo? ¿ Observas cómo el viento se lleva el poncho del hombre y la crin del caballo?

El viento sopla de frente. Quizás llueve también. Quizás está muy frío.

¿Ves cómo el jinete lucha con el viento? Si se mantuviese derecho, ¿podría cabalgar tan bien? Si no tuviese el sombrero echado sobre los ojos, ¿crees que podría conservarlo sobre la cabeza?

En la posición en que el hombre se halla, el sombrero le preserva la cara del viento y de la lluvia.

Pero ¿por qué tiene el caballo las orejas inclinadas hacia atrás? Porque de otra manera el viento y la lluvia penetrarían dentro de ellas, lo que sería muy desagradable para el pobre animal. El caballo comprende lo que le conviene hacer con sus orejas para librarlas del agua y del viento.

Si el viento le soplasen al hombre por la espalda, ¿estaría sentado de la misma manera sobre su montura? ¿Cómo estaría sentado? ¿Cómo tendría colocado el sombrero? ¿En qué dirección estarían las orejas del caballo? Y la crin y la cola del mismo, ¿qué dirección tendrían?

Si el viento cambiase ¿habría que cambiar también la figura? Sin duda; el hombre, el caballo y las nubes no podrían conservarse como están.

¿Puedes decirme cómo tendría que cambiar la lámina?

Muchas cosas cambian en el mundo *según el viento que sopla.*

### **Ejercicio de significación.**

¿ De qué habla esta lección? — ¿ Qué representa la lámina? —  
¿ Cómo sopla el viento? — ¿ En qué dirección? — ¿ Qué es lo que  
revela la dirección del viento? — ¿ Si el viento le sopla al hom-  
bre por la espalda, ¿ cómo estaría sentado? ¿ cómo tendría el  
sombrero?

## LECCIÓN XII.

### **El elefante y otros animales.**

( FÁBULA. )

Allá en tiempo de entonces,  
Y en tierras muy remotas,  
Cuando hablaban los brutos  
Su cierta jerigonza,  
Notó el sabio elefante  
Que entre ellos era moda  
Incurrir en abusos  
Dignos de gran reforma.  
Afeárselos quiere;  
Y á este fin los convoca.

Hace una reverencia  
Á todos con la trompa  
Y empieza á persuadirlos  
Con una arenga docta  
Que para aquel intento  
Estudió de memoria.  
Abominando estuvo  
Por más de un cuarto de hora  
Mil ridículas faltas,  
Mil costumbres viciosas:  
La nociva pereza,  
La afectada bambolla,  
La arrogante ignorancia,  
La envidia maliciosa.  
Gustosos en extremo,  
Y abriendo tanta boca,  
Sus consejos oían  
Muchos de aquella tropa:  
El cordero inocente,  
La siempre fiel paloma,  
El leal perdiguero,  
La abeja artificiosa,  
El caballo obediente,  
La hormiga afanadora,  
El hábil jilguerillo,  
La simple mariposa.

Pero del auditorio  
Otra porción no corta,  
Ofendida, no pudo  
Sufrir tanta parola.  
El tigre, el rapaz lobo  
Contra el censor se enojan.  
¡Qué de injurias vomita  
La sierpe venenosa!  
Murmuran por lo bajo,  
Zumbando en voces roncás,  
El zángano, la avispa,  
El tábano y la mosca.  
Sálense del concurso,  
Por no eseuchar sus glorias,  
El cigarrón dañino,  
La oruga y la langosta.  
La garduña se encoge;  
Disimula la zorra;  
Y el insolente mono  
Hace de todo mofa.  
Estaba el elefante  
Viéndolo con pachorra;  
Y su razonamiento  
Concluyó en esta forma:  
« Á todos y á ninguno  
Mis advertencias tocan:

Quien las siente, se culpa;  
El que nó, que las oiga.»  
    Quien mis fábulas lea,  
Sepa también que todas  
Hablan á mil naciones,  
No sólo á la Española.  
Ni de estos tiempos hablan;  
Porque defectos notan  
Que hubo en el mundo siempre,  
Como los hay ahora.  
Y pues no vituperan  
Señaladas personas,  
Quien haga aplicaciones,  
Con su pan se lo coma.

( IRIARTE. )

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta fábula? — ¿Qué observó el elefante? —  
¿Qué hizo y con qué objeto? — ¿Quiénes oyeron gustosos sus  
consejos? — ¿Quiénes se quejaron? — ¿Cómo concluyó su dis-  
curso el elefante?

## LECCIÓN XIII.

### Libertad inesperada.

Caminando un señor un día por las calles de una ciudad, vió á un muchacho que tenía en una jaula una porción de pajaritos para vender.

Miró con dolor á los pobres prisioneros, que volaban de un lado á otro de la jaula, metiendo la cabeza entre los alambres y haciendo esfuerzos por escaparse.

Se detuvo un momento delante de la jaula, y en seguida le dijo al muchacho:— ¿Cuánto quieres por tus pájaros?

—Diez centavos cada uno, contestó el joven negociante.

—No te pregunto lo que vale uno, dijo el hombre, sino lo que valen todos, pues quiero comprarte todos.

El muchacho hizo sus cuentas y acabó por pedir al señor tres pesos.

—Aquí tienes tu dinero; y le entregó tres billetes de un peso.

El vendedor los tomó, muy contento por haber concluído tan bien y tan pronto su negocio del día.

Apenas había terminado el trato, cuando el hombre, abriendo la puerta de la jaula, dejó escapar todos los pajaritos.

El muchacho, con gran sorpresa, exclamó:

— ¿Qué ha hecho Vd., señor! Ha perdido Vd. todos sus pájaros.

— Te diré por qué he hecho eso, contestó el hombre. Durante tres largos años he permanecido encerrado en una cárcel, como prisionero de guerra, y cuando salí de ella formé la resolución de no ver encarcelado jamás á ningún ser inocente, siempre que su libertad dependiese de mí.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué trata esta lección? — ¿Qué hizo el hombre? — ¿Qué preguntó el muchacho? — ¿Qué contestó éste? — ¿Qué hizo con los pájaros el señor? — ¿Por qué?

---

## LECCIÓN XIV.

### Un niño adelantado.

Un señor fué de visita á una casa.

Estaba en la sala, esperando á la persona á quien deseaba ver, cuando entró tocando la trompeta un chiquitín de seis años, con quien entabló la siguiente conversación:

SEÑOR. — ¡Hola! ¿Cómo está Vd. mi chiquitín?

NIÑO. — ¡Chiquitín! nó; yo soy *gande*, porque voy á la Escuela de *vadones*, cuando no llueve y estoy *güeno*.

SEÑOR. — Muy bien: Vd. dispense; y ¿qué aprende Vd. en la Escuela?

NIÑO. — Aprendo á deletrear y á hacer muchas cosas.

SEÑOR. — ¿Qué sabe Vd. deletrear?

NIÑO. — Yo sé deletrear *uva*, *cara*, *perro*, *niño*.

SEÑOR. — Á ver, ¿cómo se deletrea *cara*?

NIÑO. — **C-a-r-a**, cara.

SEÑOR. — Muy bien: y ¿cómo se deletrea *perro*?

NIÑO. — **P-e-r-a**, perro.

SEÑOR. — ¡Cómo! ¿**P-e-r-a** es perro?

NIÑO. — **P-a-rr-a**, perro, digo. Apuesto á que Vd. no lo sabe deletrear como yo.

SEÑOR. — ¡Ah! nó; Vd. es un admirable deletreador.

NIÑO. — Y puedo deletrear muchas otras palabras. *Podeso* estoy á la cabeza de la clase.

SEÑOR. — ¿Cuántos son en su clase?

NIÑO. — Dos: yo y una niña que no estuvo hoy en la Escuela y *podeso* yo pasé á la cabeza de la clase.

SEÑOR. — Vd. debe de ser un alumno muy aprovechado.

NIÑO. — ¡Ya lo creo! La maestra dice que me va á dar un premio.

SEÑOR. — ¡Premio! y ¿qué es un premio?

NIÑO. — Yo no sé. Creo que será algún títere ú otro juguete. Á mí me gustaría un buen tambor: **m-a-b-o**, tambor.

SEÑOR. — ¿Cuánto tiempo tiene Vd. de escuela, mi gran amigo?

NIÑO. — ¿Cuánto tiempo? No sé bien: nueve ó cinco ó seis días. Uno, tres, dos, seis. Yo también estudio *rismética*

SEÑOR. — Está Vd. muy adelantado. Pronto podrá poner Escuela para enseñar á otros.

NIÑO. — Me *padece*. Ahora puedo ya enseñar al gato. Sólo que el gato no habla: — **b-a-b-a**, habla.

SEÑOR.— Vd. me derrota á mí en deletreo.

NIÑO.— **rr-o-to**, derrota. ¿Qué quiere Vd. darme para deletrear? ¿Puede Vd. deletrear su nombre como yo? **J-u-n-o**, Juan; **F-o-l-e-s**, Flores— Juan Flores.

La conversación quedó aquí interrumpida por la entrada del padre de Juanito, quien le ordenó á éste fuera á tocar la trompeta al patio.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección?—¿Qué sabía deletrear el niño?—¿Por qué estaba á la cabeza de su clase?—¿Qué entendía por premio?—¿Qué otra cosa estudiaba?—¿A quién le podía dar lecciones?—¿Por qué se interrumpió la conversación?

---

## LECCIÓN XV.

### **Los fantasmas.**

Los sirvientes y otras personas ignorantes suelen hablar á los niños de *fantasmas*.

Los fantasmas son, según ellos, seres ó cosas extrañas y misteriosas, que aparecen y se mueven durante la noche.

Es preciso que nadie crea en semejantes tonterías, y que todos comprendan cómo la noche y la obscuridad pueden engañarlos, haciéndoles tomar por fantasmas las cosas más comunes y sencillas.

Voy á referir á mis pequeños lectores uno ó dos cuentos, para que se rían cuando alguien les hable de fantasmas:

«Un muchacho fué una noche al corral de su casa á dar de comer á unos caballos que su padre tenía.

Al llegar al corral observó una cosa larga, blanca y blanda, que parecía dirigirse hacia él.

Asustado retrocedió y se fué corriendo á decir á su padre que había visto en el corral un fantasma, alto como un gigante, y que parecía tener unos cuernos largos . . . muy largos.

El padre tomó una escopeta, el hijo mayor se apoderó de una horquilla de hierro, la cocinera de un hacha y la madre de una escoba; y todos juntos y así armados, se dirigieron con gran aparato á pelear al fantasma.

En la puerta del corral se detuvieron á mirar y descubrieron al titulado fantasma, que se movía para adelante y para atrás.

Se disponía todo el *ejército* á atacarlo, cuando la madre, soltando una fuerte carcajada, exclamó: ¡Qué

zonzera! El fantasma es un vestido blanco que puse hoy á secar en una cuerda, y que al empuje del viento se mueve de un lado á otro. Los cuernos son dos palos que coloqué para levantar el vestido é impedir que se arrastrase por el suelo. »

Otro cuento:

« Un hombre caminaba una noche á lo largo de una carretera.

De pronto descubrió una cosa blanca delante de sí.

Se detuvo. La cosa blanca se movía en el suelo. El hombre la siguió; y entonces ella empezó á huir, extendiendo unos blancos y largos brazos que inspiraban terror.

El hombre, asustado, se volvió para atrás y contó el suceso á varios amigos.

Uno de éstos, persona de buen sentido, que no creía en fantasmas ni en cosas sobrenaturales, se rió del lance y propuso á aquél acompañarlo á descubrir el objeto.

Se dirigieron entonces ambos al lugar en que había aparecido la cosa blanca, y muy pronto la encontraron.

Al verlos, el objeto, como la primera vez, empezó á alejarse, levantando sus largos y blancos brazos.

Lo persiguieron, y al fin el hombre despreocupado consiguió detenerlo, resultando que el fantasma era . . .

un ganso cojo, que levantaba las alas para correr y escapar á la persecución.»

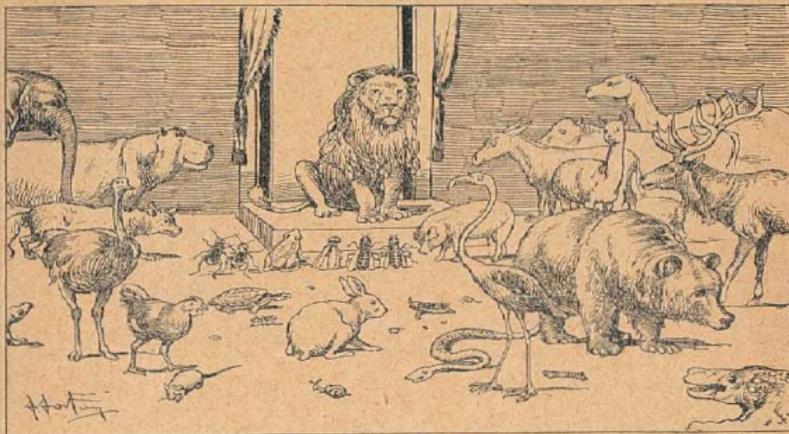
Ahora, mis amigos, siempre que alguien les hable de fantasmas, recuerden estos dos cuentitos.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección?—¿Cómo es el primer cuento?—  
¿Qué era el fantasma?—¿Cómo es el segundo cuento?—¿Qué resultó?

---

## LECCION XVI.



### La música de los animales.

En la corte del león,  
Día de su cumpleaños,  
Unos cuantos animales  
Dispusieron un sarao;  
Y para darle principio  
Con el debido aparato,  
Creyeron que una academia  
De música era del caso.

Como en esto de elegir  
Los papeles adecuados  
No todas veces se tiene  
El acierto necesario,  
Ni hablaron del ruiseñor,  
Ni del mirlo se acordaron,  
Ni se trató de calandria,  
De jilguero ni canario.  
Menos hábiles cantores,  
Aunque más determinados,  
Se ofrecieron á tomar  
La diversión á su cargo.

Antes de llegar la hora  
Del canticio preparado,  
Cada músico decía:  
< ¡Ustedes verán qué rato! »  
Y al fin la capilla junta  
Se presenta en el estrado  
Compuesta de los siguientes  
Destrísimos operarios:  
Los típies eran dos grillos;  
Rana y cigarra, contraltos;  
Dos tábanos, los tenores;  
El cerdo y el burro, bajos.  
Con qué agradable cadencia,  
Con qué acento delicado

La música sonaría,  
No es menester ponderarlo.  
Baste decir que los más  
Las orejas se taparon,  
Y por respeto al león  
Disimularon el chasco.

La rana, por los semblantes  
Bien conoció, sin embargo,  
Que habían de ser muy pocas  
Las palmadas y los bravos.  
Salióse del corro, y dijo:  
« ¡Cómo desentona el asno! »  
Éste replicó: « Los tiples  
Sí que están desentonados. »  
« Quien lo echa todo á perder  
(Añadió un grillo chillando),  
Es el cerdo. » « Poco á poco  
(Respondió luego el marrano):  
Nadie desafina más  
Que la cigarra, contralto. »  
« Tenga modo, y hable bien  
(Saltó la cigarra): es falso;  
Esos tábanos tenores  
Son los autores del daño. »  
Cortó el león la disputa,  
Diciendo: « ¡Grandes bellacos,

Antes de empezar la solfa  
No la estabais celebrando?  
Cada uno para sí  
Pretendía los aplausos,  
Como que se debería  
Todo el acierto á su canto;  
Mas viendo ya que el concierto  
Es un infierno abreviado,  
Nadie quiere parte en él,  
Y á los otros hace cargos.  
Jamás volváis á poneros  
En mi presencia: ¡mudaos!  
Que si otra vez me cantáis,  
Tengo de hacer un estrago.»

( IRIARTE. )

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta fábula? — ¿Qué dispusieron los animales? — ¿De quiénes no se acordaron? — ¿Quiénes tenían los papeles principales? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué dijo el león para cortar la disputa?

## LECCIÓN XVII.

### Noticias de una estancia.

Lorenzo es un niño de doce años, que fué una vez con su tío don Sebastián, á pasar quince días en la estancia de éste, situada en Alsina, Partido de Olavarría.

Cumpliendo una promesa que le había hecho á su mamá, le escribió de allí la siguiente carta:

Alsina, Octubre 4 de 1898.

Señora doña María N. de Sagastume.

Mi querida mamá:

Estoy muy bueno y contento.

Mi tío me ha dado un potrillo colorado, en que monto todos los días.

Ya sé trotar y galopar.

El potrillo se empaca algunas veces, pero yo lo hago andar á fuerza de chicote.

Un día quise correr una carrera con un muchacho que tiene un mancarrón flaco y lerdo. Yo habría ganado seguramente; pero tío Sebastián no me dejó

correr de miedo que el potrillo me voltease. ¡Qué miedoso es mi tío! ¿no es verdad? Ramón, el hijo del puestero don José María, que es un chiquitín, corre carreras todos los días, sin que le suceda nada.

Todas las mañanas tomo un gran jarro de leche. ¡Si vieras cuantas vacas hay en la estancia! También hay muchas ovejas, novillos y caballos.

He visto una porción de animales raros: nutrias, vizeachas, comadreja, zorros y avestruces. Las nutrias parecen grandes ratas. Viven en el arroyo y son muy ariscas, pero no hacen daño. Los avestruces corren con gran rapidez, haciendo *gambetas*. He recogido algunos huevos.

En la estancia hay muchos peones.

Uno, que se llama Fausto, es muy amigo mío.

Es un paisano trigueño, de pelo muy largo, que usa bombachas azules y un sombrerito de *compadre*.

Yo ando siempre con él. Á menudo me convida á pastorear las ovejas. — «Venga, rubio, me dice; vamos á cuidar el *ganao*, y tomaremos un *cimarrón*.»

Algunas veces yo lo acompaño.

Después que junta las ovejas, nos sentamos á la sombra de unos sauces. Allí, él enciende un fueguito, pone á calentar agua y empezamos á *matear*.

El pobre Fausto no sabe leer ni escribir. Yo le he dicho que le voy á enseñar á leer.

Lo que más gracia me hace es el modo de hablar. Figúrate que dice *ansina* por así, *truje* por traje, *vide* por ví, *haiga* por haya, y muchas otras palabras impropias. Á mí me da risa cuando se las oigo decir; pero él es tan bueno, que no se enoja.— « Yo no he *andao* en la escuela, dice; por eso no sé hablar bien ni *escrebir*. »

De noche me divierto mucho en la cocina oyendo las conversaciones de los buenos paisanos. Fausto, que es muy alegre, toca la guitarra y canta *décimas*, inventadas por él. Todos dicen que es un buen guitarrista. Yo le pregunté una vez quién le había enseñado á tocar, y se rió, diciéndome que los *gauchos* aprendían solos la guitarra.

Hasta otra vez, mamá. Recuerdos á papá y á mis hermanitos.

Tu hijo,

LORENZO SAGASTUME.

### **Ejercicio de significación.**

¿ De qué habla esta lección? — ¿ Qué dice Lorenzo de su potrillo? — ¿ Qué dice de los animales que ha visto? — ¿ Qué hace con Fausto? — ¿ Qué dice del modo de hablar de éste? — ¿ Cómo pasa las noches Lorenzo?

## LECCIÓN XVIII.

### Los gallos peleadores.

He aquí un cuento de dos gallos tontos, que siempre se peleaban.

Tú no te peleas, ¿no es verdad?

Me alegró mucho; pero si conoces algún muchacho peleador, refiérele este cuento.

Había una vez una gallina que tenía una porción de pollitos. La buena madre cuidaba á sus hijitos con el mayor esmero; les buscaba alimento durante el día, y de noche, lo mismo que cuando hacía frío, los recogía amorosamente bajo sus alas.

Los pollitos eran todos buenos, con excepción de dos gallitos que no perdían ocasión de pelearse. Apenas salidos de la cáscara empezaron á picarse; y una vez grandecitos se peleaban hasta cubrirse de sangre. Si uno encontraba un grano de maíz, el otro se lo disputaba. Nunca tenían el aspecto decente, porque sus plumas se despedazaban y ensuciaban con las riñas repetidas. Se picaban los ojos con tanta furia, que se hallaban casi ciegos.

La vieja gallina á menudo les decía que era muy feo pelearse así. Ellos, sin embargo, no hacían caso.

Un día, estos dos gallos tuvieron una riña feroz. El más grande, que se llamaba *Poco*, lo derrotó al otro, lo corrió y lo echó fuera del corral.

El gallo vencido se alejó del lugar en qué estaba su adversario y se ocultó entre unas yerbas. Sentíase avergonzado de su derrota y juró vengarse; pero no se animaba á tomar venganza por sí mismo, porque no se consideraba bastante fuerte.

Después de mucho pensar salió de su escondite, se fué á la casa de un zorro muy astuto que vivía cerca, y le dijo: « Señor zorro, venga Vd. conmigo: le mostraré dónde hay un gallo gordo para que me haga el favor de comérselo. »

El zorro aceptó con mucho placer la invitación, porque estaba hambriento. — « Sí, contestó; iré con todo mi corazón, y le prometo no dejar ni una pluma del gallo gordo. Vamos y muéstreme Vd. dónde se encuentra. »

Al anoecer se pusieron ambos en camino, y el gallo vengativo le mostró á su compañero el lugar en que estaba el pobre *Poco*. En el acto el zorro se lanzó sobre éste, le quebró el pescuezo y se lo engulló en cuatro bocados. El hermano estuvo presenciando la ejecución con mucha complacencia; y cuando vió que

no quedaba ni una pluma de su enemigo, cantó con gran satisfacción.

Pero, una vez concluída la tarea, el zorro dijo entre sí: « *Poco* estaba muy sabroso, mas yo tengo hambre todavía; » y lanzándose sobre el gallo vengativo, se lo tragó en un dos por tres.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué trata esta lección? — ¿Qué dice de los dos pollitos? — ¿Qué sucedió un día? — ¿Qué hizo el gallo vencido? — ¿Qué hizo el zorro? — ¿Qué ocurrió?

## LECCIÓN XIX.

### **Un buen modo de cazar pajaritos.**

FEDERICO.—Papá: ¿me quieres comprar una jaula?

PADRE.—¡Una jaula, Federico! ¿Para qué quieres una jaula?

FEDERICO.—La quiero para poner mi pajarito.

PADRE.—¡Tu pajarito! No sabía que tuvieses ninguno.

FEDERICO.—No tengo todavía, pero voy á tener uno.

PADRE.—¿Cómo?

FEDERICO.—¡Oh! yo sé. Ildefonso Díaz me ha enseñado un modo muy bueno de cazar pájaros, y lo voy á usar. Te cazaré uno, si quieres, papá.

PADRE.—No, mi hijito; me falta tiempo para ocuparme en cuidar pájaros, y tengo, además, duda sobre si será bien hecho encarcelar á esos pobres animalitos. Pero abrigo curiosidad por saber cómo vas á manejarlo para cazar tantos como tú te imaginas. Yo he creído siempre que no era cosa muy fácil.

FEDERICO.—¡Ah! es muy sencillo, papá. No hay más que acercarse á los pajaritos y echarles sal en la cola.

PADRE.—Bien: y ¿qué sucederá entonces?

FEDERICO.—Que el pájaro quedará cazado: ya lo ves.

PADRE.—Nó, no veo semejante cosa.

FEDERICO.—¿Por qué, papá? Es tan seguro como un tiro. Ildefonso Díaz me ha dicho que si yo me acerco lo bastante para poder echarle la sal en la cola, el pajarito no se moverá ni una pulgada y quedará como muerto. Ahora, ya sabes cómo se hace la operación.

PADRE.—¿Ildefonso Díaz ha cazado pájaros alguna vez de esa manera?

FEDERICO.—Nó; pero dice que él sabe que se hace así.

PADRE.—Á ver, Federico, date vuelta, y deja que te ponga un poco de sal en el faldón de tu saco, para ver si eso impide que corras.

FEDERICO.—¡Oh! papá. Tú sabes que eso no puede suceder, á menos que tú me agarres el faldón.

PADRE.—Pues bien: ya tienes el secreto para cazar pájaros.

FEDERICO.—¿Cómo? Yo no veo secreto alguno.

PADRE.—Si me pongo bastante cerca de tí para poder echarte sal en el faldón del saco, puedo de la misma manera agarrarte y apoderarme de tí.

FEDERICO.—Ya cômprendo ahora. Si puedo acercarme tanto al pajarito que me sea posible echarle sal en la cola, puedo también agarrarlo de una vez con mis manos.

PADRE.—Eso es, mi hijito; pero, para que eso pueda ocurrir, ya emplees sal, pimienta ó azúcar, es esencial una cosa.

FEDERICO.—¿Qué cosa?

PADRE.—Que el pajarito, al verte, permanezca quieto y no salga volando. ¿Cuántas jaulas quieres que te compre?

FEDERICO.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Ahora no las necesito.

**Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección?— ¿Cómo pensaba Federico cazar pajaritos?— ¿Qué le había dicho Ildefonso Díaz?— ¿Cuál era el verdadero secreto?— Para obtener resultado, ¿qué es esencial?

---

LECCIÓN XX.

El caminante y la mula de alquiler.

Harta de paja y cebada  
Una mula de alquiler  
Salía de la posada,  
Y tanto empezó á correr,  
Que apenas el caminante  
La podía detener.  
No dudó que en un instante  
Su media jornada haría;  
Pero algo más adelante  
La falsa caballería  
Ya iba retardando el paso.  
¿Si lo hará de picardía? . . .

¡Arre! . . . ¿te paras? . . . Acaso  
Metiendo la espuela . . . Nada,  
Mucho me temo un fracaso . . .

Esta vara, que es delgada .  
Menos . . . Pues este aguijón  
Mas, ¿si estará ya cansada?

Coces tira . . . y mordiscón:  
Se vuelve contra el jinete . . .  
¡Oh qué coreovo, qué envión!

Aunque las piernas apriete . . .  
Ni por esas . . . ¡Voto á quién!  
Barrabás que la sujete . . .

¡Por fin dió en tierra! . . . ¡Muy bien!  
¿Y eras tú la que corrías?  
¡Mal muermo te mate, amén!

No me fiaré en mis días  
De mula que empiece haciendo  
Semejantes valentías.

Después de este lance, en viendo  
Que un autor ha principiado  
Con altisonante estruendo,

Al punto digo: ¡Cuidado!  
¡Tente, hombre, que te has de ver  
En el vergonzoso estado  
De la mula de alquiler!

( IRIARTE. )

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta fábula? — ¿Qué hizo la mula al salir de la posada? — ¿Qué ocurrió después? — ¿De qué medio se valió el jinete para hacerla andar? — ¿Con qué resultado? — ¿Qué dicen los últimos versos?

## LECCIÓN XXI.

**¡ Están verdes !**

Pasaba una vez un zorro muy sediento por un jardín, y observó unas hermosas uvas que colgaban de un zarzo.

El zarzo estaba muy alto; de manera que el zorro no podía alcanzar la exquisita fruta. Saltó distintas veces, dió vueltas por diferentes lados, y ensayó variados medios para tomar un racimo; pero todo fué en vano. No pudo satisfacer su deseo.

Al fin, cansado de esfuerzos infructuosos, se alejó del parral diciendo entre sí: « No importa; estas uvas no sirven para nada: están verdes. Aunque se hallaran en el suelo, yo no las recogería. »

Algunas veces los niños y las niñas obran de la misma manera que el zorro. Si desean alguna cosa que han tratado de obtener inútilmente, y notan que otro la consigue, ellos dicen que no sirve para nada, y que no la tomarían aunque pudiesen.

Teresa Bota era una niña envidiosa. Había estado tratando de conseguir un premio que la maestra había ofrecido al alumno que estuviese á la cabeza de la clase en día señalado.

Habiendo Leoncio Pérez ganado el premio, Teresita le dijo despechada: «Tú estás muy orgulloso porque has recibido el premio; pues yo no lo habría tomado si la maestra me lo hubiese dado.»

Al conducirse de esta manera y al expresarse así, Teresa Bota obraba del mismo modo que el zorro de las uvas.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué trata esta lección? — ¿Qué notó el zorro? — ¿Qué hizo? — ¿Qué dijo el zorro al alejarse del parral? — ¿Qué dice de algunos niños? — ¿Qué dice de Teresa Bota? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué dijo Teresa? — ¿Qué dice el último párrafo?

## LECCIÓN XXII.



Lo que dicen las láminas.

¿No es ésta una linda lámina?

¡Qué hermosa, qué fresca, qué noble es la cara del niño! ¡Qué brillantes son sus ojos! Su cabello es suave y rizado. ¡Qué redondos son sus brazos! Son tan blancos como el papel.

Este niño es ciertamente una exacta representación de la belleza y de la salud infantiles. Su rostro franco y honrado nos revela que es feliz. ¡Qué bien podemos

leer en su cara! Sus padres deben de ser muy bondadosos y han de amarlo mucho.

Y el joven desconocido que toma bondadosamente la mano del niño, ¿no tiene también un hermoso rostro? Le habla con amabilidad al niño. Eso se conoce en su cara. Podemos fácilmente suponer que le está dirigiendo palabras cariñosas. No tiene, á la verdad, una expresión de enojo ó resentimiento. Su cara demuestra que es un joven bueno.

¿Y qué estación del año supones que es? ¿Es verano ó invierno? ¿Cómo puedes saberlo? ¿Tiene el paisaje apariencia de frío y tristeza?

Si hiciera frío ¿estaría descalzo el niño? ¿Tendría los brazos desnudos? ¿Estaría sin sombrero ó gorra? ¿Habría hojas y flores á su alrededor? ¿Tendría el niño una cara tan alegre y placentera?

¿Has oído decir alguna vez: estoy *tiritando*? ¿Cuándo se dice que uno *tirita*?

¿Tiene el niño la apariencia de una persona que está temblando de frío? Su cara alegre revela, por el contrario, que domina la estación de verano.

¡Con qué claridad nos hablan las láminas cuando están bien hechas! ¡Cuánto nos dicen! ¡Cuánto pueden enseñarnos, si las examinamos con detención! Ellas nos refieren toda una historia, y lo hacen de tal manera, que siempre nos interesan. Lo que vemos en

ellas es como si estuviese ocurriendo en nuestra presencia, ó como si lo estuviésemos leyendo; y lo que vemos nunca se nos olvida.

Niños: estudiad bien todas las láminas y cuadros que veáis, y aprenderéis muchas cosa. Haced todas las preguntas que podáis sobre ellos, y tratad de encontrar las respuestas.

### **Ejercicio de significación.**

¿ De qué trata esta lección? — ¿ Qué dice de la cara del niño? — ¿ Qué dice del jóven? — ¿ Qué dice de la estación? — ¿ Qué de las láminas? — ¿ Qué recomendación hace á los niños?

---

## LECCIÓN XXIII.

### **El verdadero valor.**

Un día pasaban tres muchachos por delante de una Escuela. El mayor de ellos era malo y travieso, amigo de hacer daño y de trastornarlo todo. El menor, de nombre Jaime, era un excelente niño. Siempre le gustaba obrar bien; pero no tenía bastante energía. Los otros se llamaban Enrique y Esteban.

En la ocasión á que nos referimos se trabó entre ellos el siguiente diálogo :

ENRIQUE. — ¡Qué bueno sería tirar una piedra á la puerta de la Escuela para hacer saltar de sorpresa al maestro y á sus discípulos!

ESTEBAN. — El que saltaría serías tú. Si el maestro no te agarraba y te daba unos azotes, le contaría la diablura á tu padre, quien te haría saltar más alto que tú al maestro y á los niños.

ENRIQUE. — ¡Qué! tendríamos tiempo de correr antes que el maestro llegase á la puerta y pudiera vernos y conocernos. Aquí hay un buen cascote. Tómalo, Jaime, y lánzalo contra la puerta de la Escuela.

ESTEBAN. — Si, dáselo á Jaime. Te apuesto á que no se atreve á tirarlo.

ENRIQUE. — ¿Crees acaso que Jaime es un cobarde? Tú no lo conoces tan bien como yo. Toma, Jaime, toma el cascote y pruébale á Esteban que tú no eres un *flajo* como él piensa.

JAIME. — Yo no tengo miedo de tirarlo, pero no quiero hacerte el gusto. Para mí el hecho no tendría nada de bueno ni de gracioso.

ENRIQUE. — ¡Cómo! Jaime, ¿te estás volviendo un

cobarde? Yo creía que tú no tenías miedo de nada. Toma, salva tu honor. Yo sé que no tienes miedo.

JAIME. — Bueno, voy á probarte que no tengo miedo. Dame el cascote.

¡Bum! hizo el proyectil en la puerta de la Escuela, y todos los muchachos echaron á correr.

Enrique iba riéndose á carcajadas por haber *hecho zonzo* á Jaime.

La picardía se descubrió y éste recibió un buen castigo por su tontería.

Jaime había sido *tan cobarde*, que había tenido miedo de que le llamasen *cobarde*. No se había animado á dejar de hacer lo que Enrique le aconsejaba, por temor de que se riesen de él.

Si realmente hubiera sido un muchacho valiente, le habría dicho á su mal compañero: « Enrique, ¿ crees tú que soy tan tonto para tirar la piedra sólo porque tú quieres que lo haga? Pues te equivocas: tira tú mismo todas las piedras que se te antoje. »

Enrique quizás se habría reído de él; quizás le habría llamado cobarde, esperando inducirlo así á que hiciese la travesura; pero Jaime podía haberle dicho: « ¿ Crees tú que á mí me importa algo tu risa? Yo sé que no es bueno arrojar la piedra, y jamás haré nada que juz-

que malo, aunque todo el pueblo se junte para reírse de mí. »

Esto habría constituido un acto de *verdadero valor*, y Enrique habría comprendido, una vez por todas, que de nada sirve reírse de las personas que tienen un corazón enérgico.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección? — ¿Qué le propuso Enrique á Jaime? — ¿Qué contestó éste? — ¿Qué dijeron sus compañeros? — ¿Qué hizo Jaime entonces? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué debía haber hecho Jaime? — ¿En qué consiste el verdadero valor?

## LECCIÓN XXIV.

### **Las naranjas.**

Honorio era un niño de muy buenas inclinaciones, pero dió en juntarse con varios muchachos pillos.

El padre procuró cortar sus peligrosas amistades; mas sus esfuerzos fueron vanos. Honorio no hizo caso de sus consejos, porque, según decía, sus amigos eran

buenos, y si no lo fueran, por el trato con él se corregirían.

El anciano, que deseaba convencer á su hijo,

Estando ausente el joven, llenó un cesto  
De hermosas, delicadas  
Naranjas, tan doradas .y tan bellas,  
Que parecían de oro ricas pellas.  
Entre ellas, dos ó tres puso el anciano  
Ex profeso, que ya descoloridas,  
Anunciaban estar dentro podridas,  
Y entregó el cesto al joven. Éste, ufano  
De tal regalo, comenzó á mirarlas,  
Y, viéndolas que ya iban á perderse,  
« Padre (exclamó de sentimiento lleno),  
¿No mira usted que van á corromperse  
Todas las buenas? ¿para qué mezclarlas?  
Así se volverán todas veneno. »  
« Nó (dice el padre), tu temor es vano;  
Verás todas las malas componerse  
Con el suave aroma de las buenas. »  
« Al contrario, señor; lo que está sano  
Se podrirá (repuso el desbarbado )  
Al lado de estas tres que están dañadas. »  
Resuélvese por fin, á duras penas,  
Á guardarlas un tiempo limitado.

Coge el padre una llave; y encerradas  
Las deja hasta que el tiempo suficiente  
Para lograr su intento haya pasado.  
Parece un siglo al joven impaciente.  
Llega, en fin, el instante suspirado;  
Dale el padre la llave, él se apresura;  
Apenas puede hallar la cerradura:  
Abre por fin y encuentra, ¡oh vista horrible!  
Todo hecho una confusa podredumbre.  
Lleno de pesadumbre  
Murmura de su padre y se lamenta;  
«¿No le dije (exclamó) que era imposible  
Que así quedase sana ni una sola?  
Pero usted de mi dicho no hizo cuenta.»  
«Sosiégate (le dice), hijo de mi alma;  
Tu sentimiento calma:  
Si yo de tus prudentes reflexiones,  
Tocante á las naranjas, no hice aprecio,  
Tú, con igual desprecio  
Trataste mis consejos y razones,  
Cuando pronostiqué que llegaría  
Tiempo en que tus amigos corrompiesen  
Tu pureza en su mala compañía.  
Esta fruta perdida es fácil cosa  
Resarcirla con otra más hermosa;  
Mas si en tu corazón se introdujesen

Los vicios, y mancharán tu inocencia,  
¡Cuál mi dolor sería!  
¡Cómo desgracia tal remediaría!»

Esto bastó para que comprendiera  
El joven el enigma y la advertencia;  
Y este lance instructivo  
Fué antídoto y total preservativo  
Para que de los malos siempre huyera.

El ejemplo á vosotros se dirige,  
¡Oh jóvenes! Grabad esta importante  
Máxima en la memoria,  
Que está harto acreditada por la historia:  
*Rara vez el malvado se corrige  
Aunque trate con buenos; y es constante  
Que siempre el bueno se pervierte y daña  
Cuando con los malvados se acompaña.*

(ESCOIQUIZ.)

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué habla esta lección? — ¿Qué dice de Honorio? — ¿Qué de su padre? — ¿Qué hizo éste? — ¿Qué observó aquél sobre la colocación de las naranjas malas con las buenas? — ¿Qué le contestó el padre? — ¿Qué resultó? — ¿Qué exclamó el joven? — ¿Qué le replicó el anciano? — ¿Qué efecto produjo sobre el hijo? — ¿Qué máxima deben grabar los jóvenes en la memoria?

## LECCIÓN XXV.

### El negro.

Se hallaba una mañana un señor en la puerta de su casa, cuando se aproximó á él un negro de humilde traza, y le pidió un jarro de agua.

El señor le contestó : — « No tengo agua para tí, negro vago; vete. »

Después de mirar un momento al señor, el pobre moreno siguió su camino hasta que encontró una caritativa mujer que satisfizo su sed.

Pasado algún tiempo, el señor, que era muy aficionado á la caza, salió una vez á cazar y se alejó tanto de los parajes conocidos, que se extravió, sin acertar á tomar el rumbo de su casa.

Caminando de un lado á otro descubrió un humilde rancho de barro, y se acercó á él para pedir informes sobre el lugar en que se encontraba.

Un negro, á quien vió allí, le dijo : — « El paraje en que Vd. se halla, dista mucho de su casa. Vd. no podrá llegar á ella esta noche; pero si Vd. quiere permanecer aquí hasta mañana por la mañana, yo le daré alojamiento con placer. »

El amable ofrecimiento fué aceptado. El hombre de color preparó una modesta comida para su huésped, y le hizo una cama con cueros de carnero para que pasase la noche en ella.

Á la mañana siguiente, el mismo negro condujo al señor hasta el camino de su casa.

Una vez en él, se paró el negro delante del señor, y mirándolo con atención le preguntó si no lo conocía.

—Me parece que lo he visto alguna vez á Vd., pero no sé dónde, fué la contestación.

—Sí, dijo el moreno; Vd. me vió una vez en la puerta de su casa. Voy á darle ahora un consejo: Si en lo futuro algún pobre negro, cansado, hambriento y sediento, se acerca á Vd. para pedirle un jarro de agua, no le conteste Vd.: «Vete, negro vago.»

### **Ejercicio de significación.**

¿De quién habla esta lección? — ¿Qué le contestó el señor al negro? — ¿Qué hizo éste? — ¿Qué le sucedió algún tiempo después al señor? — ¿Qué conducta observó el moreno? — ¿Qué le preguntó al señor en el momento de ponerlo en su camino? — ¿Qué contestó el señor? — ¿Qué dijo entonces aquél?

## LECCIÓN XXVI.

### ¡Cuidado con el primer trago!

—Tío Felipe, el día está muy hermoso: ¿quiere usted que salgamos á dar un paseo?

—Con mucho gusto. Voy á tomar el sombrero y el bastón y te llevaré á pasear. En el camino te contaré una historia. ¿Conoces al pobre viejo Juan Luque?

—¡Si lo conozco? Ya lo creo, tío Felipe: todo el mundo lo conoce. Es un bebedor sempiterno, que pasa su vida embriagándose.

—Bien: pues yo lo he conocido desde que éramos niños. No había entonces un muchacho más decente y de mejor conducta.

Después que salió de la Escuela, habiendo fallecido su padre, fué colocado en un almacén de la ciudad. Allí se relacionó con malos compañeros. En lugar de emplear sus noches en leer, las pasaba en cafés, bailes y comidas. Pronto aprendió á jugar á la baraja, y á jugar por dinero. Perdió más de lo que podía pagar.

Le escribió entonces á su madre refiriéndole sus pérdidas. Ella le mandó una cantidad de dinero para

pagar las deudas contraídas, pero le ordenó que regresase á su casa.

Juan obedeció. Todavía podía ser útil y feliz, porque sus amigos estaban dispuestos á perdonar y olvidar sus faltas.

Durante algun tiempo las cosas marcharon bien. Se casó Juan con una buena mujer, abandonó sus malos hábitos y empezó á recobrar su buena fama.

Pero una cosa, niño, una sola cosa lo perdió para siempre. En la ciudad había aprendido á tomar bebidas fuertes. Me acuerdo que solía decirme: « Cuando un hombre empieza á beber, no sabe cuándo concluirá; » por eso, agregaba, « ¡cuidado con el primer trago! »

Muy poco tiempo después, sin embargo, Juan cayó en su viejo hábito. Conocía el peligro, pero no podía resistir á la tentación de beber. Bebía, y bebía mucho.

Su pobre madre murió de pena y de vergüenza. Su bondadosa mujer no tardó en seguirla al sepulcro.

Juan perdió el respeto de todos y llegó á ser un objeto de burla para la gente.

Anoche recibí una carta de la ciudad, en que me dicen que Juan Luque, acusado por delito de robo, ha sido condenado á cinco años de prisión.

Es horrible pensar en el fin que ha tenido ese hombre.

¡Ah! mi querido sobrino, cuando el tío Felipe no

exista, recordad que él os contó la historia de Juan Luque, y decíos siempre á vos mismo: *¡Cuidado con el primer trago!* Si respetáis el consejo, podéis estar seguro de no llegar á ser jamás un borracho.

### **Ejercicio de significación.**

¿Quién era Juan Luque? — ¿Qué vida hacía en la ciudad? —  
¿Qué le sucedió? — ¿Qué le perdió? — ¿Qué solía decir al tío Felipe? — Así mismo, ¿qué le ocurrió? — ¿Qué dicen los últimos párrafos?

---

## LECCIÓN XXVII.



### Las madres.

Recuerdo muy bien el cuartito que yo tenía cuando era chico.

Por la ventana se veía el campo con sus árboles y sus blancas casitas, el río con sus botes y sus grandes buques, y el camino, casi siempre transitado por numerosos carros, coches, hombres á pie y á caballo.

Las paredes de mi cuartito eran blancas y limpias.

Yo tenía una pequeña cómoda, y encima de ella un florero, en el que había siempre una fresca y olorosa rosa, puesta por quien no tenía más goce que llamarme su hijo, ni más aspiración que hacer de mí un hombre honrado y feliz.

¡Con qué empeño cuidaba ella mi pequeña habitación! ¡Qué limpias estaban siempre las ropas de mi cama! ¡Qué puro el aire! ¡Qué brillante el espejito en que acostumbraba á mirarme para arreglarme el cabello! ¡Qué limpio el cajón de mis libros! Y éstos ¡qué bien ordenados!

Todas las noches, cuando ella pensaba que yo estaba dormido, penetraba en mi cuartito, se sentaba en la cama á mis pies, ó se paraba delante de mí, y rezaba, casi sin mover los labios, para pedirle á Dios que me viese salud y felicidad.

Algunas veces yo me despertaba en ese momento, y encontrándola á mi lado, le decía: « Mamá, ¿por qué estás aquí? ¿por qué no duermes? debe de ser muy tarde; » y ella me respondía: « Quise ver si dormías tranquilo, si tus sueños eran alegres. ¡Buenas noches, mi hijito! » — « ¡Buenas noches, mamá! »

¡Ah! ¡cuánto les debemos á nuestras madres por los cariños que nos prodigan, por los cuidados que tienen con nosotros! Yo no supe hasta después que perdí á la mía, todo lo que ella valía. ¡Cómo sentí entonces las pa-

labras ásperas que algunas veces le dirigí, todas las molestias y todos los desagradados que le causé! ¡Con cuánto placer, con cuánta alegría la habría visto volver á la vida, para caer de rodillas á sus pies, pedirle perdón y decirle que no creyese perdido su amor; que sólo el pensar en él sería siempre para mí el mayor de los goces!

### **Ejercicio de significación.**

¿De quién habla esta lección? — ¿Qué recuerdo yo muy bien?  
— ¿Cómo era mi cuartito? — ¿Qué hacía mi madre? — ¿Qué dice el último párrafo?

---

## LECCIÓN XXVIII.

### **Mi madre.**

¿Quién me crió abrigado al blando pecho  
Y me guardó en sus brazos el reposo,  
Menudeando su beso cariñoso?

Mi madre.

Cuando huyó de mis párpados el sueño,  
¿Quién lo halagó con dulce cantinela?  
¿Quién me meció por dilatada vela?  
Mi madre.

¿Quién sentada palpó mi cabecilla,  
Mientras dormido en mi mullido lecho,  
Con su llanto de amor bañó mi pecho?  
Mi madre.

¿Quién á mi tierno labio la plegaria  
Enseñó con el nombre de Dios santo,  
Y de la alta virtud el dulce encanto?  
Mi madre.

Y ¿cómo podré nunca desprenderme  
Del entrañable y celestial cariño  
Que mostraste conmigo cuando niño,  
Mi madre?

No cabe, nó, tal yerro en la alma mía,  
Y si Dios me da vida dilatada;  
De tanto afán has de quedar premiada,  
Mi madre.

Si anciana estás, y cana, y desvalida,  
En mi brazo tendrás apoyo fuerte  
Contra todas las iras de la suerte,  
Mi madre.

Y al doblegar tu lánguida cabeza,  
Verás cuál vuela mi amoroso pecho,  
Bañando en llanto tu sagrado lecho,  
Mi madre.

**Ejercicio de significación.**

¿ De quién hablan estos versos? — ¿ Qué dice el primer verso? — ¿ Qué hacía mi madre cuando dormía yo? — ¿ Qué me enseñaba? — ¿ Podré desprenderme del recuerdo de sus cariños? — ¿ Qué haré si Dios me da vida dilatada? — ¿ Que dicen los últimos versos?

---

LECCIÓN XXIX.

**La huerta descuidada.**

TEODORO.—Papá, no tengo gana de ir á la Escuela. Yo quisiera quedarme hoy en casa. El padre de Avelino Torto no obliga á éste á ir á la Escuela.

PADRE.—Dame la mano, Teodoro; ven conmigo. Deseo mostrarte una cosa en nuestra huerta. ¡Mira qué bien han crecido estas arvejas! ¡qué lozanas

se hallan! ¿te parece que tendremos una buena cosecha?

TEODORO.—¡Oh! sí, papá. No hay un solo *yuyo* al rededor de ellas; y esas pequeñas cañas y ramas secas clavadas en el suelo, sostienen las plantas, permitiéndoles desarrollarse con toda amplitud.

PADRE.—Pues bien: crucemos ahora la calle para observar el estado en que se hallan las plantas del señor Torto, á través de una abertura que hay en el cerco de su huerta. Dime mi hijo: ¿qué piensas de las arvejas de nuestro vecino?

TEODORO.—¡Oh! papá, nunca he visto unas arvejas de más triste apariencia. No tienen cañas ni ramas en que enredarse, y los yuyos están casi tan altos como las mismas plantas. Seguramente no producirán gran cosa.

PADRE.—¿Por qué no están ellas tan bien como las nuestras, Teodoro?

TEODORO.—Porque se les ha dejado crecer á su antojo. Yo presumo que el señor Torto las plantó y se olvidó después de ellas. Ni ha sacado los yuyos, ni ha tratado de hacerlas crecer derechamente.

PADRE.—Ésa es la verdad, mi hijo.—Las huertas y los jardines se cubren muy pronto de yuyos y zarzas si no se cultivan con el mayor cuidado. Las mentes de los niños son como las huertas y jardines,

con la única diferencia de que deben ser atendidas con más esmero. Si tú, mi hijo, no fueras nunca á la Escuela, y si no se sembraran en tu inteligencia las buenas semillas de la instrucción, tu mente llegaría á ser como la tierra abandonada del señor Torto, en vez de ser como la de mi huerta. ¿Te parecería bien que yo abandonara mi jardín como el señor Torto ha abandonado el suyo?

TEODORO.—No, papá. Tu jardín es muy lindo, y el del señor Torto no sirve para nada.

PADRE.—¿Crees entonces que sería bien hecho que yo descuidase la instrucción de mi hijo como el señor Torto descuida la del suyo, y dejara que tu mente se cubriera de yuyos? Yo te envío á la Escuela para que el jardín de tu mente reciba buenas semillas, y para que esas semillas germinen y crezcan bien, produciendo una buena cosecha. Ahora, dime: ¿qué prefieres? ¿quedarte en casa y dejar que tu cerebro se cubra de yuyos, ó ir á la Escuela, para que sea bien cultivado?

TEODORO.—Prefiero, sin duda, ir á la Escuela; y yo no volveré á pedirte jamás que me permitas faltar á mis clases. Pero, papá, ¿la mente de Avelino Torto está cubierta de yuyos?

PADRE.—Temo que así sea. Si ya no lo está, seguramente lo estará pronto, si su padre sigue tole-

rando que no asista á la Escuela. Para un niño no ir á instruirse es una gran desgracia, y yo espero que así lo reconocerás tú.

### **Ejercicio de significación.**

¿ De qué habla esta lección ? — ¿ Qué quería Teodoro ? — ¿ Qué hizo el padre ? — ¿ Qué impresión le produjo á aquel la huerta de su padre ? — ¿ Qué impresión le causó la huerta del señor Torto ? — ¿ Qué comparación hizo el padre ? — ¿ Qué sucede cuando los niños no se instruyen ? — ¿ Qué prefirió Teodoro ?

---

## LECCIÓN XXX.

### La honradez.

Quintín era un muchacho honrado, y Aniceto un pillo.

Quintín no tomaba jamás nada que no le perteneciera. Aniceto, por el contrario, era amigo de apoderarse de las cosas ajenas ; y cuando alguna vez hallaba un objeto perdido, se quedaba con él.

Una mañana de verano, al ir á la Escuela, Quintín

encontró, cerca de la estación del Ferrocarril del Sud, á un hombre que vendía duraznos en unas árganas. El vendedor, que deseaba detenerse á almorzar, preguntó al niño si quería cuidarle el caballo mientras él entraba á la fonda.

Quintín aceptó la propuesta, porque no era todavía hora de empezar las clases.

Al llegar á la fonda, el vendedor preguntó al fondero si conocía á Quintín.

« Sí, lo conozco hace mucho tiempo, y sé que es incapaz de robar á nadie. Todos los vecinos saben que es un niño honrado. Yo puedo garantizarle á Vd. que sus duraznos estarán en manos seguras. »

El frutero entregó entonces á Quintín la brida de su caballo y penetró en la fonda á tomar su desayuno.

Un rato después pasó Aniceto por el lugar, y al ver á Quintín le preguntó que hacía y qué había dentro de las árganas. Quintín le contestó que estaba cuidando el caballo del frutero y que las árganas contenían duraznos.

Al oír esto, Aniceto resolvió apoderarse de un durazno. Acercándose al caballo, levantó la tapa de una de las árganas, metió la mano y sacó uno de los más hermosos, disponiéndose á continuar su camino. Pero Quintín, deteniéndolo, le dijo: « Aniceto, no te permito que lleses ese durazno, ni ningún otro; déjalo. » —

«No quiero, contestó Aniceto; y como yo soy más fuerte, haré lo que se me antoje.»—«Te equivocas,» replicó Quintín, y precipitándose sobre el muchachoratero, le arrebató el durazno y lo arrojó dentro de las árganas.

Aniceto entonces dió vuelta por el otro lado del caballo para meter la mano en la otra árgana; pero como al hacerlo se detuviese muy cerca de las patas traseras del animal, éste le tiró un par de coces y lo lanzó á dos ó tres varas de distancia.

Á sus gritos salieron varias personas de la fonda, y cuando supieron lo ocurrido, todas á una voz dijeron que Aniceto había recibido su *merecido*.

El frutero, por su parte, tomando el sombrero de Quintín, lo llenó de duraznos, y dijo al niño que se los daba por su fidelidad y honradez.

### **Ejercicio de significación.**

¿Qué era Quintín y qué Aniceto? — ¿A quién encontró Quintín? — ¿Qué le preguntó el frutero? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué hizo Aniceto? — ¿Qué le ocurrió? — ¿Qué pena tuvo? — ¿Qué premio recibió Quintín?

---

## LECCIÓN XXXI.

### El pobre soldado.

SOLDADO.— Venga Vd. para acá, amiguito; quiero hablar con Vd.

BRUNO.— Está bien: ¿qué quiere Vd.?

SOLDADO.— ¿Sabe Vd. leer?

BRUNO.— Sí, sé leer toda clase de escrituras impresas y manuscritas.

SOLDADO.— Pues si Vd. sabe leer, me puede prestar un gran servicio. Tengo una carta desde esta mañana, y no he podido saber lo que dice, porque no sé leer.

BRUNO.— ¿Y por qué no ha pedido Vd. antes á otra persona que se la leyese?

SOLDADO.— Le pedí á un muchacho más grande que Vd., y se rió en mi cara.

BRUNO.— Pues yo tendré mucho gusto en servirlo.

SOLDADO.— Le pedí también á un hombre que me la leyese, y me contestó que yo debía de ser un estúpido, cuando no había sido capaz de aprender á leer.

BRUNO.— No debía haberle dicho semejante cosa. Vd., sin duda, no tuvo la suerte de poder aprender á leer en su niñez.

SOLDADO.— ¡Ah! nó. En el lugar en que yo vivía no había Escuelas; y mis padres eran unos pobres paisanos que no sabían más que cuidar vacas y ovejas, única cosa que yo aprendí.

BRUNO.— ¿Quiere Vd. entonces que le lea la carta?

SOLDADO.— Sí, léamela. Aquí la tiene.

BRUNO.— La carta dice: « Mi querido Anastasio: He visto á tu mujer y á tus hijos, que están muy buenos. Cuando vaya á Buenos Aires te contaré muchas cosas. — Tu amigo, *Ventura.* »

SOLDADO.— ¡Ah! ¡qué buena noticia! Hacía mucho tiempo que no sabía nada de mi pobre Carolina y de mis queridos hijitos. Gracias, mi amiguito; muchas gracias. ¿Qué puedo darle por su amabilidad?

BRUNO.— Sus gracias bastan. No le pido más.

SOLDADO.— Nó, nó; Vd. debe tomar al menos esta pequeña piedra que recogí en el Tandil cuando estuve con mi batallón.

BRUNO.— ¡Qué linda es! pero mi servicio no lo vale. Yo no puedo tomarla.

SOLDADO.— Pues bien: si no la quiere tomar para Vd., tómela para su madre, y cuando se la entregue dígale de mi parte que un pobre soldado le agradece haber hecho de Vd. un niño culto y bondadoso. Adios!

BRUNO.— Mil gracias, amigo. Adios!

**Ejercicio de significación.**

¿De quién habla esta lección? — ¿Qué quería el soldado? —  
¿Por qué no le habían leído antes la carta? — ¿Por qué no sabía leer? — ¿Qué decía la carta? — ¿Qué recompensa le dió á Bruno? — ¿Qué contesto éste? — ¿Qué dijo entonces el soldado?

LECCIÓN XXXII.

**El pavo real y el ruiseñor.**

«Cultiva tu entendimiento,  
Estudia, Amalia querida,  
Porque, al fin,  
Es la hermosa sin talento  
Pobre flor descolorida  
De un jardín.»

Una madre cariñosa  
Esto mismo repetía  
Veces cien;  
Mas la hija perezosa,  
Á su buena madre oía  
Con desdén.

Ufana con su hermosura,  
Tan alegre hoy saltaba  
Como ayer,  
Y en el agua clara y pura  
De los lagos se miraba  
Con placer.

De la niña favorito  
Era un gallardo y brillante  
Pavo real,  
Que, por lo manso y bonito,  
Amelia sacó triunfante  
Del corral.

Una tarde que, cansada,  
Á la margen de una fuente  
Se sentó,  
Del pavo al ver la azulada  
Cola y su cuello esplendente,  
Exclamó:

«Échate, hermoso, á mi lado,  
Porque te quiere tu ama  
Con pasión . . .  
¡Calla! ¿pues no está posado  
Un pajarillo en la rama  
De un llorón? . . .

«¡Ay, pavito, qué plumaje!  
¡Qué patas y qué cabeza!

¡Qué feo es! . . .

¡Y se mece en el ramaje! . . .

Ahora salta con presteza . . .

¿No lo ves? »

En efecto, iba saltando  
De rama en rama, el canoro  
Rui señor.

Y así subiendo y bajando,  
Fué á gozar de un sicomoro  
El frescor.

Luego, en las hojas perdido,  
Comienza con voz subida  
Á cantar.

Y Amalia aplicó el oído,  
Escuchando embebecida  
Su trinar.

«¡Qué torrente de armonía!  
(Dijo Amalia con dulzura.)

¿Será él? »

Y sus ojos dirigía  
Á la florida espesura  
Del verjel.

El pavo, no muy contento,  
Á la niña caprichosa  
Se acercó,  
Y, por lucir su talento,

Su voz ruda, estrepitosa,  
Oír dejó.

Asustada la avecilla,  
Del bosque en lo más espeso.  
Á hundirse va,  
Y Amalia, con su sombrilla,  
De furor en un acceso,  
Al pavo da;

Mas su madre la contiene  
Exclamando: « Amalita,  
Ven aquí:  
Aquel que hermosura tiene,  
De nada más necesita:  
¿No es así?

Si al pavo castigar quieres,  
Por su ninguna ó muy poca  
Habilidad,  
Preciso es que consideres  
Que así condenas tu loca  
Vanidad. »

De esa avecilla armoniosa  
No olvides, niña, un momento  
La lección.

*Pues nada vale la hermosa,  
Como no tenga talento  
É instrucción.*

(TENORIO.)

### **Ejercicio de significación.**

¿De quién habla esta lección? — ¿Qué le repetía cien veces una madre á su hija perezosa? — ¿Qué hacía la hija? — ¿Quién era el favorito de la niña? — ¿Qué hizo una tarde la niña? — ¿Qué dijo al pavo? — ¿Qué hacía el ruiseñor? — ¿Qué ocurrió? — ¿Qué hizo Amalia? — ¿Qué le dijo su madre?

---

## LECCIÓN XXXIII.

### **Una buena lección.**

Un señor, de cuyo nombre no quiero acordarme, tenía el feo hábito de dejarse llevar por su arrebatos de cólera. Por el más leve motivo entraba en furor, haciendo cosas que no habría sido capaz de ejecutar en momentos de calma y tranquilidad.

Tenía un sirviente, llamado Prudencio, que jamás daba motivo para que lo retasen, porque era una excelente persona, atenta, puntual y de una conducta moral irreprochable. Así mismo su patrón encontraba siempre faltas por qué reprenderlo con severidad.

Un día, el señor regresó á su casa de muy mal humor, y se sentó á comer.

Ninguna cosa le pareció buena en la comida: la sopa estaba fría; las papas, demasiado calientes; el arroz, ahumado; el asado, crudo.

Hallábase abierta la ventana del comedor.

En un arrebato de ira, el señor tomó la sopera que estaba sobre la mesa, y ¡zas! la lanzó al patio.

Inmediatamente Prudencio, con la más completa calma, agarró un plato, después un pan y por último una botella de vino, y ¡zas! ¡tras! los tiró por la ventana para que hiciesen compañía á la sopera.

El patrón lo miró con aire de sorpresa. — «¿Qué significa esa conducta? exclamó; ¿está Vd. en su juicio?»

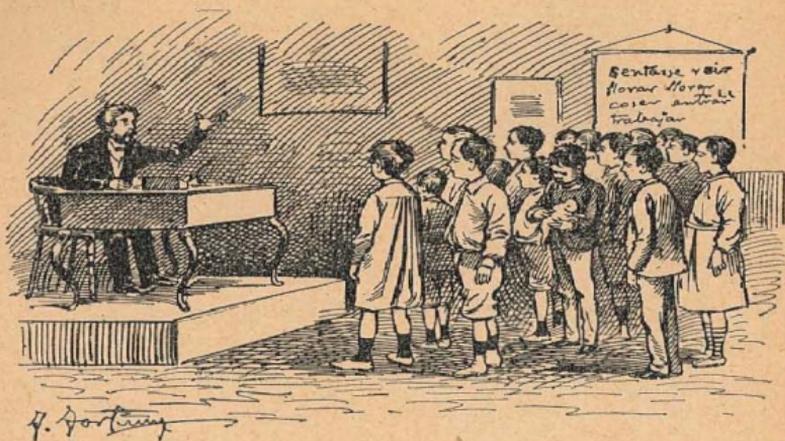
Prudencio le replicó: — «Perdón, señor, si he comprendido mal sus deseos; por sus movimientos supuse que Vd. había hecho ánimo de comer en el patio.»

La lección no fué perdida por el hombre colérico. Se sonrió de la ingeniosa reprensión de su sirviente, y desde ese día no volvió á dejarse dominar por sus ridículos transportes de ira.

### **Ejercicio de significación.**

¿De quién habla esta lección? — ¿Qué hábito tenía el señor? — ¿Cómo era el sirviente? — ¿Qué hizo un día el patrón? — ¿Qué hizo el sirviente? — ¿Qué dijo el patrón? — ¿Qué contestó Prudencio? — ¿Qué dice el último párrafo?

## LECCIÓN XXXIV.



### La veracidad.

He conocido á un niño de nombre José María Antúnez. En la Escuela todos le llamaban el *veraz* José María, porque nunca decía mentiras.

Jugando una vez en el patio de la Escuela con un hacha, se le cayó ésta al suelo en el momento en que pasaba por debajo el gatito del maestro. Por casualidad el instrumento pególe en la cabeza al pobre animalito, dejándolo muerto en el acto.

El gatito era muy apreciado por el maestro don Claudio, quien lo mimaba á punto de sentarlo en un almohadón, mientras daba las lecciones.

José María se quedó inmóvil, mirando el cadáver del pequeño animal, sin saber qué hacer. Su cara se encendió de vergüenza y confusión, y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

Los muchachos de la Escuela corrieron á rodearlo.

Uno de ellos, acercándose al oído de los otros, dijo: « Ahora vamos á ver, muchachos, si José María no es, como nosotros, capaz de decir una mentira cuando la ocasión lo exige. »

« ¿ Á que nó? exclamó Emilio Llanes, buen amigo de José María. ¿ Á que nó? . . . Yo lo garanto. José María es tan firme como el oro. »

Andrés Costa salió del grupo, y tomando el gatito por la cola, dijo: « Miren, compañeros, voy á tirar este animal entre los yuyos del jardín, y cuando don Claudio pregunte por él, le diremos que el perro del carnicero lo mató. El maestro dará fé á nuestro dicho, porque ha de recordar que ese perro lo corrió la semana pasada y le dió un buen tarascón. »

Varios niños consideraron feliz la invención de Andrés Costa; pero José María, mirando á éste con indignación, le dijo: « No, eso sería una mentira, y ¿ crees tú que yo soy capaz de faltar á la verdad? »

Enseguida, quitándole el gatito, y poniéndolo en sus brazos, penetró en el salón de clase. Los otros muchachos lo siguieron.

Don Claudio levantó la cabeza y exclamó: « ¡Qué es eso ? ¡ Mi pobre gatito muerto ! ¿ Quién ha tenido ánimo para matarlo ?

Todos guardaron silencio durante un rato.

Al fin José María, cabizbajo y confundido, le dijo con voz conmovida: « Señor, yo no soy capaz de decir una mentira. El gatito ha sido muerto por mí. Fué por casualidad, es verdad; pero yo debía haber sido más precavido. Excuse Vd., señor, mi falta, y crea que lamento mucho lo ocurrido. »

Todos los niños esperaban que don Claudio se enfadara y le aplicara una buena penitencia; pero no fué así. Al contrario, dirigiéndose al niño con una amable sonrisa, le dijo: « José María, tú eres un excelente muchacho. Yo he visto y oído desde la ventana de mi cuarto todo lo que ha pasado, y preferiría perder cien gatos antes que menospreciar un ejemplo tan valioso de verdad y honradez en mi Escuela. Tu mejor recompensa es la satisfacción que debes sentir en tu propia conciencia; pero yo te ruego que aceptes este cortaplumas en señal de mi estimación. »

José María sacó su pañuelo y enjugó las lágrimas que corrían de sus ojos.

Los compañeros no pudieron contener su alegría, y cuando Emilio Llanes exclamó: « ¡ Un viva, muchachos, por el veraz José María ! » toda la clase prorrumpió en una entusiasta aclamación.

El maestro, entonces, les dijo : « Me alegro, amigos míos, que sepáis aprobar las buenas acciones, aunque tengo miedo que muchos de vosotros no habrían obrado con la rectitud de José María. Que este caso les sirva para comprender que nunca es buena la mentira. »

### **Ejercicio de significación.**

¿ De quién habla esta lección ? — ¿ Qué le sucedió un día á José María ? — Qué pensaban los otros muchachos ? — ¿ Qué dijo Andrés Costa ? — ¿ Qué contestó José María ? — ¿ Qué hizo éste ? — ¿ Qué ocurrió entonces ? — ¿ Qué dijo el maestro ?

---

## LECCIÓN XXXV.

### **El pequeño Chulo y el Gigante.**

« Voy á contar á ustedes una historia, y una historia verdadera, sobre el pequeño Chulo y el gigante, » dijo el tío Blas á sus sobrinos; pero no

han de hacerme ninguna pregunta mientras no concluya.

«El pequeño Chulo era un individuo muy feliz. Todo el día lo pasaba cantando y silbando. Era tan alegre como una alondra, tan animado como una mariposa, y casi no había cosa alguna que lo entristeciese.

«Un día se le ocurrió dar un paseo por un bosque vecino, y se alejó con ese objeto de su casita. Cantando y silbando recorrió el bosque de un lado á otro, hasta que llegó á un pequeño arroyo, á cuyo borde se detuvo para tomar un poco de agua fresca y cristalina.

«Hallábase en esta operación muy contento, cuando fué repentinamente agarrado, sin saber cómo, y se encontró entre las manos de un gigante, cien veces más grande que él.

«Durante un largo rato, el gigante lo conservó en sus manos, mirándolo con gran deleite. Después lo metió dentro de una bolsa y se lo llevó.

«El pobre Chulo, sorprendido y asustado, hizo todo lo posible para libertarse de su cruel raptor: arañó y trató de rasgar la bolsa; pero el gigante se rió de él y siguió su camino seguro de su presa.

«Al fin, el gigante llegó á su casa, que era muy distinta de todas las que Chulo había visto, porque era

un lugar oscuro (al menos así le pareció á él), con altas paredes al rededor, sin árboles ni flores.

« Una vez adentro, el gigante cerró la puerta y sacó de la bolsa á su prisionero. El pobre cautivo pensó que iba á morir en ese momento, porque mirando al rededor, vió un gran fuego en que se asaban dos víctimas, más grandes que él, para la comida de su raptor.

« El gigante, sin embargo, no manifestó intención de matarlo: se limitó á ponerlo dentro de una prisión, que parecía preparada á propósito, y que era una especie de cuarto oscuro, rodeado de barrotes de hierro.

« Le puso el gigante un pedazo de pan y una copa de agua, y lo dejó adentro, después de cerrar bien la puerta.

« Desesperado por la pérdida de su libertad, el infeliz Chulo metió la cabeza entre los barrotes de hierro y recorrió de un lado á otro su prisión, haciendo esfuerzos extraordinarios para escaparse; pero no pudo lograr su objeto, cayendo rendido por el cansancio y la fatiga.

« Al día siguiente se presentó el cruel carcelero, y notando que el alimento se hallaba intacto, sacó al prisionero de su cárcel, le sujetó la cabeza con sus enormes manos y empezó á embutirle algunos pedazos de pan. El pobre Chulo estuvo á punto de morir sofocado, á consecuencia de ese bárbaro tratamiento,

é imaginando que el suplicio se repetiría todos los días, pensó con horror en la comida, á pesar del hambre que tenía.

« Pasaron así dos ó tres días.

« El desgraciado prisionero pensaba en su alegre casita, en sus compañeros, en la claridad del sol, en los árboles, en las flores y en todas las cosas agradables que acostumbraba á comer.

« Apareció nuevamente el gigante, y le exigió que cantase como lo hacía cuando gozaba de libertad y era feliz. « ¡Canta! ¡canta! le decía. ¿Por qué no cantas? » Pero Chulo estaba muy triste y no tenía gana de cantar. ¿Quién puede cantar en una prisión?

« Entonces el gigante se puso furioso, sacó á Chulo de su prisión para obligarlo á cantar; lo sacudió y le apretó el pecho con su gruesa mano, hasta quitarle la respiración. El mártir dió un prolongado quejido, se estremeció y quedó muerto en las manos del gigante.»

— ¡Qué historia tan rara! — dijo Ernesto. — ¿Quién cree en gigantes? No es cierto que haya gigantes y que traten de esa manera á los niños.

— « ¿He dicho yo, acaso, contestó el tío, que Chulo fuera un niño y el gigante un hombre grande? Nó, nó; y voy á decirles quienes eran: — el pobre Chulo era un *pajarito*, y el gigante un *muchacho per-verso*. »

### Ejercicio de significación.

¿Qué era el pequeño Chulo? — ¿Qué le ocurrió? — ¿Qué hizo con él el gigante? — ¿Qué hacía para obligarlo á comer? — ¿Qué exigió después el gigante? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué dijo Ernesto cuando acabó la historia? — ¿Qué contestó el tío?

---

## LECCIÓN XXXVI.

### El concierto de los animales.

Supuesto que respira,  
Se hace oír bien ó mal cualquier garganta;  
Y en esto no hay mentira,  
Pues poco ó mucho, el que resuella canta.  
Hablen sino mil animales duchos  
Que dieron un concierto, como muchos,  
Y es fama que el sentido  
No acompaña á los órganos vocales;  
Por lo que ha sucedido  
Que en la patria de dichos animales,  
Cada cual, presumiéndose asaz diestro,  
Gritó: — «Caiga el león: fuera el maestro!»  
Cayó la monarquía,  
Y en República el reino convirtieron:

— « Vaya una sinfonía  
De nuestros triunfos en honor (dijeron);  
Cada uno cante cual le venga á mano;  
Ya no más director: ¡*Muera el tirano!*»  
Comenzóse el concierto,  
*Ca-ca-ra-cá*, gritando el polli-gallo;  
Y al primer desacierto,  
Con un relincho contestó el caballo;  
*A-i-o, a-i-o* siguió el pollino;  
*Pi-pi-pi*, el colorín, *ufff* el cochino;  
El *mís* y el *marramau*  
Cantó el gato montés, cual tigre bravo;  
Y con cierto *pau-pau*  
Lo acompañaba el indolente pavo;  
Formando tan horrenda algarabía,  
Que ni el mismo Luzbel aguantaría.  
El León destronado,  
Viendo el reino en desorden tan grande,  
— «Silencio (dijo airado,  
Mostrando un arcabuz ganado en Flandes);  
El rey va á dirigir: ¡atrás canalla!»  
Y al verle cada cual, se amorra y calla.  
— «Vuelva á sonar la orquesta  
(Siguió el tirano, de Nerón trasunto),  
Y ¡ay! de la pobre testa  
De aquel que por gruñir me coma un punto.

¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna;  
Palo ó canción; vamos á ver: *á una.* »  
Y la orquesta empezando,  
*Pi-pi, ca-ca-ra-cá, mis-mis, miau-miau*  
(Siguió después sonando),  
*A-i-o, a-i-o, uff-uff, pau-pau;*  
Y tal sonó la música que alabo,  
Que el mundo gritó absorto: « ¡Bravo! ¡bravo! »  
Fué el concierto, antes loco,  
La maravilla, ¡vive Dios! del arte;  
Y, aunque gruñendo un poco,  
Cada animal desempeñó su parte  
Aprendiendo en perjuicio de su testa,  
*Que sin buen Director, no hay buena orquesta.*

(CAMPOAMOR.)

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué trata esta fábula? — ¿Qué hicieron los animales con el León? — ¿Cómo festejaron el triunfo? — ¿Cómo salió el concierto? — ¿Qué hizo entonces el León? — ¿Qué resultó? — ¿Qué se deduce de la fábula?

---

## LECCIÓN XXXVII.

### Un beso por una bofetada.

Alberto y Catalina son dos hermanitos, que asisten á la misma Escuela.

Alberto tiene nueve años de edad, y Catalina siete. Ambos se sientan en el mismo banco.

Un día, jugando á la hora del recreo, Alberto enojado le dió á Catalina una bofetada.

Catalina se ofendió y levantó la mano para devolver á su hermano la injuria.

La maestra la vió y le dijo: « Catalina, mejor sería que le dices un beso á Alberto. »

La niña dejó caer el brazo y miró á la maestra, como diciendo que no comprendía lo que quería significarle.

Nunca había sido enseñada á devolver *bien por mal*. Creía que si su hermano podía golpearla, ella tenía el derecho de golpearlo á su turno.

La maestra la miró bondadosamente y volvió á decirle: « Catalina, es mejor que des un beso á tu hermanito. ¡ Mira qué furioso parece ! »

Cuando Catalina, siguiendo la indicación de su maestra, miró á su hermano, y lo vió enfurecido y des-

compuesto por la ira, afectada por su desgracia, le echó los brazos al cuello y lo besó.

Alberto, que no esperaba una actitud tan noble, experimentó una honda emoción y prorrumpió en desconsolado llanto.

Catalina tomó la punta de su delantal, le enjugó las lágrimas, y trató de consolarlo, diciéndole: « No llores, hermanito; no me lastimaste mucho. » Pero esto aumentó la pena del niño, porque la bondad de su hermana hacía resaltar más la crueldad de su conducta.

Si Catalina hubiera golpeado á Alberto, éste no habría llorado como lloró, ni habría comprendido su mala acción.

Imitad, pues, niños, el ejemplo de Catalina. Cuando otros os golpeen ú os hagan alguna cosa que juzguéis mala, obrad como Catalina: dad *un beso por una bofetada*. De esa manera dominaréis el mal con el bien.

### **Ejercicio de significación.**

¿Qué dice esta lección sobre Alberto y Catalina? — ¿Qué le hizo Alberto á Catalina? — ¿Qué hizo ésta? — ¿Qué le dijo la maestra? — ¿Qué hizo entonces la niña? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué dice la lección al final?

---

## LECCIÓN XXXVIII.

### El color del camaleón.

GÓMEZ.—Dígame, amigo: ¿ha visto Vd. algún camaleón?

PÉREZ.—Muchas veces; es un pequeño animal rojo parecido á un lagarto: ¿no es verdad?

GÓMEZ.—¡Rojo? Vd. se equivoca, señor. No es rojo, sino verde.

PÉREZ.—Le digo á Vd. que es rojo. ¿Cree Vd. que he perdido la vista?

GÓMEZ.—No sería una pérdida muy grande, si vale tan poco.

PÉREZ.—Vd. es un grosero, señor.

GÓMEZ.—Si es grosería decir la verdad, yo no tengo la culpa. Le digo á Vd. que el camaleón es verde.

PÉREZ.—Y yo digo que es rojo, so zopenco.

GÓMEZ.—¡Zopenco? me dice Vd. ¿Qué significa esa palabra? ¡se atreve Vd. á llamarme zopenco?

PÉREZ.—¡Oh! no tiene Vd. que cerrar el puño. Á mí no me asusta nadie. El animal es rojo, señor; rojo, aunque Vd. se enoje.

GÓMEZ.—Le digo á Vd. que es verde, y muy verde.

PÉREZ.—Pues bien, señor: ahí viene un hombre. Vamos á hacerlo juez de la disputa.

GÓMEZ.—Ese hombre tiene ojos. Estoy seguro de que me dará la razón.

(*Entra Díaz*)

PÉREZ.—Buenos días, señor. Este hombre dice que el camaleón es verde. Yo digo que es rojo. ¿Quién tiene razón?

DÍAZ.—Ninguno de los dos. ¿Dónde tienen Vds. sus ojos, amigos? El camaleón es blanco.

GÓMEZ.—¿Blanco? ¡qué tontería!

PÉREZ.—¿Blanco? ¡que disparate!

DÍAZ.—Sí, señores; y tengo el medio de probar á Vds. mi afirmación. Anoche agarré uno y lo traigo dentro de esta bolsa.

GÓMEZ.—Sáquelo Vd. y verá que es verde.

PÉREZ.—No es verde, sinó rojo. Sáquelo Vd.

DÍAZ.—Amigos, están Vds. muy equivocados. Lo aseguro. Si no resulta blanco me comprometo á comerlo.

GÓMEZ.—Le deseo un buen apetito. Abra la bolsa  
(*La abre.*)

PÉREZ.—¡Es azul! ¡quién lo habría pensado!

DÍAZ.—¡Azul! No puedo dar crédito á mis ojos.

GÓMEZ.—¡Azul! ¿Estamos hechizados, ó me hallo bajo la influencia de un sueño?

(*Entra Martínez*)

MARTÍNEZ.—Amigos, he oído la disputa de Vds. y voy á ser juez de ella. Todos Vds. tienen razón; pero lo más extraño es que todos están equivocados también.

GÓMEZ.—¡Cómo! ¿Qué quiere Vd. decir?

MARTÍNEZ.—Quiero decir que el camaleón cambia de color. Unas veces es verde, otras rojo, otras blanco, y otras, como Vds. ven, azul.

PÉREZ.—¡Oooh! Si es así, todos nos hemos incomodado y enojado sin motivo.

MARTÍNEZ.—Así es; y que este suceso les enseñe á no ser rudos y groseros cuando una persona difiera en opiniones con Vds. Cuanto más vivo, más me convenzo de que la tolerancia y el respeto á todas las creencias y opiniones es el temperamento más justo y razonable en la vida social.

GÓMEZ.—Amigos, pido á Vds. perdón por las palabras groseras que les he dirigido.

DÍAZ.—Yo dije que me comería el camaleón si no resultaba blanco. ¿Quieren Vds. eximirme de mi

compromiso? No me haría gracia comer una cosa tan fea y desagradable.

PÉREZ.—Con mucho placer.

GÓMEZ.—Ya lo creo, puesto que habiendo estado todos equivocados, necesitamos perdonar para que nos perdonen.

### **Ejercicio de significación.**

¿De qué trata esta lección? — Qué pensaba Gómez? — ¿Qué Pérez? — ¿Qué sostenía Díaz? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué dijo Martínez? — ¿Cómo terminó la disputa?

---

## LECCIÓN XXXIX.

### **La virtud recompensada.**

En Chivilcoy había un niño que se llamaba Bartolo Pereira.

Una tarde, jugando Bartolo á la pelota, se le escapó ésta y fué á romper casualmente un vidrio en la casa del vecino Gutiérrez.

Nadie había visto tirar la pelota. Por consiguiente,

Bartolo podía haber guardado el secreto de su desventura, si hubiera sido un muchacho malo y cobarde.

El señor Gutiérrez era un hombre áspero, rudo, que acostumbraba regañar á los muchachos cuando cruzaban su terreno ó se acercaban al cerco de su quinta.

Á Bartolo no le gustaba encontrarse con él. Pero tenía más miedo de obrar mal que de arrostrar la cólera del vecino y de toda su familia. Así fué que en el acto se dirigió á la casa de Gutiérrez, y le dijo:

—Señor, jugando á la pelota, hace un momento, he roto un vidrio de una de las ventanas de su casa.

—Entonces mandará Vd. un vidriero para que lo reponga, contestó con mal modo el señor Gutiérrez.

—Sí, señor; ése es mi deber y lo cumpliré inmediatamente.

Sorprendido por la firmeza de Bartolo, el señor Gutiérrez le preguntó si tenía dinero para pagar el vidrio

—Sí, señor, respondió el niño; tengo un peso que he economizado poco á poco.

—¿Para qué lo ha estado Vd. economizando? agregó el vecino.

—Para comprarle un quitasol á mi hermanita, replicó Bartolo.

—Bien, amigo, confío en que mi vidrio será re-  
puesto.

Bartolo, después de despedirse, salió de la casa de Gutiérrez y se dirigió á buscar un vidriero.

Éste repuso el vidrio roto á entera satisfacción del propietario, mediante el dinero que el niño le entregó.

En la noche de ese mismo día hallábase Bartolo sentado en su cuarto estudiando sus lecciones, cuando sonó el llamador de la puerta de calle, y un sirviente dejó un envoltorio destinado á él.

Bartolo lo abrió, y ¿qué creen Vds. que encontró adentro?

Encontró un hermoso quitasol de seda, de cuatro ó cinco pesos de valor, con una carta del señor Gutiérrez, que decía: « Acepte Vd. este pequeño regalo, como una muestra del placer que me ha causado su bella conducta. »

El niño corrió á llevar el quitasol á su hermanita, quien tuvo un verdadero arrebató de alegría.

Cuando el padre de Bartolo supo lo ocurrido, lo llamó y le dijo: « Te has portado como un niño honrado; pero te prevengo que siempre debes obrar por amor al bien y no por el interés de las recompensas. »

Bartolo le contestó: « Puedes estar seguro, papá, de que yo no me habría arrepentido nunca de mi acción, aunque el señor Gutiérrez hubiera dejado de recompensarla. »

### **Ejercicio de significación.**

¿Qué le sucedió á Bartolo una vez? — ¿Qué era el señor Gutiérrez? — ¿Qué hizo sin embargo el niño? — ¿Qué le dijo al señor Gutiérrez? — ¿Qué le contestó éste? — ¿Qué replicó Bartolo? — ¿Qué hizo después? — ¿Qué ocurrió en la noche del mismo día? — ¿Qué encontró Bartolo adentro del envoltorio? — ¿Qué hizo éste con la sombrilla? — ¿Qué le dijo su padre? — ¿Qué contestó él?

## LECCION XL.

### La caridad.

Paseaban dos niños,  
Una mañana,  
Por la calle contigua  
Á sus dos casas,  
En cada mano  
Llevando de pan tierno  
Un gran pedazo,  
Cuando al volver la esquina  
De aquella calle,  
Por la que caminaban

Hace un instante,  
Entrambos vieron  
Demandando limosna  
Á un pobre viejo.

Al instante, el más joven  
De los dos niños  
Fué corriendo y llegóse  
Donde el mendigo,  
Á quien dió el pan  
Que en sus manos  
Llevaba para almorzar;  
Mientras el otro niño,  
Que esto veía,  
Engulléndose ansioso  
Hasta las migas,  
Le regañó  
Porque al pobre mendigo  
Su pan le dió.  
—¿Qué comerás ahora,  
Si diste al viejo  
El pan que á ti te dieran  
Para tu almuerzo?  
¡No miras, tonto,  
Cómo á grandes bocados  
Lo come todo!  
—Hambre tendrá, y el pobre,

Á toda priesa,  
Se come el pan con ansia :  
En hora buena !  
No harías lo mismo,  
Si, como él, tú fueras  
Viejo y mendigo ?  
— Yo nunca seré pobre,  
Pues tengo oído  
Que es mi padre en el pueblo  
De los más ricos ;  
Y de este modo  
Siempre tendré abundancia  
De plata y oro.

Hablando de esta suerte,  
Paso tras paso,  
Se fueron los dos niños  
Pronto alejando,  
Causando al viejo  
Compasión el más grande  
Y el chico aprecio.  
Pues es cosa sabida  
Que en este mundo  
*Gran compasión merece*  
*Quien tiene orgullo ;*  
Y de estos niños  
Estaba el mayor de ellos

De orgullo henchido.  
Perdiéronlo de vista,  
Y á poco, el pobre  
Oyó pedir socorro  
Á grandes voces ;  
Y con presteza  
Corre á salvar al niño  
Que el pan le diera ;  
Y llegando hacia el sito  
En un momento,  
Ve al mayor de los niños  
Que por el suelo,  
Bañado en sangre,  
Estaba haciendo esfuerzos  
Por levantarse.  
Alzólo, y en sus brazos  
Hasta su casa  
Lo lleva con cariño  
Y en ella para ;  
Luego le dijo  
En presencia tan sólo  
Del otro niño :  
« ¡ Ya ves cuán pobre soy !  
Y en mi pobreza  
Parece que de nada  
Servir pudiera ;

Pero, hijo mío,  
De mí has necesitado,  
*Aunque eres rico.*  
No fíes en riquezas,  
Que hay ocasiones  
Que necesita el rico  
Del que es más pobre;  
Y somos luego  
Iguales, ante el trono  
Del Dios eterno. »

Esto dijo y marchóse,  
Allí dejando  
Al niño, junto al otro,  
Avergonzado ;  
Pues es notorio  
Que avergüenza el orgullo  
Al orgulloso.  
*¡Cuántos hay que fiados  
En su dinero,  
Vanidosos al pobre  
Escarnecieron,  
Y á la hora ésta  
Sufriendo están el peso  
De su conciencia!*

( CASARIEGO. )

### **Ejercicio de significación.**

¿Qué hacían dos niños? — ¿Qué vieron? — ¿Qué hizo el niño chico? — ¿Qué le dijo el grande? — ¿Qué sucedió después? — ¿Qué vió el viejo mendigo? — ¿Qué hizo? — ¿Qué le dijo al niño herido? — ¿Qué dice el cuento al fin?

---

## LECCIÓN XII.

### **El cazador burlado.**

CAZADOR. — Muchacho: ¿has visto un conejo que cruzó corriendo el camino?

MUCHACHO. — ¿Era un conejo grande?

CAZADOR. — Sí, era grande.

MUCHACHO. — ¿Tenía un color gris, con una pequeña mancha blanca en una oreja?

CAZADOR. — Sí, sí, me parece que sí. ¿Por dónde fué?

MUCHACHO. — ¿Tenía los ojos colorados y una piel espesa?

CAZADOR. — Sí, anda ligeramente, ó se me escapará.

MUCHACHO. — ¿Tenía el conejo unas orejas grandes y unas patas traseras muy largas?

CAZADOR. — Por supuesto. Así son todos los conejos.

MUCHACHO. — ¿Daba grandes saltos en su carrera?

CAZADOR. — Sí, sí, daba saltos largos.

MUCHACHO. — ¿Está Vd. seguro de que el conejo tenía una mancha blanca en una oreja?

CAZADOR. — Ya te dije que sí. ¿Qué dirección tomó el conejo?

MUCHACHO. — Déjeme Vd. pensar . . . Tenía orejas largas . . . ojos colorados . . . color gris . . .

CAZADOR. — Vamos, muchacho; ya no puedo esperar más.

MUCHACHO. — ¿Está Vd. cierto de que el conejo daba grandes saltos al correr?

CAZADOR. — Es claro: todos los conejos saltan.

MUCHACHO. — Pues, señor . . . yo no he visto á ningún conejo cruzar el camino. Para servir á Vd. Á la fecha supongo que el animalito se hallará fuera de su alcance.

CAZADOR. — ¡Ah! pícaro; párate. Te voy á dar un buen chicotazo por haberte burlado de mí.

MUCHACHO. — Pégueme, si puede alcanzarme. Usted quería matar al pobre conejo sólo por divertirse.

CAZADOR. — ¡Y por eso, pillete, me has estado demorando! ¡querías dar tiempo á que el conejo se escapara!

MUCHACHO. — Precisamente, señor. Yo no he visto ningún conejo, pero estaba cierto de que Vd. había visto alguno. En adelante, señor cazador, cuando Vd. quiera cazar en este campo, tenga cuidado de pedir primero permiso á mi padre, que es dueño de él,

**Ejercicio de significación.**

*Pídase á los niños que expongan con lenguaje propio todo el contenido de la lección, sin omitir detalles.*

**Procedase de la misma manera en las lecciones siguientes.**

**En adelante los niños no deben ser interrogados sobre el sentido de cada párrafo, como en las lecciones anteriores, sino sobre toda la lección.**

LECCIÓN XLII.

El hombre, el caballo y el toro.

Á un caballo dió un toro tal cornada,  
Que en todo un mes no estuvo para nada.  
Restablecido y fuerte,  
Quiere vengar su afrenta con la muerte  
De su enemigo; pero como duda  
Si contra el asta fiera, pñntiaguda,  
Arma serán sus cascos poderosa,  
Al hombre pide ayuda  
«De mil amores, dice el hombre. ¿Hay cosa  
Mas noble y digna del valor humano  
Que defender al flaco y desvalido,  
Y dar castigo á un ofensor villano?  
Llévame á cuestras tú, que eres fornido;  
Yo le mato, y negocio concluído.»

Apercibidos van á maravilla  
Los aliados: lleva el hombre lanza;  
Riendas el buen rocín, y freno y silla;  
Y en el bruto feroz toman venganza.

— Gracias por tu benévola asistencia,  
Díce el corcel; me vuelvo á mi querencia;  
Desátame la cincha; y ¡Dios te guarde!  
— ¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio  
Pagas así? — Yo no pensé... — Ya es tarde  
Para pensar: estás á mi servicio;  
Y quieras ó no quieras,  
En él has de vivir hasta que mueras.  
Pueblos americanos,  
Si jamás olvidáis que sois hermanos,  
Y á la patria común, madre querida,  
Ensangrentáis en duelo fratricida,  
¡Ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña  
El costoso favor, falaz, precario,  
Más de temer que la enemiga saña.  
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?  
¡Demandar por salario  
Tributo eterno y dura servidumbre!

(ANDRÉS BELLO.)

## LECCIÓN XLIII.



La sortija.

La sortija es un juego muy entretenido.

Los niños que viven en el campo lo conocen muy bien; pero los que nunca han salido de las ciudades quizá no saben en que consiste.

Es muy fácil explicarlo.

Se construye con unos palos un arco en forma de gran portada. Ese arco se adorna con generos de diversos colores, comunmente de los colores patrios, es

decir, de los colores de la bandera nacional. Se coloca en el arco una cuerda tendida horizontalmente á la altura de un hombre á caballo, y en esa cuerda se sujeta con un pequeño lacito un anillo de oro ó plata.

El juego consiste en ensartar con un palito, corriendo á caballo, el anillo colgado en el arco.

Todos los que quieren jugar á la sortija se colocan en fila, y uno después de otro se lanzan á la carrera para sacar el anillo con su palito.

Como la operación no es fácil, muchos jinetes pasan por debajo del arco sin tomar el anillo; otros lo hacen caer sin ensartarlo; pero siempre hay alguno más diestro que los otros, que consigue apoderarse de él.

Entonces detiene rápidamente su caballo, y levantando el palito con el anillo, se pasea orgulloso por delante de los espectadores, entre los cuales se encuentran siempre algunas señoritas, hasta que descubre á la dama de sus simpatías y le regala la prenda conquistada.

Después se coloca otro anillo en el arco, y el juego se reproduce de la misma manera.

Muchas veces los jugadores de sortija montan caballos ariscos que se espantan y encabritan al pasar por el arco; pero como siempre son hombres muy jinetes, es rarísimo que ocurra algún percance desgraciado.

El juego de sortija despierta mucho interés entre los

paisanos, porque les ofrece ocasión para lucir sus hermosos *pingos*, y su habilidad y destreza para manejarlos.

Les ofrece, además, una buena oportunidad para reunirse con sus amigos y ponerse en comunicación con las señoritas de su agrado.

El juego de sortija acaba casi siempre en campaña con un animado baile en alguna casa de la vecindad, al que asisten todos los jugadores y las jóvenes del lugar.

#### LECCIÓN XLIV.

##### Recuerdos del Río Negro.

Sobre una verde colina,  
Á cuyo pie el Río Negro  
Corre transparente y manso,  
Había, no ha mucho tiempo,  
Una casita rodeada  
De los cuadros más risueños;  
Los montes del Bequeló  
Se divisan á lo lejos;  
Á la izquierda, orlando el pié

De la loma, un arroyuelo  
Riega un bosque, que se cubre  
De aromas de oro en invierno.  
Más lejos, entre jardines,  
Se ven los techos de un pueblo;  
La colina está cubierta  
De margaritas y trébol,  
Verde como una esmeralda,  
Blanda como un terciopelo.  
Allí pacen los rebaños,  
Aquí saltan los corderos,  
Y cruza el río, cantando,  
En su barca el marinero.  
Y por encima de todo  
Se extiende el azul del cielo,  
Que en vano intenta empañar  
La columna de humo negro,  
Que echa un vecino vapor  
En bocanadas al viento.

Niña de los negros ojos  
Y del rizado cabello,  
Dime: este rápido esbozo  
¿No es para tí como un sueño  
Que confusamente viene  
Á despertar tus recuerdos?  
¿No es ésta, dime, la escena

De tus infantiles juegos?  
¿No es aquí donde formaste  
Por vez primera un deseo,  
Y donde alegre seguías  
De una mariposa el vuelo,  
Y juntabas margaritas  
Para adornar tu cabello?

Piensa un instante . . . recoge  
Tu rápido pensamiento;  
Pon tu mano delicada  
Sobre tus ojos de fuego,  
Y vuélvete con la mente  
Á esos lugares amenos.  
Recuerda, sí, porque es dulce  
De vez en cuando al viajero  
Hacia atrás volver la vista  
Y descubrir á lo lejos  
Los árboles del jardín,  
El campanario del templo,  
La habitación del amigo,  
Y tantos otros objetos  
Que despierta la memoria  
Siempre grata de otros tiempos,  
Y que conmueven y arrancan  
Hondos suspiros del pecho.

(LUIS DOMÍNGUEZ.)

## LECCIÓN XLV.

### Un viaje á Buenos Aires.

Mariquita López es una niña de once años, que vive en el Partido de Las Flores, donde su padre tiene una estancia.

La niña sabe leer y escribir, porque desde la edad de seis años ha asistido á la Escuela pública que hay en el lugar.

Una vez que su mamá tuvo que ir á Buenos Aires la llevó consigo, y pasó en la ciudad quince días.

Cumpliendo una promesa que había hecho á su hermanito Adolfo, le escribió de Buenos Aires la siguiente carta:

Señor don Adolfo López.

Mi querido hermano:

Tengo muchas cosas que contarte de Buenos Aires.

Como tú sabes, el 5 de este mes salimos de la estancia, mamá y yo. En la diligencia venían varias personas, con las que nos relacionamos en el camino. Entre ellas venía un señor de apellido Gómez con una

niñita de mi edad, llamada Isabel, que se hizo muy amiga mía.

Poco tengo que decirte del viaje hasta Las Flores. En dos ó tres ocasiones nos asustamos mucho al pasar unos barrancos, porque parecía que la diligencia iba á caerse; pero felizmente no ocurrió nada. Una vez se empacaron los caballos, que eran unos *mancarrones* flacos, y costó un triunfo hacerlos andar: fué preciso que la gente se bajara del vehículo y que un buen paisano de la vecindad nos ayudara á salir del mal paso, cuarteando las *arpas* de la diligencia.

Á la noche llegamos á Las Flores, que es un pueblo bonito.

Dormimos allí en una posada, y á la mañana siguiente tomamos el tren para Buenos Aires. ¡Si vieras, hermanito, lo que es el tren! ¡Qué cosa tan notable! Se compone de unos coches grandes, que andan sobre un camino de hierro, arrastrados por una inmensa máquina.

Nosotros subimos á un coche con el señor Gomez y mi amiga Isabel; y un rato después la máquina dió unos fuertes silbidos y empezó á andar, arrastrando el coche en que estábamos nosotros y todos los demás. Marchábamos con tal velocidad, que en un momento perdimos de vista el pueblo de Las Flores y todas las casas y ranchos que hay alrededor.

Isabel y yo, asomadas á la pórtezuela del coche, mirábamos con curiosidad los lugares por donde el tren nos conducía, observando los puentes, las chacras, las quintas, las casas, etc.

Muy pronto llegamos á los suburbios de Buenos Aires.

Sin advertirlo entramos en Buenos Aires, que es una gran ciudad, con casas espaciosas y bonitas, con calles anchas, limpias y bien empedradas, con hermosos edificios públicos. Sus calles están siempre llenas de gente, de carros, de coches, de tranvías.

En la estación había muchos coches para conducir á los pasajeros del tren á los hoteles ó casas. Tomamos uno, y después de despedirnos del señor Gómez y de mi amiga Isabel, nos dirigimos á la casa de tía Joaquina.

---

## LECCIÓN XLVI.

### Un viaje á Buenos Aires.

(Continuación)

Tía Joaquina vive en la calle de la Florida.

En cuanto se detuvo el coche, todos los primitos salieron á recibirnos, haciendo grandes y ruidosas de-

mostraciones de alegría. Le dí á Pepito el avestruquito que tú le mandaste, y á Enriqueta el collar de huevitos que hicimos para ella en la estancia. Ambos se quedaron muy contentos.

Desde que llegamos no he hecho más que pasear por la mañana, por la tarde y por la noche.

¡Cómo se entretiene uno en Buenos Aires!

Tío Federico me llevó un día con Enriqueta al « Argentino », linda mercería donde no se vende más que juguetes. ¡Habías de ver qué muñecas, que juguetitos de sala, de comedor, qué cajitas! Ya te contaré después. Tío me compró una muñeca muy bonita, que cierra los ojos y dice *papá y mamá*. Para mandarte á tí compró una caja grande que encierra una pelota un trompo, un balero, una lotería y muchas otras cosas.

Estuvimos también en la Confitería del Águila. ¡Qué Confitería! Tú no puedes imaginarte la variedad de exquisitos dulces que hay allí. Cuando regrese á la estancia he de llevarte una caja llena de caramelos, confites, chocolatitos y yemas. Á papá, que es tan amigo de alfajores, le piensa llevar mamá unos muy grandes y muy delicados que venden en esa Confitería.

Estuve una noche en el circo. Tú no sabes lo que es un circo. Es un gran salón, donde se ven cosas muy

entretenidas. La gente se sienta en sillas y bancos dispuestos circularmente. En el centro del salón hay una especie de patio, donde se hacen las pruebas. En la noche que yo asistí trabajaba una compañía de monos y perros sabios. ¡Qué cosas tan buenas hacían estos animalitos! Los monos, vestidos con trajes muy *paquetes*, parecían señores y señoritas. Primero salieron todos los monos, unos montados á caballo en perros, otros en un cochecito pequeño, tirado por perros también. Todos anduvieron dando vueltas por el Circo. Después corrieron carreras é hicieron una multitud de pruebas y juegos graciosos, que nos causaron gran risa. Ya te he de contar todo con detalles cuando nos veamos.

Creo que te he escrito una carta bastante larga. Otro día volveré á escribirte.

Adiós hermanito. Dale un fuerte abrazo á papá, y afectuosos recuerdos á todos los de casa.

Tu hermana,

MARÍA LÓPEZ.

---

## LECCIÓN XLVII.

### Los animales inofensivos.

ZENÓN.—¿Eres tú el que me injurió el otro día?

ALFREDO.—Si tú eres el muchacho que arrojaba piedras á un pobre sapo, yo soy quien te llamó cruel.

ZENÓN.—Entonces te voy á *sacudir el polvo*.

ALFREDO.—No sé lo que eso pueda cambiar el carácter del hecho. Tú habrás sido siempre cruel.

ZENÓN.—¿No me tienes miedo?

ALFREDO.—Te tengo tanto miedo como al gallo de casa cuando salta sobre el cerco y se pone á cantar.

ZENÓN.—Es que yo soy más grande y más fuerte que tú.

ALFREDO.—También la lechuza es más grande que la golondrina; y sin embargo ésta persigue á aquélla.

ZENÓN.—¿Por qué me llamaste cruel?

ALFREDO.—Porque es un acto de crueldad hacer daño á los seres inofensivos.

ZENÓN.—¿Y á tí no te gusta separar de tu camino á los sapos asquerosos que encuentras en él?

ALFREDO.—De ninguna manera. Los sapos son animales inofensivos y que no hacen daño á nadie.

Cuatro ó cinco sapos pueden conservar un jardín, libertándolo de gusanos, moscas y otros insectos que perjudican á las plantas. Un jardinero inteligente preferiría que le pegasen á él antes que á los sapos de su jardín.

ZENÓN.—Nunca había oído que los sapos fueran animales útiles.

ALFREDO.—Pues ya lo sabes. Además, ¿qué daño has oído decir que cause un sapo? ¿No te has fijado cómo se apura para salir del camino cuando uno se acerca?

ZENÓN.—Es verdad. Nunca he oído que un sapo haya hecho daño á nadie. ¿Como te llamas?

ALFREDO.—Mi nombre es Alfredo Larca.

ZENÓN.—Alfredo Larca, yo no he tenido razón y tú sí. Mi nombre es Zenón Corta. ¿Quieres darme un apretón de manos?

ALFREDO.—Con mucho gusto. Yo prefiero apretar afectuosamente una mano antes que pelear.

ZENÓN.—Reconozco que obré con crueldad al apedrear al sapo, y tú calificaste bien mi conducta.

ALFREDO.—Creo que serémos buenos amigos. Ve á visitarme. Yo vivo en la casa blanca que está cerca del arroyo, al lado de un bosque de eucaliptus.

ZENÓN.—Conozco la casa. ¿Quieres ir mañana á pasear conmigo?

ALFREDO.— ¡Pues no! y mis hermanitos Ramón y Jacobo tendrán también placer en acompañarnos.

ZENÓN.— Bien: iré á buscarte. ¡Hasta mañana!

ALFREDO.— Adiós, Zenón Corta. ¡Hasta mañana!  
Me felicito de haberte conocido.

---

## LECCIÓN XLVIII.

A mi hijita de cinco años.

### I.

Deletreabas á mi lado,  
Hijita, el Cristo *a b c*,  
Sirviéndote de puntero  
Deditos de rosicler.  
Te reías con mi risa,  
Y con labios de clavel,  
En besitos me pagabas  
Elogios á tu saber.  
Yo suspiraba entretanto,  
Hija, sin saber por qué,  
Y lágrimas me brotaban  
Sin poderlas contener;

Y al pensar en tu mañana,  
Funesto y triste tal vez,  
Volví la vista á tu madre,  
Y con dolor exclamé:  
Un rosal cría una rosa,  
Y una maceta un clavel,  
Y un padre cría á su hija  
Sin saber para quién es.

II.

Hijita del alma mía,  
Dulce imán de mi querer,  
De amor el único fruto,  
Bendígate Dios, Amén.  
Estoy triste, prenda mía,  
Triste, sin saber por qué;  
Ven, y tus palabras oiga  
De divina sencillez.  
Deja á un lado tus juguetes,  
Y en cambio te contaré  
Un cuento muy divertido  
De la reina Doña Inés.  
Ésta era una reina hermosa  
Que, yendo para Belén,  
Habló con un peregrino

Que llevaba un niño al pié;  
Iba la reina sedienta,  
Y el peregrino también,  
Y el niño los contemplaba  
Sonriendo . . . Pero ¿qué?  
¿Te duermes?—Duerme, hija mía,  
Y tu sueño arrullaré,  
Diciéndote con acento  
De infinita languidez:  
Un rosal cría una rosa,  
Y una maceta un clavel,  
Y un padre cría á su hija  
Sin saber para quién es.

III.

ELLA.

¡Qué linda está nuestra hija!  
¡Qué graciosa! ¿no la ves?  
¡Cómo ha crecido!

Yo.

Sí, cuenta  
Cinco años cumplidos.—Bien;

Pero otras hay que no tienen  
Tanta gracia y tanto aquel.

— Si te oyeran, se reirían.

De lo que dices. — ¿ Por qué ?

¡ Pedacito de mi alma !

— ¡ Que Dios nos la guarde ! — Amén.

— ¿ Cuándo la veremos grande ?

— Muy pronto, y antes tal vez

De lo que piensas ; el tiempo

Se desliza sin querer,

Y ya me dirás mañana,

Cuando á alguno su amor dé :

¡ Quién la viera chiquitilla

Como la vimos ayer !

— ¡ Jesús ! que no crezca entonces,

Que chiquilla está muy bien.

Un rosal creía una rosa,

Y una maceta un clavel,

Y un padre creía á su hija

Sin saber para quién es.

#### IV.

Vamos, hijita, al paseo

Con tu traje de piqué,

Y el sombrerito de paja

Que mamá te compró ayer.  
¿No ves cuánto niño salta?  
Y aquellas chicas ¿no ves  
Con sus ayas ó sus madres  
Por entre flores correr?  
¿Quieres flores? Toma, hija,  
Toma una rosa, un clavel,  
Que son flores menos puras  
Que la flor de tu niñez.  
¡Que su cáliz de inocencia  
Pueda contigo crecer!  
Crece feliz, hija mía,  
Y el día de la vejez,  
Sobre mis blancos cabellos  
Corona me has de poner,  
Que es el amor de los hijos  
De los padres el laurel.  
Mas, ¡ay! mi pecho se oprime,  
Hija, sin saber por qué,  
Y exclamo con triste acento  
De infinita languidez:  
Un rosal cría una rosa,  
Y una maceta un clavel,  
Y un padre cría á su hija  
Sin saber para quién es.

( CAMACHO. )

## LECCIÓN XLIX.

### Bromas pesadas.

Ema es una niña que vive en Buenos Aires.

Una vez su tía la llevó á una chacra que posee en Quilmes.

Como nunca había salido de la ciudad, la pobre Ema no conocía ninguna de las cosas del campo.

Un día su primo Juan, muchacho travieso, un poco mayor que ella, le dijo :

— Ven, Ema, aquí hay una planta de olor muy agradable; arranca una ramita y huélela.

Ema tomó unas hojas de la planta y se las llevó á la nariz; pero en el acto las dejó caer, soltando el llanto. La planta era una *ortiga*.

Otro día, paseando con sus primos por un pequeño bosque, vió en un árbol un camoatí ó nido de abejas silvestres.

Se despertó su curiosidad y preguntó qué era.

Juan, siempre dispuesto á travesuras, se adelantó y le dijo:—Ese nido tiene almíbar dentro; toma esta caña, pínchalo con ella, y verás cómo cae el almíbar.

Ema siguió el consejo, al mismo tiempo que Juan se retiraba disimuladamente á cierta distancia. La pobre niña no tardó en verse acosada por las avispas, que la picaron en distintas partes de la cara, haciéndola llorar durante un largo rato.

Se quejó á la tía, quien tuvo á Juan encerrado en penitencia durante un día entero; mas la pobre niña se hizo tan tímida é incrédula, que tenía miedo y desconfiaba de todas las cosas desconocidas.

Una noche, después de comer, caminando con sus primitas al rededor de la casa, vió una porción de bichitos de luz, que volaban de un lado á otro.

—¿Qué son esas lucecitas? preguntó Ema.

—Son bichitos de luz, le contestó María; vamos á agarrarlos y verás qué bonitos son.—Y corriendo por el campo logró tomar uno.

—¿Quieres que te lo pegue en la frente? preguntó María á Ema.

—No, contestó ésta; porque me vas á quemar.

Mucho trabajo le costó á María convencer á su prima que los bichitos de luz no quemaban.

Otra vez paseando por un sembrado de papas, su primita Lucía le dijo:

—Ema, si quieres ver cómo nacen las papas, arranca una planta y verás la raíz cubierta de papitas de todo tamaño.

—Eso no puede ser, respondió Ema. Las papas se compran en el mercado.

—¡Pues mira! le replicó Lucía; y arrancando una mata le mostró la raíz llena de pequeñas papas.

Ema experimentó una gran sorpresa, y desde entonces cobró confianza en los dichos de sus primos.

Mas el pícaro Juan, que tenía gana de vengarse por el castigo que Ema le había hecho sufrir, concibió con ese motivo la idea de darle otra broma á su prima.

En momentos en que ésta comía un exquisito alfajor, que su mamá le había enviado de Buenos Aires con otros dulces, se acercó á ella y le dijo:

—Emita, ¿quieres tener muchos alfajores cómo ése? Pues plántalo y te nacerán diez ó doce, lo mismo que nacen muchas papas plantando una. Ven conmigo, que yo te diré dónde has de plantarlo.

Ema accedió, seducida por el deseo de tener muchos alfajores, y Juan la llevó á un pequeño cantero situado detrás de la casa. Allí hizo éste un agujero en la tierra é indicó á su prima que enterrara el alfajor y volyiera al día siguiente á recoger la cosecha.

La niña colocó el dulce en el lugar designado, y se fué después á jugar con sus primitas, á quienes dijo:—Mañana tendremos convite de alfajores; prometo dar dos á cada una.

Entretanto el travieso Juan se comía el rico alfajor

de Ema, después de desenterrarlo y limpiarlo con toda prolijidad.

Con estas cosas, Ema regresó á la casa de sus padres, fastidiada de su residencia en el campo, y animada del propósito de devolver á Juan las bromas que le había dado, si alguna vez éste hacía un viaje á Buenos Aires.

---

## LECCIÓN I.

### La venganza.

Dos años después, Juan, que nunca había salido de la chacra de sus padres, hizo un viaje á Buenos Aires, yendo á parar á la casa de Ema, que ya tenía once años y había aprendido muchas cosas.

Aunque Ema lo quería mucho, estaba deseosa de hacerle pagar las *judiadas* que le había hecho durante su paseo á Quilmes; así fué que, en cuanto llegó Juan, se puso á pensar en las bromas que podría darle; y como su primo no conocía sino las cosas del campo, muy fácil le fué encontrar ocasiones para embromarlo.

Un día salieron juntos á pasear por la calle de Rivadavia.

Juan admiraba con la boca abierta todos los objetos de las vidrieras: los juguetes, los dulces, etc.

Se detuvieron delante de la vidriera de una confitería, y Juan le dijo á Ema:—¡Qué ricos dulces! ¿Cuánto valdrán aquellos pasteles y aquellas grandes tortas?

—¿Tienes dinero? le preguntó Ema.

—Sí, tengo ocho centavos.

—Pues entonces puedes comprar aquella hermosa torta que se vé allí. Entra y dile al confitero que te la venda.

Juan penetró en la confitería y pidió la torta, echando mano al bolsillo para sacar su dinero.

El confitero tomó la torta, la envió en un papel, la ató con un hilito y se la entregó.

—Ahí tiene usted su plata, le dijo Juan, dándole sus ocho centavos.

El confitero lanzó una carcajada, y le contestó:

—Amiguito, esa torta vale un peso, y no ocho centavos; afloje el peso, y sino váyase á embromar á otra parte.

Juan, confundido y avergonzado, dejó la torta y salió de la confitería, encontrando en la puerta á su prima, que se reía á carcajadas por el éxito de su broma.

Otra vez estudiaba Ema su lección de piano, y Juan le preguntó cómo se llamaba el instrumento que tocaba.

—Éste es un órgano, le contestó Ema.

Juan se retiró. Un rato después lo llamó su tía y le preguntó donde estaba su prima.—Está tocando el órgano, le contestó.—¿Qué órgano? replicó su tía toda sorprendida.—El órgano que está en la sala.—El piano, querrás decir, exclamó doña Marta, echándose á reir.

No satisfecha todavía Ema, habiéndole preguntado Juan, una tarde que paseaban por la Plaza de Lorea, quién era una especie de soldado *paquete*, que se hallaba en una esquina, ella le contestó:—Es un *polizonte*, y los *polizontes* están encargados de mantener el orden público.

Pocos días después, jugando Juan con unos amigos en la misma plaza, se acercó un policiano á reprenderlos, porque habían tirado una piedra. Encarándose Juan con él, le dijo:—Señor polizonte, nosotros no somos los culpables: la piedra ha salido de aquel otro grupo.

Como era natural, el vigilante se enojó y quiso llevarlo preso.

—Pero yo ¿qué he hecho? exclamó Juan.

—Usted me ha llamado *polizonte*, y yo no permito que se rían de mí.

—¿Entonces usted no es un *polizonte*? dijo Juan todo asustado.

—Cállese usted la boca; no me vuelva á llamar así, porque lo llevo á la cárcel.

El pobre Juan comprendió entonces que había sido víctima de otra broma de su prima, y se retiró humildemente á su casa.

Al llegar á ella, refirió el lance á su tía. Doña Marta llamó á Ema y le ordenó que se abstuviese de volver á engañar á su primo.

—Bueno, mamá, contestó la niña. Ya no volveré á darle bromas á Juan, porque me lo mandas y porque creo que está suficientemente penado por las travesuras que me hizo cuando estuve en su chacra.

Ema cumplió su promesa.

Juan no tuvo después motivo de queja contra ella; y cuentan las crónicas que los dos primos se cobraron tanto cariño, que á la edad de veinticinco años se casaron, yéndose á vivir á la chacra de Quilmes, donde Ema tuvo ocasión de recordar, con la sonrisa en los labios, las bromas que su marido le había dado en la niñez.

## LECCIÓN LI.

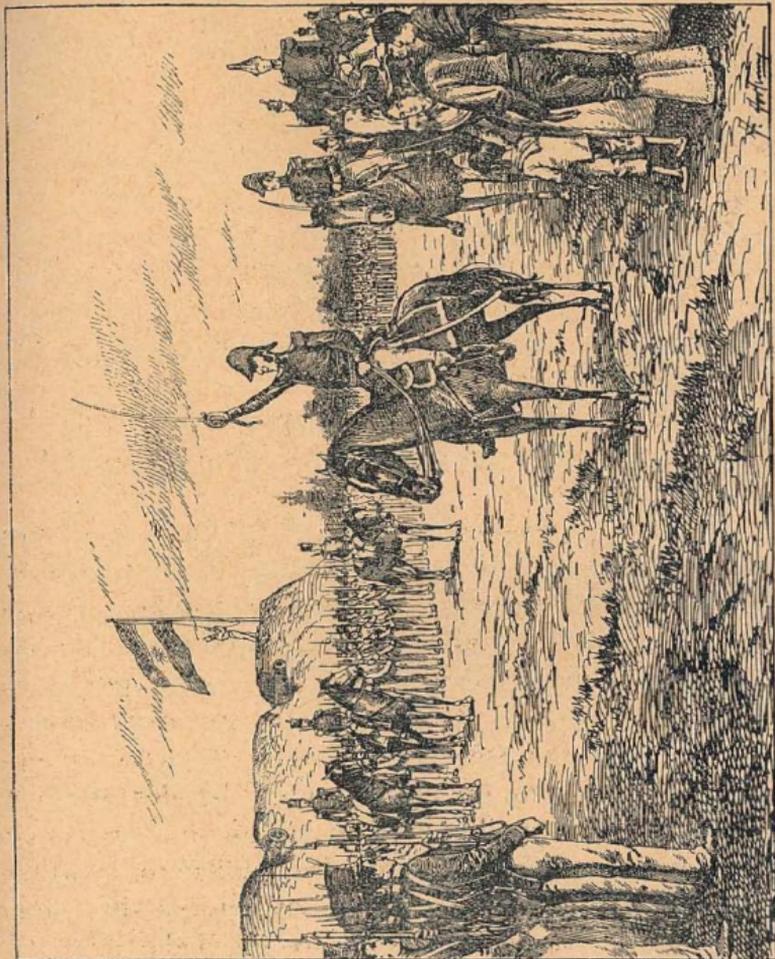
### Las dos olas.

De blanda brisa impelidas  
Como dulces compañeras,  
Dos olas del mar salado  
Marchaban á la ribera,  
Cuando impaciente la una,  
Acusando la pereza  
De su amiga, así le dice:  
« Atrás, taimada, te quedas;  
« Así nunca medrarás  
« Por andar con las pequeñas;  
« Verás cómo ahora me junto  
« Con otras olas soberbias,  
« Y me levanto del Ponto  
« En la superficie tersa  
« Y sumerjo los navíos  
« Y me trago hasta la tierra. »  
No bien húbose engrosado  
Y extendido, cuando envuelta  
Por su misma pesadumbre  
Quedó en espumas deshecha,

Y así acabó; mas la amiga  
Que alzarse la vió tan hueca,  
Siguió callada y tranquila  
Burlando de su demencia;  
Ya un pintado pececillo  
Saltando la sigue y juega,  
Ya en ella el suave favonio  
Su planta toca ligera;  
Y así se vá deslizano  
Hasta que á la orilla llega,  
Donde abraza la cintura  
De una preciosa doncella,  
Y sube á su rostro y moja  
Su flotante cabellera,  
Pasando á morir gozosa  
En lecho de blanda arena.  
Yo, que mis redes cuidaba  
En tanto que el sol las seca,  
Y he dado en ambas locuras  
De pescador y poeta,  
Pensé que el mundo era mar  
Y hombres las olas. Aquellas  
Que de la calma se apartan,  
Desdeñando la pobreza,  
Y con los grandes se juntan  
Por ostentar preeminencias,

Son trasuntos de los vanos  
Amantes de la opulencia,  
Que mueren sin alcanzarla  
Entre el ansia y la miseria,  
Desprendidos de los suyos,  
Por seguir quien los desprecia;  
Y éstas que caminan mansas  
Y no ambicionan, ni anhelan  
Más bienes que aquel estado  
Que les dió naturaleza,  
Son los pacíficos hijos  
Del deber y la prudencia,  
Que ni murmuran, ni envidian,  
Ni de los suyos se alejan,  
Ni distinguen por colores,  
Ni casan por conveniencia,  
Ni se envanecen, ni tienen  
El trabajar por afrenta.

(GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDEZ.)



## LECCIÓN LII.

### La bandera argentina.

Todas las naciones tienen una bandera.

La bandera española está formada por tres listas horizontales: dos rojas y una amarilla en el medio.

La italiana tiene también tres listas verticales: una verde, otra blanca y otra roja.

La bandera oriental está compuesta de nueve listas: cuatro celestes y cinco blancas, con un sol en la esquina superior.

La argentina se compone de tres fajas: dos azules y una blanca, con un sol en el centro.

Los argentinos aman mucho su bandera, porque ella simboliza su independencia y todas sus glorias.

Cuando uno se encuentra en país extranjero y ve flamear entre otras la bandera de su patria, experimenta una impresión igual á la que se siente cuando se ve una persona querida, porque la bandera nacional le recuerda su familia, el lugar en que ha nacido, en que se ha criado y educado, las tradiciones de la patria, las victorias alcanzadas á su sombra, los sacrificios y las virtudes de sus buenos conciudadanos.

Al verla quisiéramos besarla con efusión y estrecharla en un abrazo infinito.

Siempre que vemos un batallón marchando por las calles, una de las cosas que buscamos con más avidez es el oficial que lleva la bandera.

¡Qué orgullosos nos sentimos al ver la bandera llevada por un militar, y qué orgulloso debe sentirse también el que la lleva!

Nosotros sentimos orgullo, porque sabemos que nuestra bandera tiene quien la defienda con valor; y el que la lleva, porque sabe que se halla bajo su guarda el honor de la patria, y tiene el deber de dar hasta la última gota de su sangre para conservarlo incólume.

La bandera nacional fué ideada por el ilustre General Don Manuel Belgrano, y enarbolada la primera vez por él, al inaugurar dos baterías que se habían construido sobre las márgenes del Paraná.

El General Don Bartolomé Mitre refiere de la siguiente manera este hermoso y trascendental suceso:

« El día 27 (de Febrero de 1812) era el señalado para inaugurar las baterías á las cuales había bautizado con dos nombres simbólicos, que traducían las aspiraciones de su alma. Batería de la *Libertad* llamó á la de la barranca, y de la *Independencia*, á la de la isla. Deseando coronarlas con un pabellón digno de

estos nombres, que representaban grandes ideas, resolvió enarbolar resueltamente en ellas el estandarte revolucionario, á cuya sombra debía conquistarse una y otra. En consecuencia escribió con aquella fecha al Gobierno: « Siendo preciso enarbolar bandera, y no teniéndola, mandéla hacer blanca y celeste, conforme á los colores de la escarapela nacional. Espero que sea de la aprobación de V. E.

« En la tarde del día indicado se formó la división en batalla sobre la barranca del río, en presencia del vecindario congregado por orden del comandante militar. A su frente se extendían las islas floridas del Paraná que limitaban el horizonte: á sus pies se deslizaban las corrientes del inmenso río, sobre cuya superficie se reflejaban la nubes blancas en el azul de un cielo de verano, y el sol que se inclinaba al ocaso, iluminaba con sus rayos oblicuos aquel paisaje lleno de grandiosa magestad. En aquel momento, Belgrano que recorría la línea á caballo, mandó formar cuadro, y levantando la espada dirigió á sus tropas estas palabras: « *Soldados de la patria*: En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela Nacional: en aquel (señalando la batería Independencia) nuestras armas aumentarán sus glorias. Jurémos vencer á nuestros enemigos interiores y exteriores y la América del Sur será el templo de la *Independencia* y de la *Li-*

*bertad.* En fé de que así lo jurais, decid conmigo: ¡ Viva la Patria! » Los soldados contestaron con un prolongado ¡ Viva! y dirigiéndose enseguida á un oficial que estaba á la cabeza de un piquete, le dijo: « Señor Capitán y tropa destinada por la primera vez á la batería *Independencia*: id, posesionaos de ella y cumplid el juramento que acabais de hacer. » Las tropas ocuparon sus puestos de combate. Eran las seis y media de la tarde y en aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, reflejo del hermoso cielo de la patria, y su ascensión fué saludada con una salva de artillería. Así se inauguró la bandera argentina. »

---

## LECCIÓN LIII.

### Al Pabellon Nacional.

Bendito seas, pabellón hermoso,  
Pabellón que acaricia la victoria,  
Epopeya de un pueblo generoso,  
Emblema del honor y de la gloria.

Cuando así te contemplo enaltecido,  
Hasta el Cielo se eleva el pensamiento,  
Y el corazón se agita estremecido  
De orgullo, de placer, de sentimiento.

Tú eres la historia, de heroísmo llena,  
De este pueblo magnánimo y valiente,  
Que rompió despertando su cadena,  
Del extranjero déspota en la frente.

¡Cuán hermoso y cuán grande me pareces  
Cuando al son del airado torbellino,  
Orgullosa en la atmósfera te meces,  
Al sol brillando tu esplendor divino!

Sigue siempre orgullosa de los vientos,  
Sigue flotando así, sigue flotando,  
De la patria en los altos monumentos,  
La santa libertad simbolizando.

Tú alimentas el santo sentimiento  
Que á un porvenir espléndido nos guía;  
Tú inspiras el valor y el ardimiento;  
Tú eres la gloria de la patria mía.

El pueblo, por tu amor, se alza gigante,  
Formando donde estás una muralla;  
Por tu amor hasta el niño vacilante  
Corre á buscar la gloria en la batalla.

De la muerte el guerrero no se asombra,  
Ni de la angustia siente los dolores,  
Cuando muere al abrigo de tu sombra,  
Mirando, al expirar, tus dos colores.

Yo, con el ansia de mi amor, anhelo  
Que en donde quiera triunfen tus legiones;  
Que bendito te mires por el cielo;  
Que deslumbre tu gloria á las naciones.

( ROSAS. )

---

## LECCIÓN LIV.

### El amor al estudio.

Un niño que vive en Flores, estaba un Domingo en la puerta de su casa, cuando pasó un condiscípulo, montado en un lindo potrillo overo, y se detuvo á conversar con él.

— ¡Hola! Arturo; ¿cómo te vá? dijo el del potrillo.

— Bien, Pancho; y tú ¿como estás? ¿Por qué no fuiste ayer á la Escuela? ¿Estuviste enfermo ó hiciste la *rabona*? El maestro preguntó por tí.

— Estoy bueno. Ayer no fuí á la Escuela, porque... porque no pude.

— ¿No pudiste? ¿Por qué? ¿Tenías algo? Me inclino á creer que fuiste á pasear, en lugar de ir á la Escuela.

— Es verdad, Arturo. Le tengo una rabia á los libros, que . . . Además ayer estaba comprometido á correrle una carrera á Joaquín, el hijo del molinero, que tiene, como sabes, un potrillo malacara, de mucha fama. Y le gané la carrera. ¡Si vieras qué ligero es este overito! Corrimos cuatro cuadras y lo dejé al molinero media cuadra atrás.

— ¿Y á tí no te importa hacer la rabona? ¿No sientes perder el tiempo en carreras y en otros juegos? ¿No sientes engañar á tus padres, que se afanan tanto por tu educación? Á mí me parece eso muy feo. Cuando seas hombre lo has de lamentar amargamente. Hay tiempo para aprender y para divertirse. Mira lo que yo hago: todos los días me levanto temprano, ensillo mi potrillo, paseo un rato en él, vuelvo á casa, tomo mis libros y me marchó á la Escuela. Cuando

vuelvo á la tarde, monto otra vez á caballo, juego con mis hermanitos, y todavía tengo tiempo para estudiar las lecciones antes de acostarme.

—Puede ser que tengas razón, Arturo; pero déjate de sermones. ¿Quieres que me baje á hacerte una visita?

—Con mucho gusto, Pancho. Bájate.

Pancho se apeó de su potrillo, bajó la rienda y la colocó en un poste de la vereda.

En seguida entró en la casa de Arturo, quien lo condujo á su cuarto, un pequeño cuarto muy ordenado y muy limpio. Al lado de una camita había una mesa, y sobre ésta, una porción de libros bien encuadernados y cuidados, colocados con orden y simetría, una cartera para escribir, un tintero y varias lapiceras; en la pared se veían un mapa de la República y varios mapas de distintos países. Encima de una cómoda había una porción de rocas numeradas, una colección de hojas de distintas clases cosidas con prolijidad en unos cartones, y por último, un grupo de insectos clavados en una tabla con largos alfileres.

Después de arrojar una mirada sobre todo, Pancho no pudo menos de lanzar una exclamación.

—¡Aaah! ¡Qué cantidad de cosas tienes! ¿De dónde las has sacado? ¿Quién te ha dado tantos libros? ¿Quién te ha hecho ese pequeño museo?

— Todas las cosas que ves, yo mismo las he reunido y arreglado. Los libros me los han dado en la Escuela ó me los ha regalado mi papá. El museo lo he formado yo, juntando un día una piedra, otro un insecto ó una hoja extraña.

— Y ¿cómo has sabido ordenar y clasificar todos los objetos?

— Teniendo presente las lecciones que nos dan en la Escuela. Cuando el maestro nos muestra en la clase una piedra y nos dice: éste es *granito*, *cuarzo*, ó cualquier otra cosa, yo me fijo en su color, en su dureza, y en todos sus caracteres, y cuando transito por la calle ó por el campo, si encuentro una piedra la observo, la comparo con las que he aprendido á conocer, y si la considero igual á alguna de ellas, me digo: ésta es *tal* ó *cual*. Si no la conozco se la llevo al profesor para que él me enseñe su nombre. Lo mismo hago con los insectos y con las plantas.

— ¿Y encuentras placer en eso?

— Ya lo creo, y muy grande. Siempre que yo, con mi propio trabajo consigo descubrir alguna particularidad que nadie me ha enseñado; siempre que encuentro una piedra nueva para mí, un insecto desconocido en la Escuela, ó una hoja ó fruto raro, me doy cuenta de que valgo algo, reconozco lo que puedo esperar de mis fuerzas, y siento, por consi-

guiente, una verdadera satisfacción. Además, mi conducta proporciona á mis buenos padres un gran placer, y esto solo bastaría para estimularme.

— ¿Sabes, Arturo, que tengo gana de imitarte? Me hacen impresión tus palabras. Yo nunca me había detenido á pensar en el valor de los estudios. El primer maestro que tuve me cansó tanto, que he mirado con horror la Escuela y todo lo que con ella se relaciona. Pero voy á estudiar como tú desde hoy. Creo que he de conseguir las mismas satisfacciones que tú disfrutas. Y para no vacilar en mi propósito, cortaré hoy mismo mis relaciones con el molinero y otros muchachos vagos. ¿Quieres ser tú mi amigo de todos los días y de todas las horas, en los juegos y paseos, lo mismo que en los estudios y trabajos?

— Con muchísimo placer le contestó Arturo; y desde entonces, éste y Pancho, unidos por una íntima amistad, estudian y pasean juntos, y se disputan sin celos ni rencores el primer puesto de la Escuela.

## LECCIÓN LV.

### Los granaderos á caballo.

— Papá, deseo ir hoy al Museo: ¿me quieres llevar?

— ¿Para qué quieres ir? ¿No hemos estado ya una vez.

— No importa. El día que estuvimos recorrimos muy ligeramente los salones. Yo deseo detenerme á ver los cuadros y trofeos gloriosos que se conservan allí. ¿Quieres llevarme?

— Bueno, mi hijito, te llevaré. — Y diciendo esto el señor Gonzalez tomó su sombrero y su bastón, y se dirigió con su hijo Avelino al Museo.

— ¿Qué son, papá, aquellos morriones grandes que se ven allí? preguntó el niño á su padre.

— Mi hijo, esos morriones son los que usaban los célebres *Granaderos á caballo*.

— ¿Y quienes eran los Granaderos á caballo?

— Los Granaderos á caballo formaban un Regimiento de Caballería, que fué organizado por el General San Martín, y que acompañó á este en todas sus campañas, distinguiéndose por su valor y su disciplina. Se componía ese cuerpo en su principio de reclutas

traídos en su mayor parte de Mendoza, San Luis y Santiago del Estero; eran hombres escogidos, de gran talla, jóvenes y fuertes. Los oficiales pertenecían á las familias más distinguidas de Buenos Aires, como Zapiola, Escalada, Lavalle, Necochea, etc.

— ¿Y en qué hechos de armas se distinguieron los Granaderos á caballo?

— Primeramente, — en el heroico combate de San Lorenzo, en que se estrenaron, peleando valientemente contra la tropa veterana que desembarcó de la escuadrilla española en la madrugada del 3 de Febrero de 1813. — Hay en ese combate, que dió fama á San Martín y á los granaderos, hechos de bravura y abnegación que merecen recordarse.

— ¿Querías referirme algunos de esos hechos?

— Con mucho gusto. Te repetiré los que cuenta el General Mitre: « San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zabala, jefe de toda la fuerza de desembarque. Al llegar á la línea recibió á quema ropa una descarga de fusilería y un cañonazo á metralla, que matando á su caballo le derribó en tierra, tomándole una pierna en la caída. Trabóse á su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya á atravesarlo con la bayoneta

cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria, lo traspasó con su lanza. Imposibilitado de levantarse del suelo y de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiese venido en su auxilio echando resueltamente pié á tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza á su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancia que los enemigos, reanimados por Zabala á los gritos de ¡Viva el rey! se disponían á reaccionar, y recibe en aquel acto dos heridas mortales, gritando con entereza: « ¡Muero contento! hemos batido al enemigo. » Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila: era natural de Corrientes y murió dos horas después repitiendo las mismas palabras. Casi al mismo tiempo el alférez Hipólito Bouchard arrancaba con la vida la bandera española de manos del que la llevaba, habiendo el capitán Bermúdez, á la cabeza del escuadrón de la derecha, hecho retroceder la columna que encontró á su frente. . . Los españoles desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, abandonaron en el campo su artillería, sus muertos y heridos, y se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, donde intentaron formar cuadro. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada,

y una de sus balas hirió mortalmente al capitán Bermúdez, en el momento en que llevaba la segunda carga y había asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín, á consecuencia de su caída. El teniente Manuel Díaz Velez que lo acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el ímpetu de su caballo, se despeñó de la barranca recibiendo en su caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.»

— ¡Qué hechos tan heroicos, papá! — ¿Y que más hicieron los Granaderos á caballo?

— El escuadrón que se batió en San Lorenzo siguió á San Martín hasta Tucumán. Los demás escuadrones asistieron al sitio de Montevideo; hicieron parte del Ejército de los Andes; se batieron en Chacabuco, mandados en persona por el General en Jefe; contribuyeron al gran triunfo de Maipú y pasaron al Perú en 1820 con la expedición libertadora, llamando siempre la atención por su valor y su disciplina.

— ¿Ya no vive, papá, ninguno de los bravos que formaban en las filas de esos valientes escuadrones?

— No, hijo mío. La mayor parte de ellos murieron en los Andes, lejos del hogar y de la patria, por defender su independencia y libertad. Los pocos que regresaron á Buenos Aires con el bizarro coronel Bogado, después de una larga y penosa campaña, deben de haber muerto ya. Pero su memoria debe

ser imperecedera para todos los buenos ciudadanos. Sácate el sombrero, mi hijo, y saluda con respeto esas reliquias gloriosas del valor y del patriotismo de nuestros antepasados!

---

## LECCIÓN LVI.

### El tambor de San Martín.

Con los héroes de todo un continente,  
La muerte ha hecho sacrílego botín;  
¡Pero aún lucha con ella frente á frente  
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,  
El anciano Tambor de San Martín!

Los lacayos se arrancan la librea:  
« Termine, gritan, nuestra suerte ruín;  
Sea nación independiente, sea  
La Colonia infeliz. . . » ¡Y á la pelea  
También corre el Tambor de San Martín!

Escala, nuevo Aníbal, las inmuebles  
Montañas un brillante paladín;

¡Y se enardecen los campeones nobles  
Al vibrante compás de los redobles  
Que lanzaba el Tambor de San Martín!

¡Allá van los bizarros batallones! . . .  
¡Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín  
Deshacen las Ibéricas legiones,  
Arrollando artilleros y cañones  
Al toque del Tambor de San Martín!

Cuentan que, en lo más recio de un combate  
Incendia una granada el polvorin. . .  
Firme y de pié, su fibra no se abate,  
¡Y entre montañas de humo el parche bate,  
Impasible, el Tambor de San Martín!

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras  
Lucía su uniforme y su espadín,  
Su airoso porte y bélicas maneras,  
Crujiéndole las botas granaderas  
Al rumboso Tambor de San Martín.

¡Qué tiempos! ¡Qué aventuras! ¡Cuántas *cholas*  
De alma angélica y tez de serafín  
Suspiraban llorosas, mustias, solas,

Porque oyeron las dulces mentirolas  
Del galante Tambor de San Martín!

Enfermo yace el invencible atleta,  
Relegado de un pueblo en el confín,  
Ya no hay dianas, ni toque de retreta. . .  
¡Pasó, pasó la juventud inquieta  
Del ardiente Tambor de San Martín!

¡Veneración inspira! El tierno niño,  
El joven, el soberbio mandarín,  
Y la dulce beldad de tez de armiño,  
Todos saludan con filial cariño  
Al glorioso Tambor de San Martín!

Por él son hombres libres los ilotas. . .  
¡Y lleva un traje de raído brín!  
Vive en un rancho, y en lugar de botas,  
¡Miserables y rústicas ojotas  
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

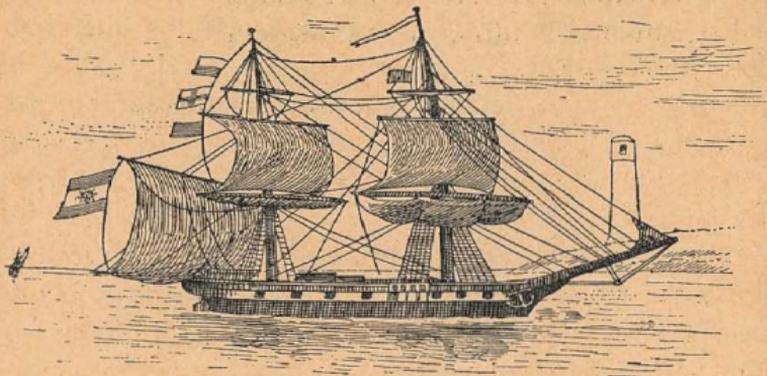
¡Pan, y ropas, y techo al veterano  
Escapado al sacrílego botín!  
¡Patria de Monteagudo y de Belgrano,  
Protección, protección para el anciano  
Y olvidado Tambor de San Martín!

Que se yerguen las sombras inmortales  
De los bravos de Maipo y de Junín,  
Y estrechan, con abrazos fraternales,  
Necochea, Las Heras y Arenales,  
Al ilustre Tambor de San Martín!

(VICTORIANO E. MONTES.)

---

## LECCIÓN LVII.



### Un buque.

¡Qué buque tan bonito!  
¡Qué bien navega!  
¡Qué elegante es su corte!

Es un bergantín, porque tiene dos palos y vergas en ambos. Vergas se llaman los pequeños palos que hacen cruz con los grandes.

No todos los buques son iguales: unos tienen tres palos, otros dos y otros sólo uno. En todos los palos no siempre existen vergas.

El número de palos y la presencia ó ausencia de vergas es lo que sirve principalmente para diferenciarlos. Así, se llaman *fragatas* los que tienen tres palos con vergas en todos; *barcas*, los que tienen tres palos con vergas en dos; *bergantines*, los que tienen dos palos con vergas en ambos, como el de la lámina; *goletas*, los que tienen dos palos con vergas en uno; *paillebotes*, los que tienen dos palos sin vergas.

Los buques son movidos por velas ó por máquinas de vapor.

También se mueven por medio de remos. ¿Pero los remos sirven para mover los buques grandes? ¿Quién ha visto un buque movido por remos? ¿Quién ha visto una ballenera ó una falúa?

El buque que se halla representado en la lámina ¿es un buque de vela ó un buque de vapor? ¿Cómo sabemos que no es un buque de vapor? ¿En qué se conocen los buques de vapor?

Se conocen porque siempre tienen un caño largo por donde sale el humo de la máquina.

¿Tiene caño el buque que se ve en la lámina?

¿Estará oculto entre los palos y las velas?

No. El buque que vemos es de vela.

¿Y cómo andan esos buques?

El viento sopla sobre las velas, y como el viento es una fuerza, empuja al buque y lo hace caminar.

Cuanto mayor es el viento, más rápidamente anda el buque.

Algunas veces el viento es tan fuerte, que los marineros se ven obligados á recoger las velas, es decir, á envolverlas en las vergas, porque de otra manera el buque sería tumbado y *se iría á pique*. Se dice que un buque se va á pique cuando se llena de agua y se sumerge en el mar.

No sólo el viento hace ir á pique los buques. Algunas veces sucede también que los buques chocan con rocas que se encuentran en las costas, abriéndose agujeros por donde penetra el agua en gran cantidad, á punto de llenarlos y hundirlos en el mar.

¿ Pueden saber los marinos cuando hay rocas en las aguas? ¿ Pueden verlas?

No siempre se ven.

¿ Qué se hace para precaver á los marinos contra ese peligro?

Se colocan en las costas, en puntos elevados, lo que se llama *Faros*, que son unos grandes faroles, giratorios generalmente, que sirven para anunciar á los navegantes la proximidad de la tierra ó la existencia de rocas.

Los buques que se pierden ó hunden en el mar, se dice también que *naufragan*.

Un *naufragio* es una cosa horrible, porque no

solamente se destruyen y pierden los buques con sus cargamentos, sino que se ahogan las personas que van dentro de ellos.

Los pobres marineros y pasajeros, cuando ocurre un naufragio hacen esfuerzos extraordinarios por salvar su vida: unos se meten en pequeños botes, otros se agarran de tablas ó vigas grandes. Cada uno busca un medio cualquiera para mantenerse á flote.

Algunas veces consiguen salvarse de esa manera, si por suerte pasa pronto algún buque que los recoja. Pero muy á menudo las olas del mar, el frío, y aún el hambre y la sed, concluyen con ellos. Se cuenta de muchos náufragos que han pasado varios días en un pequeño bote, esperando auxilio, privados de todo género de alimentos. En esa situación comen todo lo que cae bajo sus manos, ¡y á veces se comen los unos á los otros!

¿Y para qué sirven los buques?

¿Lo sabe alguien?

Sirven para conducir las mercancías y las personas de un punto á otro. Por medio de los buques es que se hace el comercio, esto es, el cambio de las producciones de todos los países. Nosotros, por ejemplo, mandamos en ellos á Inglaterra, Francia, España, Italia, Bélgica y otros países, los cueros, las lanas, la carne de nuestros ganados, los huesos, las crines,

etc., etc., etc., y de esos países nos mandan, á su vez, géneros, muebles, cristales, ropa, libros, comestibles, etc., etc.

## LECCIÓN LVIII.

### La cabeza al revés.

Había una vez un hombre tonto, llamado don Canuto, á quien se le había ocurrido que tenía la cabeza al revés.

Sus dos sirvientes, Juan y Tomás, estaban muy preocupados por el estado de su patrón.

Uno de ellos llamó al médico.

Éste vino, y Juan le dijo:— Me alegro, señor, que haya Vd. venido. El amo está medio loco; es preciso que Vd. lo vea y haga esfuerzos por curarlo.

— ¿Dónde se halla el enfermo? Dígale Vd. que yo deseo verlo.

— Ahí viene.

— Bueno, voy á hablar con él.

(*Entra don Canuto*).

— ¡Hola! doctor; ¿usted por aquí? ¡Cuánto gusto

tengo en verlo! ¿Cómo lo pasa Vd.? Me felicito de que haya Vd. venido, aunque me parece que ya es tarde.

— ¿Qué tiene Vd., señor?

— ¡Ah! me ha sucedido una cosa terrible, muy terrible. Varios ladrones me atacaron la otra noche, y me cortaron la cabeza para sacarle el cerebro, porque yo soy un hombre de mucho talento. Luchando con ellos logré recobrar mi cabeza y traté de ponerla en su lugar, pero con el apuro la coloqué mal y ha quedado invertida. ¿No ve Vd.? Tengo lo de atrás para adelante y lo de adelante para atrás.

— En efecto, Vd. ha cometido un lamentable error. Debíó Vd. llamar un cirujano para que le acomodase la cabeza, en lugar de fiar en su propia habilidad. Permítame examinarlo. (*Hace girar la cabeza del enfermo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como si realmente lo estuviese examinando, y después dice:*) Está mal colocada, indudablemente; pero es muy fácil arreglarla bien. No tenga Vd. duda.

— ¿Lo piensa Vd. así, doctor?

— Ya lo creo; y tengo la más completa seguridad de éxito; mas exijo que Vd. me deje trabajar con entera libertad.

— ¿No hay peligro, doctor? Es un trance muy grave.

— Yo le garanto á Vd. la cura, si me permite Vd. hacer todo lo que es necesario.

— Me pongo á su disposición como un cordero. Estoy dispuesto á sopórtar todo lo que Vd. quiera. No hay nada más desagradable que tener la cabeza al revés.

— Así es, efectivamente; pero yo confío en que todo saldrá bien. Vamos á hacerle la operación, empezando por vendarle los ojos, para que Vd. no se alarme con los preparativos.

— No tenga Vd. cuidado. Haga Vd. lo que le parezca. *(El doctor le venda los ojos.)*

— Empecemos por sacarle la levita y el chaleco, para que la operación pueda ejecutarse con toda comodidad. Ahora, Juan, agárrele Vd. al señor la oreja izquierda, y cuando yo haga la señal, dé Vd. á don Canuto un fuerte tirón para la derecha; y Vd., Tomás, tome la oreja derecha y tire de ella para la izquierda cuando yo indique. Entre tanto, yo separaré la cabeza del pescuezo y la acomodaré bien. *(Le arrolla al enfermo una pequeña cuerda al cuello y toma la punta con una mano.)* Voy á contar ahora hasta tres, y á la palabra tres, muévanse los dos á la vez. . . Una. . . dos. . . tres. . . *(Juan y Tomás tiran con violencia aparente de las orejas de don Canuto y el doctor aprieta la cuerda, para hacer creer al*

*enfermo que ha separado la cabeza del cuerpo. . .)*  
Ya está.

— ¡Ay! doctor, exclama don Canuto; ¡soy un hombre muerto!

— Nada de eso, contesta el doctor; pero si Vd. habla durante la operación, yo no respondo del buen resultado. Cállese Vd. la boca. (*Hace como si acomodase la cabeza en su verdadero lugar, y después le dice á Juan:*) Alcánceme el frasco de *turinga pendorum quorum* para estancar la sangre y componer la piel. (*Lava el cuello del enfermo con un poco de agua pura, y dice:*) Ya está terminada la operación, señor don Canuto: ha salido admirablemente bien. La cabeza se halla en su lugar.

— ¡Qué bien! dicen los dos sirvientes á la vez.

— Magnífica operación, agrega el doctor. — Permítame, mi señor don Canuto, dar noticia de ella en la «Nación». — Juan, traiga un espejo para que su patrón pueda verse, poniéndole antes la levita y el chaleco. (*Juan le coloca á su amo ambas piezas de ropa y trae en seguida un espejo.*)

— ¡Pero yo no puedo verme! exclama con ansiedad don Canuto: la venda me tapa los ojos.

— ¡Ah! es verdad; saquémosle primero la venda. (*El sirviente se la saca y don Canuto se mira entonces en el espejo, exclamando con indecible com-*

*placencia:*)—¡Ah! ¡esto es admirable! (*Se mira bien; da vuelta la cabeza para todos lados; se abotona y desabotona la levita.*) ¡Admirable! ¡admirable! doctor; estoy muy grato á sus servicios. Páseme la cuenta y crea que nunca olvidaré su habilidad y notable sabiduría.—¿Cree Vd. que ahora podré comer con toda seguridad, sin que la comida se me atragante?

—¡Ya lo creo! Y puede Vd. ensayarlo en el acto mismo con toda confianza.

Don Canuto mandó sacar el almuerzo y se sentó con el médico á comer, completamente convencido de que la cabeza se le había compuesto.

## LECCIÓN LIX.

### Apología del choclo.

Es el choclo la planta esclarecida,  
Del reino vegetal gala y decoro:  
Verdes capas le ciñen la escondida  
Mazorca donde guarda su tesoro;  
Ésta en su extremidad es guarnecida  
De un joyante penacho de hebras de oro,

Y su tallo interior al sol velado,  
Va creciendo de perlas esmaltado.

Tiernos granos en leche, que jugosos  
Se aprestan de maneras diferentes,  
En el gordo puchero son sabrosos,  
Y en el guiso no menos excelentes ;  
Más plausibles, empero, y primorosos  
Son las dotes del choclo, y más patentes  
Cuando ya seco, sin mudar de forma,  
En maíz su nombre se transforma.

El maíz, que según graves autores  
Era el trigo de América estimado,  
En topacios de nítidos colores  
Ya sus pálidas perlas ha cambiado ;  
Con él se hacen manjares superiores  
En mazorca, á granel ó triturado,  
Y hasta pan nutritivo y buen bizcocho,  
Se elaboran del blanco y del *morocho*.

Con el maíz, sin otro condimento,  
Se hace la *mazamorra*, manjar grato,  
De diversas familias alimento,  
Y lo que es esencial, sano y barato ;  
Ella en mesas también de lucimiento

Suele apreciarse preferente plato;  
Y hay quien piensa que Júpiter hacía  
De blanca mazamorra su ambrosía.

Rica es la mazamorra, y si es con leche  
Suple al postre mejor, y el dulce ahorra;  
Más grata que salmón en escabeche,  
Repetida no cansa, ni da en borra.  
No hay quien pollos por ella no deseche  
Cuando canta el lechero: ¡mazamorra!  
Que él trae á sus marchantes, á horas fijas,  
Desde el tambo lejano en seis botijas.

Los hombres, y las aves, y animales  
Con maíz se alimentan diariamente,  
Que en la yerma campaña, entre otros males,  
La carencia de pan es muy frecuente.  
Entonces de maíz los Orientales  
Hacen el blando *mote*, é igualmente  
El pororó ó rosetas, en que hallo  
La excelencia especial del *pisinhallo*.

De él se hace la fresca *chicha*  
Que ansioso el etíope bebe,  
Y el *gofio* que los canarios  
Al dulce mejor prefieren.

Sus secas hojas al pobre  
Mullido colchón ofrecen,  
Ó en el aterido invierno  
De su hogar el fuego encienden.

En su *chala*, por más gratos  
Los cigarrillos se envuelven,  
Y ella misma en las penurias  
Sirve de tabaco á veces.

Así á la virtud del choclo  
Mil beneficios se deben,  
Pues por él cocina el hombre,  
Bebe, come, fuma y duerme.

La sustanciosa *polenta*,  
También al maíz se debe,  
Que bien sazónada luce  
En italianos banquetes.

Con él se hacen varias pastas  
Que á las de trigo no ceden,  
Y el choclo asado al rescoldo  
Más grato sabor adquiere.

El tierno *locro* en las mesas  
Es dulce plato, y merece

Que entre él y la mazamorra  
Indeciso el lauro quede.

Mas, las sabrosas *humitas*  
Que en su hoja misma se envuelven,  
Doquier con razón se ostentan  
Cual digno manjar de reyes.

En fin, el pastel de choclo,  
Altos aplausos obtiene,  
Sirviendo su misma chala  
De limpio mantel y fuente.

Así el maíz ó choclo esclarecido  
Al trigo en alto mérito se iguala,  
Y en su doble acepción ha merecido  
El honor con que el mundo le señala.  
Hay poetas que á Ceres han fingido  
Coronada de choclos por gran gala:  
Su gloria es merecida; yo, por tanto,  
Al dignísimo choclo como y canto.

(FRANCISCO A. DE FIGUEROA.)

---

## LECCIÓN LX.

### El teatro viejo.

Doña Rita Villarino es una anciana señora que ha cumplido ya los ochenta años, pero que conserva en todo su vigor sus facultades intelectuales, y sobre todo la memoria.

Recuerda con entera exactitud los más mínimos detalles de su juventud, y tiene un especial placer, como sucede generalmente á las personas de su edad, en hablar de los tiempos pasados y en comparar las cosas de su época con las de la presente, pensando siempre que lo viejo era mucho mejor que lo nuevo.

Doña Rita tiene una nieta de doce años, muy ladina y pizpireta, llamada Elena, que se entretiene á menudo *en buscarle la boca*, como ella dice, ridiculizando y haciendo mofa de las costumbres antiguas, y del atraso en que se hallaban hace cincuenta ó sesenta años, las ciudades y pueblos de la República.

Un día fué Elena á visitar á su abuelita y se trabó entre las dos la conversación siguiente:

*Doña Rita.*— ¿Cómo te ha ido mi hijita? ¿Te llevó anoche al teatro tu papá, como te lo había prometido?

*Elena.*— Sí, abuelita. Aunque el teatro cuesta muy caro, anoche fuimos á la Ópera á ver á la Patti y á Massini.

*Doña Rita.*— ¿Y cuánto les costó el teatro?

*Elena.*— Veinte pesos los dos sillones. Vale diez pesos cada sillón.

*Doña Rita.*— ¡Jesús, María y José! ¡diez pesos cada sillón! En mi tiempo los asientos de platea, que sólo eran ocupados por los hombres, porque entonces no se usaban las *mescolanzas* de ahora, valían *tres reales* no más. Un amigo de mi marido solía tomar dos asientos, uno para sí y otro para su capote, su sombrero y su bastón. ¡Qué diferencia de tiempos! Por supuesto que el teatro estaría vacío. . .

*Elena.*— ¡Qué error, abuelita! Estaba lleno; no cabía ni un alfiler.

*Doña Rita.*— ¡Lleno! No te puedo creer.

*Elena.*— Pues lleno. Y no sólo estaba lleno la Ópera, sino el Odeón, el Politeama, el San Martín y los demás teatros. Usted, abuelita, se olvida de que ya no estamos en los tiempos del Argentino.

*Doña Rita.*— ¡El Argentino! ¿Y qué crees? El Argentino, por la sociedad que lo frecuentaba, por sus comodidades, por las representaciones que se daban en ella, y muchas otras cosas, era mejor que los teatros de ahora. No me olvidaré yo de los buenos

ratos que se pasaban allí. Cuando yo tenía veinte años, mi gusto era ir todas las noches de función á la *cazuela*, donde me encontraba con una porción de amigas, y aunque había cierta *mezcla*, la verdad es que todas las que concurrían se portaban muy bien.

*Elena*.—¿Y había gas y luz eléctrica en ese tiempo, abuelita?

*Doña Rita*.—No. El alumbrado se hacía con velas de sebo en un tiempo, y después con aceite. Pero yo creo que estaba mejor iluminado el teatro que ahora.

*Elena*.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Cómo puede usted decir eso? Pero dígame, abuelita, ¿quiénes eran los actores de ese tiempo?

*Doña Rita*.—Había muchos y muy buenos. Cuando te oigo hablar de la Patti, se me figura que no ha de ser tan buena como la Tanni. ¡Qué magnífica voz tenía esa actriz! ¡Qué *Rosina* hacía en el *Barbero de Sevilla*! Vaccani era también un excelente cantor. Nunca he visto ni creo que se volverá á ver un *Fígaro* como él. En el teatro dramático tuvimos á Casacuberta, un eminente actor, que murió en Chile, según he oído, representando el grandioso drama titulado *Los seis grados del crimen*, á Velarde, á Matilde Díez, Trinidad Guevara, Felipe David, Quijano,

Cossio, Culebras y muchos otros. No creo que en estos tiempos pueda haber mejores actores.

*Elena.*— ¡Qué risa me da oír, abuelita! ¿Cómo puede usted decir todo eso? ¿No sabe usted que la Patti es la mejor *prima donna* que ha habido? ¿No sabe que Massini es uno de los primeros tenores del mundo? ¿no sabe que al lado de Rossi, Salvini, Sara Bernhardt, Coquelin y Novelli, su Casacuberta, su Matilde Díez, su Velarde y su Culebras serían unos pigmeos, como el Argentino sería un rancho al lado de la Ópera, del Odeón y del Politeama?

*Doña Rita.*— Así lo crees tú porque no has oído ni visto á aquellos actores, pero yo te aseguro que estás muy equivocada.

*Elena.*— Bueno, abuelita, quédese con su Casa de Comedias y sus recuerdos de antaño.

La viejita habría continuado, sin embargo, defendiendo sus tiempos, á no haber entrado una visita de cumplimiento, que la obligó á variar de conversación.

---

## LECCIÓN LXI.

### Un susto mortal.

Un extranjero muy rico, llamado Sunderland, en otro tiempo banquero en Rusia, era gran favorito de la Emperatriz.

Una mañana temprano supo que su casa estaba cercada por una guardia y que el jefe de ella deseaba hablarle.

El oficial, llamado Rubén, penetró con un aire triste.

— Señor, — dijo, — siento haber sido encargado por mi graciosa soberana de una orden extremadamente severa, é ignoro cómo ha podido usted excitar á tal punto el resentimiento de su majestad.

— Lo ignoro como usted. Mi sorpresa es mayor que la suya. Pero ¿cuáles son sus órdenes?

— Señor. . . tengo apenas valor para decírselas. . .

— ¡Cómo! ¿he perdido acaso la confianza de la Emperatriz?

— Si eso fuera, no estaría yo tan embarazado para comunicárselo.

— ¡Vamos! ¿me quiere ella echar á mi país?

—Tampoco importaría eso un castigo, puesto que con su fortuna, podría usted vivir bien en cualquier parte.

— ¡Ay! ¿entonces me destierra á la Siberia?

— No, peor todavía.

— ¡Dios mío! ¿me manda recibir el *knout*? (1)

— Tal cosa sería terrible, pero no le costaría á usted la vida.

— ¿Es posible, exclamó el banquero lleno de angustia, que mi vida se halle amenazada? La dulce y graciosa Emperatriz, que hace apenas dos días me ha dispensado tantas consideraciones, puede. . . Pero yo no puedo creerlo. En nombre del cielo explíqueme usted todo, si es que no quiere volverme loco. . .

— Pues bien, dijo el oficial con tristeza, mi soberana me ha ordenado que. . . lo desuelle y lo embalsame.

— ¡Gran Dios! Es preciso que usted haya perdido la razón, ó que la haya perdido la Emperatriz. Usted no puede ciertamente haber recibido una orden semejante sin protestar contra su barbarie.

— ¡Ay! mi pobre amigo, yo he hecho todo lo que he podido: he expresado mi sorpresa y mi horror; más aún, me he atrevido á formular algunas humildes

(1) Pena de azotes.

reconvenciones; pero la Emperatriz irritada me ha reprochado mi hesitación, y me ha ordenado partir al instante, agregando estas palabras, que todavía resuenan en mis oídos: «Vaya usted inmediatamente, y no olvide que es deber suyo cumplir sin dilación alguna todo encargo que yo me digne confiarle.»

Sería imposible describir la sorpresa, la ira y la desesperación del pobre banquero.

Después de entregarse por unos momentos á las más tristes lamentaciones, supo por el oficial que solamente se le acordaba una media hora para arreglar sus negocios.

Entonces Sunderland suplicó que se le permitiera escribir á la Emperatriz, y Rubén, después de muchas instancias, consintió al fin en llevar la carta.

En cuanto lá recibió salió para entregarla; pero no atreviéndose á comparecer delante de su soberana sin haber cumplido sus órdenes, se dirigió con toda premura á casa del conde Bruce, su amigo. Éste oyó con profunda sorpresa toda la historia, y prometió ir enseguida á ver á la Emperatriz y llevarle la carta.

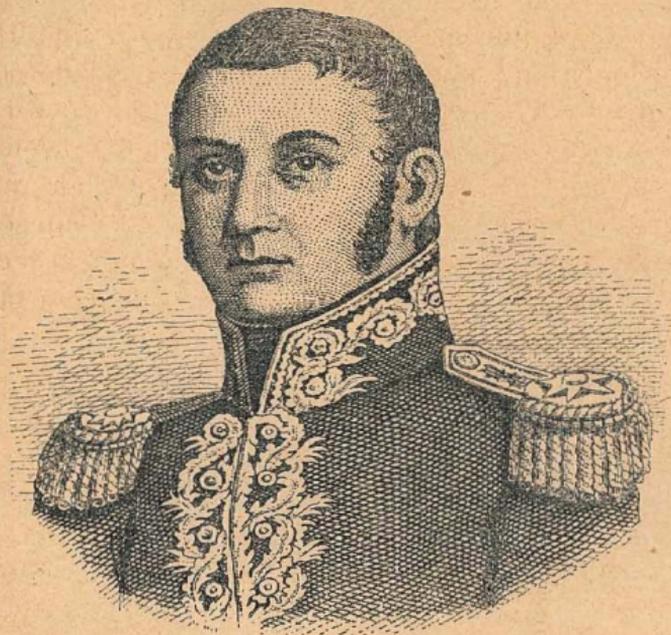
La Emperatriz abrió la carta, la leyó y exclamó: ¡Dios del cielo! ¡No hay duda que Rubén ha perdido el juicio! Corred, conde, y ordenadle á ese loco que tranquilice á mi pobre banquero y que en el acto lo ponga en libertad.

El conde se apresuró á ejecutar la orden y regresó al palacio donde encontró á Catalina dominada por un ataque de risa. « Al fin he descubierto, dijo ésta, la causa de una escena tan graciosa como extraordinaria. Yo tenía hace muchos años un perro favorito que llamaba Sunderland, porque me había sido regalado por mi banquero. Ese perro murió la semana pasada. Le ordené á Rubén que lo hiciese embalsamar; y como éste vacilase, me incomodé con él, suponiendo que consideraba, por un tonto orgullo, indigna esa comisión de su persona. El estúpido me ha comprendido mal. ¡Embalsamar á mi pobre banquero! ¡Qué cosa tan graciosa! »

(ROEMER.)

---

## LECCIÓN LXII.



**El General San Martín.**

Nuestro país ha tenido muchos hombres grandes, pero ninguno ha sido tan grande como el General Don José de San Martín.

Podemos sin pretensión decir que es la primer figura de la América del Sur, no solo por su talento sino por sus virtudes.

Los niños no pueden darse acabada cuenta de los méritos del General San Martín, á quien deben su independencia media docena de Repúblicas Sud Americanas; la Argentina, el Uruguay, el Paraguay, Chile, Bolivia y el Perú. Pero es bueno que conozcan los rasgos principales de la vida de ese gran ciudadano.

San Martín nació en Yapeyú, lugar de las Misiones argentinas, en el año 1778.

Educado en España se consagró con brillo á la carrera de las armas, sirviendo allí contra el ejército de Napoleón, cuando este cegado por su espíritu de conquista invadió la península. En la batalla de Bailen se condujo con tal bizarría que mereció ser citado con elogio en el parte oficial en que se dió cuenta de esa memorable acción de guerra.

Vino á Buenos Aires en 1812 é inmediatamente puso su espada al servicio de la independencia americana, recibiendo encargo de organizar el célebre Regimiento de *Granaderos á caballo*, de que en otra ocasión hemos hablado.

Con los Granaderos á caballo ganó San Martín el pequeño combate de San Lorenzo, que forma la primera página de su gloriosa historia.

Encargado más tarde de la organización del ejército de los Andes, San Martín dió prueba de las más brillantes dotes militares. Con ese ejército formado por su talento, por su celo infatigable y por su espíritu enérgico, emprendió la travesía de los Andes, para libertar á Chile y al Perú de la dominación Española, asegurando con eso la independencia de su patria. Ganó primero la batalla de *Chacabuco* y después la de *Maipú*.

Esta última batalla le dió la dominación de Chile, pero el pensamiento del gran hombre necesitaba completarse con la dominación del Perú. Después de grandes dificultades que él supo vencer, el 20 de Agosto de 1820 se dió á la vela de Valparaiso la expedición del Perú, embarcándose en 16 transportes, 4000 argentinos y chilenos.

El 9 de Julio de 1821 penetraban por las calles de Lima las primeras tropas del Ejército Libertador; y el 28 del mismo mes el General San Martín declaraba solemnemente la independencia del Perú.

En seguida asumió el mando supremo con el título de Protector del Perú,—pero una vez convocado el Congreso, renunció indeclinablemente ante él las funciones que había asumido; y una noche, casi solo, se embarcó para Chile, dirigiendo á los Peruanos una proclama en que se leían estas bellísimas palabras, que

revelan abnegación, modestia y el más acendrado amor á la libertad de los pueblos:

« Presenció la declaración de la independencia de los Estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público.— He aquí recompensado con usura diez años de revolución y de guerra. Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado por más desprendimiento que tenga, es temible á los Estados que de nuevo se constituyen. . . ¡Peruanos! os dejo establecida la representación nacional. — ¡Que el acierto presida á vuestros destinos y que estos os colmen de felicidad y de paz! »

De Chile pasó San Martín á Mendoza. Algún tiempo después se embarcó para Europa donde falleció en 1850.

## LECCIÓN LXIII.

### El consejo maternal.

— Ven para acá, me dijo dulcemente  
Mi madre cierto día;  
( Aún parece que escucho en el ambiente  
De su voz la celeste melodía. )

— Ven y dime qué causas tan extrañas  
Te arrancan esa lágrima, hijo mío,  
Que cuelga de tus trémulas pestañas  
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:  
¿ No sabes que la madre más sencilla  
Sabe leer en el alma de sus hijos  
Como tú en la cartilla?

¿ Quieres que te adivine lo que sientes?  
Ven para acá, pilluelo,  
Que con un par de besos en la frente  
Disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí á llorar.— Nada, le dije;  
La causa de mis lágrimas ignoro;  
Pero de vez en cuando se me oprime  
El corazón, y lloro! . . .

Ella inclinó la frente pensativa,  
Se turbó su pupila,  
Y enjugando sus ojos y los míos,  
Me dijo más tranquila:

— Llama siempre á tu madre cuando sufras,  
Que vendrá, muerta ó viva;  
Si está en el mundo, á compartir tus penas;  
Y sino, á consolarte desde arriba! . . .

Y lo hago así cuando la suerte ruda  
Como hoy perturba de mi hogar la calma:  
Invoco el nombre de mi madre amada,  
Y entonces siento que se ensancha el alma!

(O. ANDRADE.)

## LECCIÓN LXIV.

### Buenos Aires antiguo.

Si nuestros abuelos resucitaran se quedarían con la boca abierta, en presencia de las transformaciones que Buenos Aires ha sufrido en el transcurso de sesenta ó setenta años.

Rarísimas eran las calles que entonces estaban empedradas.

Las veredas eran tan angostas que casi no podían caminar por ellas dos personas juntas.

El alumbrado era escasísimo y se hacía con velas de sebo, colocadas en faroles colgantes. Los transeuntes nocturnos llevaban siempre una linterna ó se hacían acompañar por un negro con un farolito, para no meterse en el lodo hasta el pescuezo ó para no romperse la crisma contra una reja ó contra un poste.

Jamás se barrían las calles, salvo en el radio de las tiendas, donde los dependientes de éstas efectuaban el barrido, una vez por semana.

Existían por todas partes inmensos pantanos, que á veces ocupaban cuadras enteras. Para pasar de una vereda á otra, los vecinos, generalmente los pulperos,

improvisaban lo que se llamaba *un paso*, esto es, unos cuantos ladrillos ó pedazos de tabla colocados en hilera.

Todas las casas eran de un solo piso. No había sino rarísimas casas de alto. Los techos eran de teja acanalada y los pisos de las habitaciones y patios de ladrillo ó baldosa colorada. En las paredes sólo se empleaba el blanqueo, tanto en el exterior como en el interior; la pintura y el empapelado casi no se conocían, y menos el cielo-raso. La mayor parte de las casas ni siquiera se blanqueaban exteriormente: se dejaban sin blanqueo y muy á menudo sin revoque.

El exterior de las casas era muy afeado por unas inmensas rejas voladas colocadas en las ventanas de la calle. Algunas sobresalían más de treinta centímetros, lo que, agregado á la estrechez de las veredas, ponía en constante peligro á los transeúntes, especialmente en las noches oscuras. Un periódico de aquellos tiempos decía, apropósito de esas rejas: « Un artesano honrado que tiene estropeado el brazo derecho por una de las innumerables rejas de ventana que usurpan el paso en nuestras veredas, y una señorita bonita que acaba de perder un ojo por la misma causa, van á presentarse al Honorable Cabildo para que, á más de obligar á sus dueños á pagar una multa por cada desgracia que originen, se imponga á cada una

de estas ventanas una contribución anual mientras subsistan en el estado presente. »

A pesar de su fealdad é inconveniencia, las tales rejas prestaban algunos servicios á los buenos vecinos de aquella época, y entre otros, el de permitirles dormir, como era muy común entonces, con las ventanas abiertas en tiempo de verano; si bien es cierto que ni aún con rejas podían los amantes del aire fresco verse libres de la astucia de los cacos. Entonces no había ni serenos ni vigilantes apostados en las esquinas, y aunque los robos eran infinitamente menos frecuentes que en la actualidad, no dejaba de haber algunos. Uno de los medios de efectuarlos era el siguiente: armábanse los ladrones de una larga caña con un gancho ó anzuelo en un extremo, que introducían por la reja, y con la mayor destreza sustraían las ropas, sin ser sentidos por los dueños. No pocas veces, sin embargo, se despertaban los pacíficos habitantes á tiempo para ver salir balanceándose en la punta de una caña, su reloj con cadena ó un par de pantalones.

Las puertas de calle de las casas eran hechas á *macha martillo*, con un herraje formidable, capaz de resistir á los esfuerzos de una banda de ladrones. Todas ellas tenían un ventanillo, con una cruz de fierro, por donde los habitantes podían ver con toda

seguridad quién llamaba á su puerta, á cualquier hora del día ó de la noche.

Los caños de las aguas eran salientes y desaguaban sobre las veredas. Las aguas limpias y sucias salían por un albañal que desembocaba también en la vereda; de manera que, cuando llovía, los transeuntes recibían no sólo el agua que directamente les caía del cielo, sino la que á torrentes arrojaban los caños de las azoteas y los albañales de los patios.

Hasta el año 1810 era muy limitado el número de extranjeros que había en nuestro país.

Los ingleses, cuyo número era mayor que el de los demás extranjeros, dejando á un lado esa reserva que les es peculiar, y abandonando su costumbre de asociarse casi exclusivamente entre sí, estrechaban sus relaciones con las familias del país. Con las gentes de las clases bajas no eran tan amistosas las relaciones; miraban ellas de reojo á los extranjeros, á quienes invariablemente clasificaban de ingleses, cualquiera que fuera su nacionalidad. Efectivamente, por muchos años, no sólo la plebe, sino aún la clase más elevada, llamaba *inglés* á todo extranjero, y para complemento, todo inglés debía llamarse *don Guillermo*.

Se recuerda á propósito de esto la siguiente singular apreciación de un hombre de campo. Existía aquí, por el año 28, un inglés á la sazón de 25 años, que

había venido muy joven. Pronto aprendió el idioma y tomó nuestras costumbres, especialmente las del campo: andaba á caballo *á uso del país*, usaba riendas con pasadores y argollas de plata, espuelas del mismo metal, tomaba mate y usaba yesquero, tabaquera, etc., etc.

Un día conversando el paisano con un joven, le dice: «Niño, ¿conoce á don Guillermo? . . . ¡como no lo ha de conocer! ¡qué mozo tan *güeno*, mejorando lo presente! ¡qué caballero! Y después de haber puesto á don Guillermo por las nubes, terminó diciendo: «él es extranjero, es verdad, pero muy civilizado.»

La civilización para el buen paisano consistía en usar espuelas grandes y sentarse bien á caballo.

Las señoras inglesas particularmente, sufrían mucho cuando salían á la calle, debido á la grosería de los pilluelos, á quienes llamaba la atención la gorra ó sombrero que ellas usaban, llegando su atrevimiento hasta seguir las á veces por cuadradas enteras, gritando: «ahí va el lobo»; querían decir el globo, refiriéndose á la gorra. Las señoras, por supuesto, seguían su camino sin darse por entendidas.

El traje de las señoras del país fué por muchos años *á la española*, y á fé que era elegante y airoso. Usaban no solo la graciosa *mantilla*, sino también.

gran variedad de pañuelos y chales con que se cubrían á veces la cabeza, bajándolos á la espalda en tiempo de calor. Jamás se cubrían la cara con velo ni cosa parecida.

Había un tapado que llamaban *rebozo*, muy generalizado entre las sirvientas y gente de color. Todas las negras lo usaban, y cuando hablaban con sus amos, con alguna persona de respeto, ó iban á *dar recado*, se descubrían, bajando el rebozo de la cabeza y dejándolo caer sobre los hombros. Este tapado era de bayeta con mucha frisa, casi siempre de color de pasa.

Siempre se ha usado en nuestro país y probablemente en muchos otros, el calzado ajustado; pero el *taco alto*, que es una de las muchas locuras de la moda, no se conocía por fortuna.

La moda más estrafalaria de aquella época, era la de los *peinetones*. Eran éstos unas enormes peinetas que se ponían las señoras en la cabeza para adorno ó para colocar las mantillas. Había peinetones que tenían más de treinta centímetros de alto por más de ochenta de vuelo (1).

(1) Los datos han sido tomados casi textualmente del libro del Dr. J. A. Wilde titulado: "Buenos Aires desde 70 años atrás".

LECCIÓN LXV.

Como es Margot.

Una comedia del día  
Sin llanto y con regocijos,  
Personajes: yo y mis hijos;  
Teatro: la juguetería.

Tengo, cual es de rigor,  
Una niña en cada lado,  
Y el varón está sentado  
Encima del mostrador.

Hay enfrente dos hileras  
De *bebés* con labios rojos,  
Blancas frentes, negros ojos  
Y doradas cabelleras.

Rifles, tambores, cornetas,  
Vajillas de lujo y gala,  
Muebles, espejos de sala,  
Armarios á dos pesetas.

Locomotoras sin par,  
Coches de cuerda, andadores,

Barcos, peces de colores,  
Ballenas... en fin, ¡la mar!

Quiero, — la mayor me grita —  
Aquel niño en esa cuna  
Y aquel armario de luna,  
Esa alfombra y la casita.

Y yo, — dice Juan, — no quiero  
Más que un fusil, un cañón,  
Una pistola, un bastón,  
Un sable, un cinto de cuero,

Una lanza, una bandera,  
Una coraza, una gola,  
Aquella caramañola,  
Mi kepí y mi cartuchera.

Y prosigue la mayor :  
— Pues yo quiero solamente  
Esa lámpara, esa fuente,  
Muebles para el comedor. —

Dos cuadros, cuatro cortinas,  
Tres sartenes, un bracero,  
Dos candiles, un plumero,  
Un gallo con sus gallinas ;

Un ratón de cuerda, un gato,  
Un. . . — ¡Basta! ¿Y tú, Margarita?  
Callóse la pobrecita,  
Miró todo largo rato.

Y con palabras sinceras  
Y natural regocijo,  
Alzó su rostro y me dijo:  
— Yo, papá, lo que tú quieras.

— No. Dí tu antojo, alma mía,  
Y agregó alzando las manos:  
— ¡Ya pidieron mis hermanos  
Toda la juguetería!

— ¿Y no quieres nada? — ¡No!  
— Algo pide.

— ¿Y si estás pobre?  
Lo que dejen, lo que sobre,  
Eso me lo llevo yo. —

— ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!  
La dije y besé su frente,  
Y no exajero, realmente  
Es así mi Margarita.

Bondadosa y resignada,  
Ninguna ambición concibe;  
Si algo le doy, lo recibe,  
Y si no, no pide nada.

JUAN DE DIOS PEZA.

---

## LECCIÓN LXVI.

### Los maestros.

Hay algunos niñitos tontos que no saben agradecer á sus maestros lo que hacen por ellos.

Por cualquier motivo se enojan y les dicen cosas desagradables que los lastiman y entristecen. Otras veces, aunque se callen la boca, salen de la Escuela pensando que son víctimas de sus maestros, á quienes atribuyen el propósito de incomodarlos por simple placer ó por mala índole.

Es preciso que los niños y niñas no procedan así ni abriguen tales pensamientos.

Los maestros merecen el mayor cariño y respeto, porque si alguna vez imponen á sus discípulos tareas que éstos reputan penosas, es por su bien, únicamente

por su bien, que lo hacen, puesto que ellos no pierden nada con que los niños sean ignorantes ó mal educados.

Quizá en alguna ocasión, como sucede á los mismos padres, pierden la paciencia con niños muy impertinentes y se expresan en términos más duros y severos que los convenientes y debidos. Pero eso mismo debe excusárseles, teniendo en consideración que sus tareas son muy arduas y fatigosas. Piensen, en efecto, los niños, todo el trabajo, todas las contrariedades que soportan los maestros. Piensen que pasan su vida entera lidiando desde la mañana hasta la noche con toda clase de muchachitos, torpes unos, caprichosos otros, traviesos ó mal criados muchos; que tienen que enseñarles á leer, á escribir, á contar y á hacer y aprender una infinidad de otras cosas; y que esto, ya de por sí trabajoso, se hace más difícil cuando falta el orden y la debida atención de parte de los educandos.

Piensen, además, que los maestros están obligados á satisfacer los deseos y exigencias de los padres y autoridades; y que esos deseos y exigencias no siempre pueden satisfacerse sin grandes esfuerzos, que á menudo afectan su salud y acaban con su vida.

Conozco una joven maestra de 20 años, cuya existencia constituye un verdadero martirio; y como ella hay muchas.

Esa joven es el único amparo de sus ancianos padres.

Los esfuerzos, las vigiliias que ha necesitado pasar para adquirir el título de maestra, y las tareas que la enseñanza le impone, han quebrantado su salud á tal extremo, que, según los médicos, no podrá vivir sino un limitado número de años.

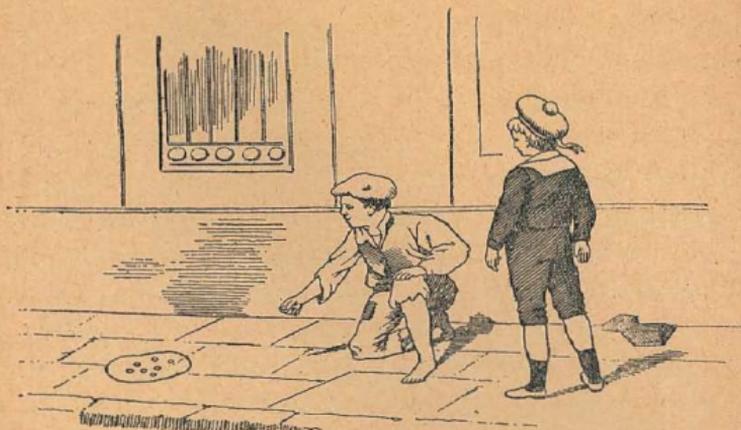
Así mismo ella no falta jamás á sus clases. Con días húmedos, fríos, lluviosos, sale de su casa para ir á la Escuela. La humedad y el frío agravan sus males y una fuerte tos la acosa sin cesar; pero ella, inspirada por el generoso propósito de asegurar el pan de sus ancianos padres, no se acobarda nunca. Con la conciencia tranquila y satisfecha, sigue imperturbable su pesada tarea, y cuando regresa á su casa, en lugar de descansar, dedica su tiempo á cuidar á sus pobres viejitos y á proporcionarles todas las pequeñas satisfacciones que su amor le sugiere.

Jamás la vence el cansancio, jamás la rinden y abaten sus males.

La única contrariedad que algunas veces la desalienta, es la demora en el pago de sus sueldos, porque entonces tiene que imponer á sus padres privaciones que no desearía verles sufrir.

Piensen siempre todos los niños de buen corazón en la historia de la joven maestra, y hagan empeño por ser dóciles y buenos.

## LECCIÓN LXVII.



### Un rabonero.

Pedro Castellanos salió de su casa para ir á la Escuela.

— Vete derecho á la Escuela, le dijo su buena madre. No te entretengas en el camino. Ya sabes que el maestro se queja cuando llegas tarde.

— Sí, mamá, contestó; no tengas cuidado. Me voy derecho á la Escuela.

Pero el amigo Castellanos era muy aficionado á las rabonas. Una vez fuera de su casa, se puso á pensar

en la clase, en las largas horas que iba á pasar escribiendo, leyendo, haciendo cuentas, sobre todo cuentas, y se dijo á sí mismo: « Pedrito, ¿qué te conviene más: ir á la escuela á aburrirte, permaneciendo sujeto hasta las cuatro de la tarde, ó *largarte* por esas calles de Dios á parrandear á tu gusto, después de buscar algún amigo desocupado con quien pasar agradablemente el tiempo? Lo primero no tiene atractivos, pero lo segundo ofrece ciertos inconvenientes. . . Si mi padre sabe que he hecho la rabona, me va á penitenciar, quizá me dará unos. . . No importa: me decido por la rabona. »

En consecuencia tomó rumbo á la Recoleta, en lugar de dirigirse hacia la Escuela.

Por el camino encontró varios grupos de niñitos que marchaban para sus respectivas Escuelas, con la cartera colgada ó con los libros en la mano.

« ¡Qué zonzos! decía él, al ver cada grupo. Se van á encerrar en la Escuela, mientras yo me voy á pasear. Pero (añadió, prosiguiendo su camino), cuando esos niños vuelvan á sus casas, sus madres les darán un beso afectuoso, mientras que á mí me recibirá la mía con frialdad, y mi padre me dará una buena penitencia. Quizá sería mejor que yo me fuese también á mi Escuela. ¿Qué haré? . . . ¿Iré ó nó? . . . »

Iba pensando en lo que haría, cuando descubrió en

una esquina un grupo de pillitos que jugaban á las bolitas.

Pedro era un gran jugador de bolitas. Le pareció que no debía desperdiciar la ocasión de echar una partida. Hizo á un lado los pequeños escrúpulos que le quedaban, y se acercó al grupo de jugadores.

— ¿Quién quiere jugar á la *troyita*? dijo.

— Yo le *jugo*, contestó un pillito de boina colorada, separándose del grupo para hacer cancha aparte.

Pedro sacó sus bolitas; trazó un pequeño círculo en la vereda con un pedazo de carbón, y la troyita quedó armada con todas las reglas del arte.

La primera partida la ganó Pedro, y la segunda estaba en camino de ganarla también, cuando el pillito, viendo que iba á perder su pequeño caudal, se lanzó sobre la troyita, recogió precipitadamente todas las bolitas y echó á correr.

Pedro se apresuró á gritar: « ¡atajen! ¡atajen! »

Á los gritos acudió un vigilante, y viendo el grupo de jugadores, se lanzó sobre ellos para llevarlos á la Comisaría.

Pedro huyó con los otros muchachos; pero lo hizo con tan mala suerte, que tropezó en unas piedras y cayó al suelo, dando tiempo para que el vigilante se arrojase sobre él y lo tomase de un brazo.

— Ahora vamos á ver al Comisario, le dijo. Él te

ajustará las cuentas por haber estado jugando en la calle.

En vano quiso Pedro desasirse del vigilante y escapar á la vergüenza de ser conducido preso. No hubo remedio. Fué preciso ceder á la fuerza.

El pobre rabonero, en lugar de pasear y divertirse, tuvo que permanecer en la Comisaría tres ó cuatro horas, hasta que el Comisario, considerando suficientemente penada su falta, lo puso en libertad, previéndole que otra vez lo haría dormir en el Departamento Central.

Así pagó Pedro su rabona, y así la pagan más ó menos todos los raboneros.

---

## LECCIÓN LXVIII.

La ardilla, el dogo y el zorro.

Madama ardilla con un dogo fiero,  
Compadre antiguo suyo y compañero,  
Salió una tarde al campo á solazarse.  
Entretenidos iban en gustosa  
Conversación, y hubieron de alejarse  
Tanto, que encopotada y tempestuosa

Los sorprendió la noche á gran distancia  
De su común estancia.  
Otra posada no se les presenta  
Que una alta encina, añosa, corpulenta ;  
El hueco tronco ofrece albergue y cama  
Á nuestro dogo ; la ligera ardilla  
Se sube de tres brincos á una rama,  
Y lo mejor que puede se acucilla.  
Danse las buenas noches, y dormidos  
Quedaron luego. Á lo que yo barrunto,  
Eran las doce en punto,  
Hora propicia al robo y al pillaje,  
Cuando aportaba por aquel paraje  
Uno de los ladrones foragidos  
De más renombre, un zorro veterano,  
Terror de todo el campo comarcano  
En leguas veinte ó treinta á la redonda.  
En torno al árbol ronda,  
Alza el hocico hambriento  
De palpitante carne, atisba, husmea,  
Y ve á la ardilla en su elevado asiento.  
Ya en su imaginación la saborea  
Y la boca se lame,  
Y la cola menea ;  
Más ¿cómo podrá ser que á tanta altura  
Si no le nacen alas se encarame?

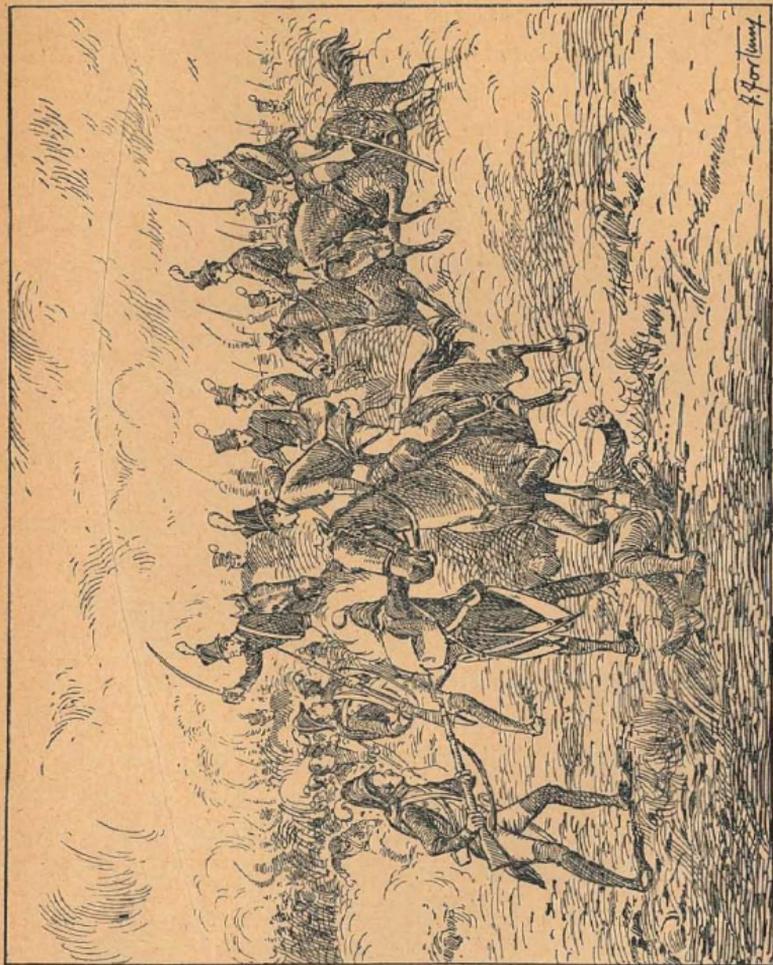
Iba á decir *no está madura*,  
Cuando le ocurre una famosa idea.  
« Bella señora mía,  
Vuesamerced perdone, la decía,  
Si interrumpo su plácido reposo;  
Después de tanto afán, cuando el consuelo  
De hallarla me concede al fin el cielo,  
No puedo contener el delicioso  
Júbilo que de mi alma se apodera.  
¿No me conoce Vd.? Su buena madre,  
Hermana fué de mi difunto padre:  
Tengo el honor de ser su primo hermano.  
¡Ay! en su hora postrera  
El venerable anciano  
Me encomendó que luego en busca fuera  
De su sobrina, y la mitad le diera  
De la hacenduela escasa  
Que al salir de esta vida  
Nos ha dejado. Á mi paterna casa  
Sea usted, pues, mil veces bien venida,  
Y déjeme servirla en el viaje  
De escudero y de paje.  
¿Qué es lo que duda usted? ¿Qué la detiene,  
Que de una vez no viene  
A colmar mi ventura, en lazo estrecho  
Juntando el suyo á mi amoroso pecho? »

Ella, que por lo visto era ladina,  
Á par que vivaracha y pizpireta,  
Y al instante adivina  
La artificiosa treta,  
Así responde al elocuente zorro:  
«Fineza tanta, mi querido primo,  
Y el liberal socorro  
Del piadoso difunto,  
Que en paz descanse, como debo estimo.  
Bajar quisiera al punto ;  
Pero, ya veis... mi sexo... Á la entrevista  
Es menester que asista,  
Si lo teneis á bien, un deudo caro  
Que de mis años tiernos fué el amparo ;  
Es persona discreta  
Á quien podéis tratar sin etiqueta  
Y que holgará de conoceros. Vive  
En ese cuarto bajo ;  
Llamadle.» Don Marajo,  
Dándose el parabién de su fortuna,  
Que le depara, según él concibe,  
Dos presas en vez de una,  
Con la mayor frescura y desahogo  
Fué en efecto, y llamó. Pero la suerte  
Se vuelve azar. Despierta airado el dogo,  
Se abalanza, le atrapa y le da muerte.

Esta sencilla historia nos advierte  
Á un tiempo, hija querida,  
Tres importantes cosas:  
De un seductor las artes alevosas,  
De la maldad el triste paradero,  
Y lo que vale en lances de la vida  
La acertada elección de un compañero.

(ANDRÉS BELLO.)

---



## LECCIÓN LXIX.

### El Bautismo de la Caballería Argentina.

(1806)

El episodio que vamos á narrar es indudablemente una de las más bellas páginas, á la vez que la primera en el tiempo de los famosos ginetes del Río de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural, los que adiestrados más tarde por Alvear ó por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independencia hasta el círculo máximo del Ecuador donde hicieron flamear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos Aires, ausente el cobarde virrey, la bandera inglesa tremolaba en el Fuerte y las armas británicas eran señoras de nuestro río y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo echando los ingleses á viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país y algunos españoles, y trabajaban con sigilo en este propósito, lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo. Viéndose vigilados en la ciudad los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de

Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habían levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles y otras armas destinadas á la caballería. Daba consistencia á estos proyectos la esperanza de una próxima expedición que, mandada por el capitán de navío D. Santiago Liniers, debía llegar desde la Colonia, y además tenían el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues mandado por el coronel Echevarría. Entre los que más decididamente trabajaban por obtener la reconquista, hacía se notar el jóven porteño D. Juan Martín de Pueyrredon, tipo varonil y hermoso que apenas frisaba en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, había conseguido levantar un escuadrón voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos lo acompañaba en el reducto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar á la historia. Habiendo llegado á noticia del jefe inglés, coronel Beresford, el proyecto que se tramaba y el sitio donde tenían sus recursos los defensores de la cautiva Buenos Aires, se resolvió á concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 1° de Agosto, antes de rayar el alba de un día frío y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento núm. 71, ocho piezas de artillería y

una veintena de jinetes. A las 6 de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Peidriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced tributario del Luján, y que volcaba sus maderas á la altura del vado de Carupá. La presencia inesperada del enemigo sorprendió á los revolucionarios, y el primero en darse á una retirada que tenía todo el carácter de fuga, fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada la caballería patriota, no pudo ni supo resistir á los infantes del 71, y todo quedó perdido en poco más de una hora. Lleno de ira y de vergüenza el noble Pueyrredón invita á los soldados de su reducido plantel, para dar una carga á los enemigos que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando acogida generosa á su proyecto, se pone á su frente y da la primera y más brillante carga sobre las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro de municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos asombrados de tanto valor. Corren con la presa, pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañón certeramente dirigida, destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pié y con la espada centellante en la mano.

Los ingleses se precipitan, lo rodean y creen ya cierta su captura, cuando volviendo riendas uno de los más audaces compañeros de Pueyrredón, clava las espuelas á su caballo, atropella y destroza cuanto se opone á su paso, alcanza hasta donde está su jefe, hace girar sobre los jarretes al brioso animal y le presenta el anca, gritándole:—*¡suba pronto!*—Pueyrredón, sereno, no se detiene, y de un salto, como solo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa y parten como una saeta dejando pasmados á los bravos ingleses. Estos célebres jinetes que rompían las líneas del heroico 71, fueron los *húsares de Pueyrredón*, que once días más tarde dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadrón venido desde la Colonia á las órdenes del capitán D. Benito Chain. Así nació la caballería argentina, y así se bautizó en el fuego y en la gloria.

MARIANO PELLIZA.

## LECCIÓN LXX.

### La fuerza de la consigna.

Los puestos de guardia en guarnición y las avanzadas en campaña, se manejaban con el mayor celo y vigilancia, tanto por deber cuanto por el temor de una sorpresa del General, á la hora menos pensada. Si era severo el General en la corrección de las faltas en el servicio, era justo y equitativo también en los premios y recompensas por la exactitud y servicios notables, sin distinción de clases ni rangos.

Para que se forme idea sobre este punto, voy á referir un episodio que presencié en Santiago de Chile á fines de 1817.

El batallón de Artillería de los Andes á que yo pertenecía entonces estaba acuartelado en el Convento de San Pablo, y yo me hallaba al mando de la guardia de prevención, cuando entre siete y ocho de la mañana se presentó el General San Martín, á caballo, acompañado de un ordenanza, á visitar el cuartel.

Ninguno de los jefes ú oficiales superiores del cuerpo se hallaba presente á esa hora, porque ya se habían llenado todas las distribuciones del reglamento.

Una imaginaria que se situaba en la esquina de la Iglesia para observar las cuatro bocacalles y avisar cualquier novedad que advirtiera, dió el grito de « ¡Cabo de guardia! . . . . el General en jefe! »

Yo que oí este aviso, grité á mi turno: ¡arriba la guardia!

La guardia se formó y le hizo al General los honores del caso.

— ¿Se puede entrar? dijo éste, saludando á la guardia con su elástico; y yo le respondí: ¡Adelante señor!

Al entrar al patio hizo seña de que se retirara la guardia, y la tropa después de colocar los fusiles en el armero, quedó en pelotón en el zaguán.

El General se apeó, entregó la brida á su ordenanza, y yo mandé al sargento de la guardia que lo acompañase á los patios, cuadras y demás departamentos que deseara examinar. — Así visitó el cuartel, vió la limpieza de las cuadras, la del armamento, los tabladillos, la colocación de las mochilas, el estado de las cocinas, el rancho, etc., etc.; y conforme iba visitando las cuadras, los sargentos de mejor educación y más despejo iban formándole cortejo.

Luego que hubo explorado hasta el último rincón, regresó al segundo patio, y fijándose en una puerta cerrada, forrada con pieles de carnero colocadas con

la lana para afuera, y custodiada por un centinela,— preguntó: *¿qué es aquello?*

— *El laboratorio de mixtos*, le respondieron los sargentos.

— *¿Trabaja ahora?*

— *Sí, señor; se están haciendo cartuchos, lanzafuegos, estopines, espoletas para granadas y otras cosas.*

Sin más averiguar, se dirigió allí con ademán de entrar; pero, poniéndose el centinela delante, le dijo: — *¡Alto ahí! no se puede entrar.*

A esta respuesta, el General exclamó con vehemencia: *¿cómo es eso! ¿No sabe usted que soy el General en jefe?*

El centinela le respondió:— *Sí, señor, lo sé; pero así no se puede entrar.*— Es de advertir que el General vestía su traje militar, casaca, botas con herraduras y espuelas, como se usaba entonces.

Volvió á hacer ademán de empujar la puerta y entrar. El centinela entonces caló bayoneta y volvió á repetirle:— *Ya he dicho, señor, que así no se puede entrar*, y gritó con fuerza: *¡Cabo de guardia, el General quiere forzar el puesto!*

Al ver esto uno de los sargentos corrió al cuerpo de guardia á llamar al cabo, y así que éste llegó á presencia del General, le dijo:— *Señor, la consigna*

*que el centinela tiene es: que nadie puede entrar al laboratorio vestido de uniforme, por temor de un accidente, y es por eso que le ha resistido la entrada. Si V. E. quiere entrar, sírvase pasar á este cuarto á cambiar de traje, para que pueda hacerlo en la forma que es permitido.*

En efecto, el General sin decir palabra entró al cuarto, se quitó su uniforme, se puso un par de alpargatas, pantalón, saco y gorro de brin, de varios que había con ese expreso destino, y presentándose al centinela con ese nuevo traje, no vaciló éste en abrirle la puerta y dejarlo entrar, seguido de dos sargentos que también cambiaron de vestido con el objeto de acompañarlo; y luego que el General hubo registrado este departamento y examinado los aparatos y el trabajo que se hacía, volvió á desnudarse para tomar su uniforme y retirarse. Montó á caballo, y al salir por el cuerpo de guardia me ordenó que le mandara á palacio, una vez que la guardia fuera relevada, al soldado que estaba de centinela en la puerta del laboratorio.

El soldado se presentó al General, y á su regreso al cuartel refería que éste, después de hacerle varias preguntas y de echarle un largo sermón sobre la subordinación, la obediencia y el patriotismo, le había regalado una onza de oro.

G. ESPEJO.

## LECCIÓN LXXI.

### La madre de un genio.

Una señora muy presuntuosa y tonta, llamada doña Clara Zoncera, se presentó en una Escuela pública á colocar en ella una niña de seis años.

La maestra salió á recibirla, y se entabló el siguiente diálogo:

DOÑA CLARA. — ¿Es Vd. la señorita Sánchez?

MAESTRA. — Sí, señora, para servir á Vd.

DOÑA CLARA. — He leído en « La Prensa » y en « Tribuna » que su Escuela es muy buena; y he resuelto colocar en ella á mi hija Fortunata, esperando que Vd. la hará adelantar mucho. ¿Qué enseña Vd. señorita Sanchez?

MAESTRA. — Todo, señora. Todo lo que es útil y necesario. ¿Que edad tiene su niña?

DOÑA CLARA. — No tiene más que seis años, pero es un verdadero genio; se halla dotada de una capacidad poco común.

MAESTRA. — Á esa edad, sin embargo, no puede aprender mucho, por grande que sea su talento.

DOÑA CLARA. — Así mismo, no es tan ignorante como Vd. puede presumirlo. Ella ha aprendido ya

botánica, geometría y astronomía; y su maestra se proponía enseñarle el álgebra, cuando por razón de casamiento tuvo que dejar la Escuela.

MAESTRA. — ¿La ha examinado Vd. en esas ramas del saber?

DOÑA CLARA. — ¡Ya lo creo! Fortunata, mi amor, dile á la señorita algo de lo que sabes sobre geometría y astronomía. — ¿Qué es astronomía, mi querida?... Hágale algunas preguntas, señorita; la que Vd. quiera.

MAESTRA. — ¿Qué planeta habitamos, niña?

FORTUNATA. — ¿Qué?

MAESTRA. — Le pregunto: ¿qué planeta habitamos? ¿En qué planeta vivimos?

FORTUNATA. — De eso no me han enseñado.

DOÑA CLARA. — ¡Fortunata, mi sol, ya has olvidado todo lo que sabías, y no hace más que tres días que saliste de la Escuela! Pero, veamos, dile á la señorita dos ó tres líneas de la última lección que aprendiste . . . Á ver, mi ángel,

FORTUNATA. — *Un triángulo es una figura plana que tiene todos sus puntos equidistantes de otro punto llamado centro.*

MAESTRA. — ¡Admirable! ¿Y cómo se llaman los lados de un triángulo rectángulo?

FORTUNATA. — Uno se llama hipo . . . hipo . . . hipopótamo.

MAESTRA. — ¡Hipopótamo! . . . Vd. querrá decir hipotenusa. ¿Y qué es un hipopótamo?

FORTUNATA. — Hipopótamo es un animal *que tiene cuatro estómagos y que se alimenta de ciervos, gamos, sapos y culebras. Tiene respiración branquial, circulación sencilla, sangre fría y piel escamosa.*

DOÑA CLARA. — Ahí tiene Vd., señorita. Como se lo había anunciado, mi hija está muy adelantada en *botánica*. Todita se la sabe de memoria. Ya esperaba yo que había de sorprenderla á Vd.

MAESTRA. — En efecto, es admirable . . . (*Y dirigiéndose á la niña, le dijo:*) ¿Cuánto son tres por tres?

FORTUNATA. — ¿Tres por tres?

MAESTRA. — Sí, tres por tres.

FORTUNATA. — ¡Ah! no sé. Mi maestra nunca me ha enseñado eso. Ella decía que todo el mundo sabe contar.

MAESTRA. — ¿Le enseñó á Vd. á leer?

DOÑA CLARA. — Nó, de ninguna manera; yo se lo había prohibido por ahora. Siempre le encargué que se empeñase en desarrollar la mente de mi hija llamando su atención sobre asuntos más importantes. Para eso no tenía igual doña Simplicia. Estoy segura de que todo el vecindario va á lamentar que haya dejado el magisterio.

MAESTRA. — Pues, señora, aunque lo siento mucho, debo manifestarle que se equivoca si cree Vd. que voy á enseñar á su hija astronomía, geometría, botánica, álgebra y otras ciencias, á la edad que tiene. Los niños como ella no pueden ser ocupados sino en ejercicios que reclamen muy poco esfuerzo intelectual. Lo demás sería tiempo perdido.

DOÑA CLARA. — Me convenzo, señorita, de que su Escuela está muy lejos de las ponderaciones que he oído. Ya sospechaba yo que Vd. no había de enseñar más que cosas comunes y sencillas. Siento mucho que no le toqué á Vd. ser maestra de mi hija; pero como es la única, yo aspiro á que reciba una instrucción vasta y profunda . . . Para servir á Vd.

---

## LECCIÓN LXXII.

### La cometa.

Por la región del viento  
Una bella cometa se encumbraba,  
Y ufana de mirarse á tanta altura,  
Sobre el terreno asiento

Que habita el hombre y el servil jumento,  
De esta manera entre sí hablaba:

« ¿Por qué la libertad y la soltura,  
Dada á toda volátil criatura,  
Esta cuerda maldita  
Tan sin razón me quita?  
¡Ah! ¡qué feliz estado fuera el mío,  
Si escaparme pudiese á mi albedrío  
Por esa esfera luminosa y vaga  
Del aire, imprescriptible patrimonio  
De lo volante, en brazos de Favonio,  
Que amoroso me halaga;  
Y ya á guisa del águila altanera  
Al sol me remontase, ya rastreira  
Girase, como suelto pajarillo,  
De jardín en jardín, de prado en prado,  
Entre el nardo, la rosa y el tomillo!  
¿Á qué el instinto volador me es dado,  
Si he de vivir encadenada al suelo,  
Juguete de un imbécil tiranuelo  
Que, según se le antoja,  
Ó me tira la rienda ó me la afloja?  
¡Pluguiese á Dios viniera  
Una ráfaga fiera  
Que os hiciese pedazos,  
Ignominiosos lazos!

Oyó el Tonante el temerario voto;  
Viene bufando el Noto,  
La cuerda silba, estalla . . . ¡Adiós cometa!  
La pobrecilla da una voltereta;  
Cabeza, ya á un lado,  
Ya al otro; y mal su grado,  
Entre las risotadas y clamores  
De los espectadores,  
Que celebran su mísero destino,  
De cabeza fué á dar en un espino.

De esta pandorga, tú, vulgo insensato,  
Eres vivo retrato  
Cuando á la santa ley que el vicio enfrena  
Llamas servil cadena,  
Y en licenciosa libertad venturas  
Y glorias te figuras.

(ANDRÉS BELLO.)

## LECCIÓN LXXIII.



El General Belgrano.

El General Don Manuel Belgrano es uno de los próceres de la independencia nacional.

Fué uno de los miembros más importantes de la Junta de Gobierno nombrada el 25 de Mayo de 1810;

y después, como jefe de uno de los ejércitos de la Revolución, ganó las batallas de Tucuman y Salta.

Belgrano, sin embargo, más que por sus hazañas militares, se distinguió por sus virtudes cívicas.

Merece citarse como prueba de su abnegación y de su civismo, el siguiente hecho que refiere la historia:

Con motivo de la batalla de Salta, ganada por el General Belgrano, la Asamblea Constituyente acordó unánimemente que se le ofreciese un sable con guarnición de oro, con la siguiente inscripción grabada en la hoja: «La Asamblea Constituyente al benemérito General Belgrano» y además que se le diese un premio de \$ 40,000 en fincas del Estado.

Belgrano contestó al Gobierno en estos términos:

«El honor con que V. E. me favorece al comunicarme los decretos de la Soberana Asamblea, me empeña sobre manera á mayores esfuerzos y sacrificios por la libertad de la Patria. Però cuando considero que estos servicios, en tanto deben merecer el aprecio de la nación, en cuanto sean efecto de una virtud y fruto de mis cortos conocimientos dedicados al desempeño de mis deberes; y que *ni la virtud, ni los talentos tienen precio, ni pueden compensarse con dinero sin degradarlos*; cuando reflexiono que nada hay más despreciable para el hombre de bien, para el verdadero patriota que merece la confianza de sus

*conciudadanos en el manejo de los negocios públicos, que el dinero ó las riquezas; que estas son un escollo de la virtud que no llega á despreciarlas; y que adjudicadas en precio, no sólo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por general objeto de sus acciones subroge el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigidas á lisonjear una pasión seguramente abominable en el agraciado; no puedo dejar de representar á V. E., sin que, se entienda que miro en menos la honrosa consideración que por mis cortos servicios se ha dignado dispensarme la Asamblea, cuyos soberanos decretos respeto y venero,—he creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos, para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras, en que se enseñe á leer y escribir, la aritmética, la doctrina cristiana y los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y hacia el Gobierno que la rige, en cuatro ciudades, á saber: Tarija, ésta (Jujui), Tucuman, y Santiago del Estero, (que carecen de un establecimiento tan esencial é interesante á la Religión y al Estado y aún de arbitrios para realizarlo), bajo el reglamento que presentaré á V. E. y pienso dirigir á los respectivos Cabildos.»*

Es digna de tenerse muy en cuenta por todos los jóvenes esta noble acción del General Belgrano.

## LECCIÓN LXXIV.

### Las ventajas de la instrucción.

Reinoso y Pajares eran dos buenos amigos, vecinos de Cañuelas.

El primero tenía un hijo llamado Gabriel, y el segundo otro, de nombre Octavio.

Ni Reinoso ni Pajares sabían leer ni escribir. Ambos se habían criado alejados de los centros de población, y por esta razón no habían podido jamás asistir á la Escuela.

Sin embargo, Reinoso, sea por el trato que había tenido con gente del pueblo, sea porque su inteligencia natural le permitiera comprender la importancia de la instrucción, ansiaba que se le presentara la oportunidad de colocar á su hijo en una Escuela para que aprendiese á leer, escribir y contar.

Un día se corrió entre los vecinos que iba á fundarse una Escuela pública para los niños del lugar; y

muy luego se comprobó la verdad de la noticia, porque empezó á levantarse y se levantó un gran rancho en el que se estableció una Escuela, dotada de todo el menaje y útiles necesarios para cuarenta alumnos.

Al momento fué Reinoso á colocar á su hijo Gabriel; y otros vecinos, imitando su ejemplo, llevaron á los suyos. Mas Pajares se mostró completamente indiferente, respondiendo á los que le aconsejaban que mandara también á Octavio, que él no había ido nunca á la Escuela y por lo mismo no veía motivo para que su hijo fuese.

— ¡Pero hombre, le decía Reinoso, ésa no es razón! Mande á su hijo, que después ha de tener mil ocasiones de comprender lo que vale la Escuela.

— No, contestaba Pajares. Á mí no me importa que mi hijo sepa leer y escribir. Lo que yo necesito es que sepa manear las vacas, arar la tierra, sembrar el trigo y recogerlo cuando llegue el caso. Lo demás está bueno para los *Dotores*.

— No se trata de *Dotores*, Pajares, sino de que su hijo adquiera los medios de ser más útil para sí mismo, para Vd. y para su familia. En la Escuela, no solamente aprenderá muchas cosas provechosas, sino que adquirirá buenas costumbres y ejercitará sus facultades para saber desenvolverse bien en todas las situaciones de la vida.

Así mismo Pajares no hizo caso y dejó pasar el tiempo sin enviar á su hijo á la Escuela.

Los años transcurrieron.

Pajares fué un día á visitar á Reinoso á su chacra.

— ¡Hola! compadre, ¿cómo le va? preguntóle éste.

— Mal, amigo, muy mal; toda la cosecha de trigo se me ha perdido, y estoy á la cuarta pregunta.

— ¿Cómo así? interrogó Reinoso.

— Pues es claro. Vino la maldita *vaquilla* y me invadió todo el sembrado, dejándome pelado el trigal y las papas.

— ¡Pero hombre! ¿Cómo no supo librarse de la *vaquilla*? Yo la tuve también en mi campo, pero mi hijo me dió un remedio excelente. Había leído en un diario que haciendo fogatas se ahuyentaba; y en cuanto aparecieron los bichos perversos, arreglamos una porción de fogatas con los muchachos y los hicimos desaparecer, sin darles tiempo para que nos hicieran daño. ¿Y cuánto ha perdido, amigo?

— Más de 500 pesos.

— Pero su pérdida la habrá podido reparar con las ganancias del maíz, porque este año el artículo está á un precio altísimo. Yo he vendido el mío á \$ 9 la fanega. Parece que en varios países, se ha perdido toda la cosecha de ese cereal, y de Buenos Aires están exportando grandes cantidades.

— ¿Cómo sabe eso, compadre?

— Lo sé por mi hijo, que también leyó eso en un diario.

— Pues, amigo, yo no lo sabía y he vendido todo mi maíz por un precio miserable.

— Ahí tiene, Pajares, las consecuencias de no haber seguido mi consejo. Si su hijo hubiera ido á la Escuela como el mío, todos los males de que se queja no le habrían ocurrido. Para algo sirve que los hijos sepan leer, y Vd. no lo quería creer.

El pobre Pajares se retiró cabizbajo; pero en cuanto llegó á su casa, tomó del brazo á todos sus nietitos y nietitas y fué á colocarlos en la Escuela.

## LECCIÓN LXXV.

### Caridad.

Madre: ayer un desgraciado  
Una mano me alargó,  
Y entre sollozos me dijo:  
« ¡Una limosna por Dios! »  
Al verme dobló su frente,

Pálida por el dolor,  
Y entre profundos suspiros  
Una lágrima vertió.  
— ¡Infeliz!... Y tú, hija mía,  
¿Le desdeñaste?

— Nó, nó:

Le dí una limosna, madre,  
Y él la mano me besó,  
Y tembloroso me dijo:  
« ¡Gracias; que os lo pague Dios!  
Y cuando dejéis la tierra  
Y á la celeste mansión  
Voléis, peregrina virgen,  
Hermosa y pura cual hoy,  
Implorad por los mendigos  
Que viven en la aflicción.  
Desde ayer, de puerta en puerta,  
Buscando un asilo voy,  
Y nadie de mí se duele:  
Todos desoyen mi voz.  
Decidme, niña inocente,  
Á quien, sin duda, el Señor  
Como un ángel de esperanza  
Á mi camino envió:  
¿Acaso no hay en el mundo  
Consuelo para el dolor?

¿Acaso para el mendigo  
No hay en la tierra perdón?  
Decidme, pues lo sabéis,  
Decidme, niña, por Dios:  
¿Es un crimen la pobreza?  
¿Es un crimen el dolor? »  
Me dijo, madre, el mendigo,  
Y yo lloré, y él lloró...  
— ¡Hija del alma! has cumplido  
Con un mandato de Dios:  
« Dad al pobre, dijo un día;  
No desechéis su clamor,  
Que aquel que un pan le excusase  
No alcanzará mi perdón. »  
Así dijo aquel que humilde,  
En un establo nació,  
Pobre como los mendigos,  
Sujeto al frío y al sol,  
Y sin embargo ¡era el Cristo!  
Y sin embargo ¡era Dios!

(MODESTO MOLINA.)

## LECCIÓN LXXVI.

### Una niña virtuosa.

Juana Domínguez quedó sin madre y tuvo que encargarse, á los catorce años, en unión con su padre, del cuidado de sus hermanitos. Parece imposible que una niña de tan tierna edad y que ignoraba el manejo de una casa, pudiera sobrellevar la carga que el infortunio arrojaba sobre sus débiles hombros. No se acobardó, sin embargo, y al día siguiente de enterrada su querida madre, abrazó á su desconsolado padre y le dijo para darle valor: «Yo seré en adelante tu compañera y la madre de mis hermanitos.»

Juana era de salud delicada y estaba, al parecer, desprovista de la energía necesaria para gobernar una familia. Encontró, no obstante, en su corazón recursos suficientes para suplir esas faltas.

Pocos días pasaron, y ya parecía que todo había cambiado. Á las 7 de la mañana, Juana estaba levantada y pronta para preparar á sus hermanitos y mandarlos á la Escuela. En seguida arreglaba y acomodaba los aposentos, ejecutando todas las tareas que su madre desempeñaba en otro tiempo. Componía la

ropa, dirigía á la única sirvienta, hacía todas las compras necesarias para la alimentación de la familia, y todavía tenía tiempo para distraer á su padre y levantar con su palabra bondadosa y noble el espíritu abatido del autor de sus días.

Muy á menudo alguna amiga cariñosa iba á buscarla para proponerle un paseo, una diversión agradable; pero la abnegada niña no aceptaba nunca. — «No puedo, decía ella; tengo que hacer esto, que arreglar aquello;» — y siempre la amiga salía de su casa sin poder arrastrar á Juana, á quien nunca le parecía bastante lo que hacía por su padre y su familia.

Gracias á sus virtudes, la familia gozaba de un relativo bienestar. Aunque el señor Domínguez no ganaba mucho dinero, Juana sabía hacerlo lucir, por su economía y buen juicio.

La vida de la familia Domínguez habría corrido así, apacible y tranquila, si la suerte impía no se hubiera empeñado en poner á dura prueba la constancia y el valor de la virtuosa joven.

El señor Domínguez, que siempre había gozado de una salud completa, cayó repentinamente enfermo de un ataque á los ojos. Se llamó al médico, se gastaron los ahorros en botica; pero todo fué en vano. El infeliz señor perdió la vista.

En presencia de esta nueva desgracia, que privaba

á la familia de sus medios de subsistencia, puesto que el señor Domínguez no podía ya trabajar, cualquier alma menos grande que la de Juana se habría sentido vencida; más, la valiente niña, en medio del dolor que el infortunio de su padre le causaba, sintió redoblar sus fuerzas.— «Yo soy ahora, se dijo, el único amparo de mi familia. Tengo que buscar los medios de ganar la subsistencia de mi padre y de mis hermanitos.»

Después de meditar mucho se decidió por trabajar de maestra. La instrucción que había recibido le permitía ejercer con éxito y dignidad el magisterio.

Pero, se dijo:— «¿Conseguiré que me den una Escuela? Lo probaré;» y ocurrió á las autoridades escolares.

—No podemos darle, le contestaron éstas, sino una Escuela rural, á diez leguas de La Plata, en un paraje solitario y triste, donde no tendrá Vd. trato más que con los niños. ¿Se resigna Vd. á tomarla?

—Sí, respondió Juana sin vacilación; porque tendré una casa para alojar á mi familia y medios para costear su manutención. Estoy dispuesta á soportar todos los rigores de la suerte, con tal de asegurar el bienestar de los míos.

Las autoridades escolares le acordaron la Escuela, después de cerciorarse de su competencia y buen juicio;

y varios días después, Juana, con su padre ciego, y todos sus hermanitos, se trasladó al lugar en que estaba situada la Escuela confiada á su dirección.

La joven supo, por su contracción al estudio y por su laboriosidad, llamar muy pronto la atención de todas las gentes. Los vecinos del lugar no hablaban más que de sus virtudes y talentos.

Un joven estanciero, dotado de noble corazón, que tuvo ocasión de conocerla, seducido por su simpática presencia y bellas cualidades, se enamoró de ella y solicitó su mano.

Correspondido por Juana, no tardó en celebrarse el casamiento; y gracias á ese feliz suceso, la interesante y abnegada joven pudo proporcionar á su familia una posición holgada, asegurando la suerte futura de su padre y de sus hermanitos.

## LECCIÓN LXXVII.

### Los extranjeros.

Dos paisanos estaban un día conversando en la plaza del Azul. Uno se llamaba Goyo Fernández, y el otro Felipe Guerra.

De repente penetró en la plaza, cerca de ellos, un mercachifle italiano, completamente agobiado por un carguío de géneros y artículos de todas clases que llevaba sobre los hombros.

— ¡Qué rabia me dan estos gringos! dijo Fernández.

— ¿Y por qué, hermano? ¿qué le hacen? interrogó Guerra.

— ¿Qué me hacen? Me fastidian, porque son muy negociantes y vienen á robarnos la plata. Donde quiera que uno se halle, ahí se presentan ellos con su carguío de chucherías, lo mismo en el pueblo que en la estancia.

— Pero, ¿qué más quiere, amigo? Es una ventaja que le lleven á uno á todas partes las cosas que necesita. Si no fuera por ellos, tanto Vd. como su mujer tendrían que venir al pueblo cada vez que desearan comprar alguna cosa, abandonando las ocupaciones y quehaceres de la casa.

— Sí, pero es que *le pelan á uno los cobres*. Son unos lince para el negocio.

— Y eso ¿qué tiene? Cada uno gana su vida como puede. Y no son ellos, seguramente, quienes la ganan con más facilidad. Fíjese cómo camina ese infeliz completamente doblado por el peso de sus mercancías, y así anda leguas y más leguas. Da lástima verlo.

—No me embrome, paisano. ¡Si son unos *peines*, que lo embrollan á uno en cuanto se descuida!

—No diga eso, Fernández. Habrá algunos pillos, como también hay paisanos *truchas*, que los embroman á ellos, no pagando lo que les compran; pero la mayor parte son honrados industriales que ganan su vida á fuerza de trabajo y de contrariedades. Si no fuera por esos extranjeros y otros como ellos que vienen aquí á explotar nuestras riquezas y á enseñarnos sus industrias, no estaría nuestro lindo país tan adelantado como se halla.

—Cállese, compadre; no me hable de los gringos.

—Sí, he de hablarle, amigo, contestó Guerra; porque Vd. no tiene razón en lo que dice. Nosotros los argentinos tenemos muy buenas condiciones: somos valientes, bondadosos, hospitalarios; podemos estar orgullosos por nuestra inteligencia y nuestras virtudes, porque hay y ha habido compatriotas muy notables, que no tienen nada que envidiar á los hijos de otros países; pero no por eso debemos despreciar á los extranjeros, que vienen á la República á ayudarnos á formar una nación progresista y grande. Los extranjeros cultivan nuestras tierras, utilizan nuestros productos, los transforman y mejoran; y todo lo que ganan queda en nuestro país. Además, después que están algún tiempo en él, se casan, y los hijos que

tienen son argentinos como nosotros, argentinos que toman un fusil ó empuñan una espada, para defender la patria cuando alguna nación enemiga se atreve á atacarla, ó para defender la libertad ó las instituciones cuando son agredidas por los malos. Más de un mozo de Buenos Aires he conocido yo en las lides de esta tierra, tan guapo y decidido por su causa, como el más puro criollo, y que era, sin embargo, hijo de español, de italiano ó de francés.

Fernández, que, aunque ignorante, era un buen paisano, se dió por vencido, é impresionado por estos juiciosos argumentos, se despidió de Guerra, con el ánimo bien dispuesto para mirar en adelante con mejores ojos á todos los extranjeros honrados y trabajadores.

## LECCIÓN LXXVIII.

### La gloria del progreso.

No basta á un pueblo libre  
La corona ceñirse de valiente:  
No importa, nó, que cuente  
Orgullosa mil páginas de gloria,

Ni que la lira del poeta vibre  
Sus hechos pregonando y su victoria;  
Cuando sobre sus lauros se adormece  
Y al progreso no mira,  
É insensible á los bienes que le ofrece,  
De sabio el nombre á merecer no aspira.

El mundo se commueve  
Cual de una fuerza mágica impulsado;  
El progreso su luz extiende breve  
Desde la zona ardiente al mar helado,  
Y vida y movimiento á todo imprime.  
Por eso las naciones convocadas  
En lucha tan sublime,  
Dispútanse agrupadas  
El lauro insigne del saber divino  
Y cada pueblo aspira  
Á llenar con honor su alto destino.  
Lucha sublime, sí, donde se mira  
En héroe convertido al ciudadano,  
Ceñir triunfante la inmortal corona,  
Desde el pobre artesano  
Que en su taller humilde se aprisiona,  
Hasta el genio que escala el firmamento  
Y fija en ígneo sol su inmoble asiento.

Contemplad al que atento y cuidadoso  
Se desvela en su estancia retirado  
Indagando la ciencia; al que afanoso  
Sorprende los secretos de natura,  
Y con mano segura  
Al lienzo los traslada transportado.  
Mirad al que domando  
Del mármol ó del bronce la dureza,  
De forma le reviste y de belleza;  
Al hábil arquitecto que elevando  
Hasta el cielo la cúpula gigante,  
Sublime y arrogante,  
Parece desafiar del tiempo cano  
La destructora acción. Ved al que ufano  
El ánimo sorprende y maravilla,  
Trocando fácil con su diestra mano  
En deslumbrante vidrio humilde arcilla;  
Al incansable obrero  
Que sobre su telar constante vela,  
Que sin cesar se afana,  
Y con prolijo esmero,  
Hace que de algodón ó tosca lana  
Brote bajo sus manos rica tela;  
Al que tenaz horada las montañas  
Y en sus rudas entrañas  
Abre á la industria salvadora senda;

Al que su rica hacienda  
No consume en estéril opulencia,  
Y con afán loable  
Acorre presuroso á la indigencia  
Y el pan de la instrucción le brinda afable.

Mirad al que á su imperio  
Hace que salve el líquido elemento,  
Y atraviere más rápida que el viento,  
La palabra veloz otro hemisferio.

Miradlos todos, vedlos agrupados  
Oponer una valla al retroceso:  
Ellos son los guerreros denodados  
Que forman la vanguardia del progreso.  
¡Oh! dichosas mil veces las naciones  
Cuyos nobles campeones,  
Deponiendo la espada vengadora  
De la civil contienda asoladora,  
Anhelan de la paz en dulce calma,  
Conquistar del saber la insigne palma.

Ésa del genio inmarcesible gloria,  
Es el laurel más santo,  
Es la sola victoria

Que sin dolor registrará la historia,  
Porque escrita no está con sangre y llanto.

Tú, juventud, que de la patria mía  
Eres honor, y orgullo, y esperanza,  
Ella entusiasta tu esplendor te fía,  
En pos de gloria al porvenir te lanza.

Haz que de ese profundo  
Y letárgico sueño se levante,  
Y entre el aplauso inteligente, al mundo  
El gran hosanna del progreso cante.

(SALOMÉ UREÑA.)

---

## LECCIÓN LXXIX.

### Los Sargentos de Tambo Nuevo.

UN EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA  
AMERICANA.

El enemigo, mientras tanto, á pesar de su reciente victoria, carecía de víveres y de elementos de movilidad, y refugiado en las alturas, rodeado de poblaciones

hostiles, hallábase reducido á una completa nulidad. El general argentino, aprovechándose de esta circunstancia, destacó montoneras y partidas en todas direcciones, con el objeto de estrechar su círculo de acción; comisionó á Cárdenas, Lanza y otros caudillos, para que con sus indios procurasen cortar sus comunicaciones con la Paz y el Desaguadero, y destacó á algunos oficiales de valor acreditado, para que hostilizasen de más cerca los destacamentos que aún no se habían reconcentrado á Condo. Entre estos jefes de partida empezó á distinguirse entre amigos y enemigos el teniente de Dragones don Gregorio Araoz de La Madrid. Activo y fogoso, reunía á las puerilidades de un niño, la audacia de un héroe de leyenda. Aunque poco capaz de concebir un plan militar, tenía todas las calidades que se requieren para golpes de mano temerarios. El general supo utilizar sus disposiciones. Un día lo llamó y le dijo: «Escoja usted cuatro hombres de su compañía y marche á traerme noticias exactas de la vanguardia enemiga que está en Yocalla.» Al poco rato volvió La Madrid con sus cuatro voluntarios, y le dijo: «Mi general, ya estoy pronto y sólo falta que V. E. me dé un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo, y poderle traer las noticias con la exactitud que desea.»— El general Belgrano le contestó sonriéndose: «Usted sabrá proporcionarse el

pasaporte. » La Madrid, guiado por un indio por senderos excusados, y trasnochando con una gran nevada, fué á amanecer sobre el campo de Yocalla, donde se hallaba Castro con su división, y á cuatro cuadras de él, tomó prisionera una partida de cinco hombres, que había salido á hacer su descubierta sobre la nieve. Dos de estos prisioneros pertenecían á los juramentados en Salta, y los dos fueron remitidos al general para que le diesen las noticias que necesitaba.

Hallándose La Madrid á la cabeza de 12 hombres (pues había recibido un refuerzo de 8 hombres), se consideró en aptitud de acometer empresa de mayor magnitud, y resolvió sin pérdida de tiempo atacar una compañía de cazadores montados, que sabía haber destacado el jefe de la vanguardia realista, con el objeto de cortarle la retirada luego que él se comprometiese en la quebrada de Tinguipaya, que era el camino preciso que debía llevar para acercarse á Yocalla. En la noche del 24 de Octubre, púsose en marcha á la cabeza de su pequeño destacamento, con el ánimo resuelto de sorprender los cazadores enemigos, que según noticias se habían situado en el portezuelo de la quebrada, en la posta denominada de Tambo Nuevo. Para llegar á este punto, se hacía necesario remontar una áspera cuesta flanqueada por hondos despeñaderos. La Madrid, que conocía el terreno, hizo adelantar como

batidores á los soldados José Mariano Gómez, tucumano, y Santiago Albarracín y Juan Bautista Salazar, cordobeses. Estos tres valientes soldados llegaron al pie de la cuesta, echaron pie á tierra, y la subieron silenciosamente con el caballo de la rienda. Al pisar la cumbre, creyeron oír el relincho de un caballo, y muy luego vieron brillar á la distancia la luz de la posta, y acercándose más, distinguieron perfectamente un centinela apostado en las casuchas. Deslizándose como sombras y aproximándose á ellas al abrigo de las quiebras del terreno, se convencieron de que allí estaban en efecto los realistas, pero á excepci3n de los relinchos de los cincuenta caballos de la compaa encerrados en el corral de Tambo Nuevo, ningn rumor llegaba á sus 3idos. Los tres batidores siguieron avanzando, y descubrieron un cuerpo de guardia. Era la avanzada de la compaa enemiga. El centinela estaba descuidado 3 dorm3a inclinado sobre el fusil. Las armas estaban apoyadas contra la pared á cargo del centinela. En el interior del rancho ard3a un candil encima de una carpeta, sobre la que se ve3a un naipe. A su alrededor dorm3an tranquilamente once soldados. A poca distancia á retaguard3a, descansaba el resto de la compaa en nmero de cuarenta hombres.

Los tres batidores concibieron el atrevido proyecto de apoderarse solos de la guardia. Pensarlo y hacerlo

fué la obra de un momento. Uno de ellos se lanzó rápidamente sobre el centinela, y lo desarmó y rindió, antes que pudiera articular un grito de sorpresa; otro se apoderó de las armas; y el tercero, colocándose en medio del resto de la guardia con su carabina amartillada, intimó á todos rendición. Todos se rindieron, y uno por uno fueron maniatados por los tres batidores, quienes echándolos por delante volvieron á bajar la cuesta. El sargento de la guardia prisionera, aprovechándose de las fragosidades del terreno, se arrojó por un despeñadero, y fué á dar la alarma al resto de la compañía que aun dormía tranquila.

Los batidores de La Madrid se incorporaron muy luego á él, y le presentaron once prisioneros y doce fusiles. Sin titubear, avanzaron los doce dragones patriotas en busca del grueso de los cazadores enemigos, que encontraron ya en marcha en disposición de bajar la cuesta. Trabóse un tiroteo en la obscuridad de la noche, y los realistas en la creencia de ser atacados por fuerzas superiores, se replegaron á la posta, y fortificándose en el corral de piedras, gritaron: *¡Viva la Patria!* en señal de rendición, cesando el fuego. Las primeras luces del alba les hicieron conocer el corto número de patriotas, y entonces volvieron á romper el fuego, pero sin abandonar los muros del corral.

La Madrid emprendió entonces su retirada, más

pesaroso de no haber tomado la compañía entera, que satisfecho de la ventaja obtenida. Llegados al cuartel general con los prisioneros, los tres valientes batidores fueron recompensados por el general Belgrano con el glorioso título de *Sargentos de Tambo Nuevo*, con el cual han pasado á la historia, para enseñar que cuando un ejército está animado de nobles pasiones, hasta los simples soldados tienen las inspiraciones de los héroes.

(B. MITRE).

---

## LECCIÓN LXXX.

### Un medio de corregir los propios defectos.

En mi juventud, dice Benjamín Franklin, americano ilustre, concebí el difícil proyecto de llegar á la perfección moral. Yo deseaba corregirme de todas las faltas á que podían arrastrarme mis inclinaciones naturales, el hábito ó las imperfecciones de la sociedad en que vivía. Con tal objeto ensayé el siguiente método. Reuní bajo el nombre de doce virtudes todas las reglas que á mi juicio debía observar un hombre prudente y honrado.

He aquí los nombres de las virtudes con sus preceptos:

1.<sup>a</sup> *Templanza* — No comer nunca hasta el exceso. No beber hasta turbarse la razón.

2.<sup>a</sup> *Silencio* — No decir sino lo que puede ser útil. Evitar las conversaciones ociosas.

3.<sup>a</sup> *Orden* — Que cada cosa tenga su lugar y cada ocupación su tiempo.

4.<sup>a</sup> *Resolución* — Tomar la resolución de hacer lo que el deber aconseje, y una vez tomada, ejecutar sin falta lo resuelto.

5.<sup>a</sup> *Economía* — No gastar nada sino por el bien propio ó de los semejantes; es decir, no derrochar.

6.<sup>a</sup> *Trabajo* — No perder el tiempo. Ocuparse siempre en alguna cosa útil. Abstenerse de ejecutar lo innecesario.

7.<sup>a</sup> *Sinceridad* — No usar de rodeos en sus acciones. Pensar con inocencia y con justicia. Hablar como se piensa.

8.<sup>a</sup> *Justicia* — No hacer daño á nadie, obrando mal ó dejando de obrar como el deber lo impone.

9.<sup>a</sup> *Limpieza* — No soportar ninguna suciedad ni en el cuerpo, ni en las ropas, ni en las habitaciones.

10.<sup>a</sup> *Calma* — No perturbarse por bagatelas ó por accidentes ordinarios ó irremediables.

11.<sup>a</sup> *Moderación* — Evitar las exageraciones.

12.<sup>o</sup> *Humildad* — Imitar á Jesucristo.

Como mi designio, agrega Franklin, era adquirir el hábito de todas estas virtudes, resolví aplicarme particularmente durante el curso de cada semana á una de ellas, sin olvidar las otras. Para el efecto hice una pequeña libreta de doce páginas, poniendo en el encábezamiento de cada una de éstas el nombre de una de las virtudes. Reglé cada página con tinta colorada, formando siete columnas que correspondían á los días de la semana. Tracé en seguida doce rayas transversales, al principio de las cuales escribí abreviadamente el nombre de las doce virtudes. Sobre cada línea y en la columna del día correspondiente debía hacer una pequeña marca con tinta, por cada falta que, después de examen, reconociera haber cometido.

De esta manera podía hacer un curso completo en doce semanas y volverlo á empezar cuatro veces por año. Del mismo modo que un jardinero interesado en limpiar su jardín, no se empeña en arrancar á la vez todas las malas yerbas, sino que comienza primero por uno de los canteros y no pasa á otro sino después de concluído su trabajo, así yo esperaba gozar del placer estimulante de observar en las páginas de mi libreta los progresos que hiciera en el camino de cada virtud por la disminución sucesiva y paulatina del número de marcas, hasta que al fin, después de recomenzar

varias veces, tuviese la felicidad de notar que mi libreta se hallaba completamente blanca, como debe estar la conciencia de los hombres honrados.

Puse, pues, mi plan en ejecución, y tuve la sorpresa de encontrarme con más defectos de los que me había supuesto; pero tuve también la satisfacción de verlos disminuir.

Esto dice Franklin, que fué un sabio y un hombre virtuoso. Sus conciudadanos y el mundo entero hablan siempre de él con respeto y veneración.

Muy fácil es imitar el ejemplo de Franklin.

Imítlenlo los niños que tengan el deseo de ser honrados y felices.

Y como es bueno empezar temprano la corrección de los defectos, hagan desde luego un trabajo semejante al de Franklin, poniendo en una libreta arreglada como la de éste, las siguientes virtudes ú otras, y propónganse adquirirlas poco á poco:

1.<sup>a</sup> *Obediencia* — Cumplid las órdenes de vuestros padres y de vuestros maestros, con entera sumisión, cualesquiera que sean las contrariedades que os produzcan.

2.<sup>a</sup> *Puntualidad* — Sed exactos en la ejecución de todas vuestras tareas, penosas ó agradables.

3.<sup>a</sup> *Aplicación* — Consagrad el tiempo necesario á vuestros estudios y trabajos. No dejéis nunca vuestras

lecciones y quehaceres útiles para perder el tiempo en juegos excesivos.

4.<sup>a</sup> *Orden* — Que cada cosa tenga su lugar y cada asunto su tiempo.

5.<sup>a</sup> *Cultura de lenguaje* — No uséis malas palabras. Los niños decentes se distinguen de los pillos en que siempre hablan bien.

6.<sup>a</sup> *Limpieza* — Conservad vuestro cuerpo y vuestras ropas sin suciedad ni manchas. El hábito de la limpieza que tanto dignifica al hombre, no se adquiere sino á fuerza de perseverancia.

Siguiendo también el ejemplo de Franklin, tomad un pequeño cuaderno y arreglad cada una de sus páginas de esta manera:

### OBEDIENCIA.

	Lupos	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
Obediencia . . . .		—			—		
Puntualidad . . .	—	—		—		—	—
Aplicación . . . .		—	—		—		—
Orden . . . . .	—		—	—		—	
Cultura de lenguaje	—	—		—		—	—
Limpieza . . . .		—	—		—		

## LECCIÓN LXXXI.

### La luz mala.

Larga tropa de carretas  
Atraviesa la llanura,  
Bajo la eterna hermosura  
De los radiantes planetas.  
Al tardo paso sujetas  
De los bueyes, enfiladas,  
Salvan lomas y quebradas.  
Y en el trébol florecido,  
Haciendo áspero ruido,  
Hunden las ruedas pesadas.

Vense allí en el claroscuro  
De mil vagos resplandores,  
Oscilar sus conductores  
Sobre el pértigo inseguro.  
De llegar no tiene apuro  
Á su rancho el picador,  
Pero, músico y cantor,  
Entretiene su camino  
Con algún triste argentino  
Que llora ausencias de amor.

La Cruz del Sud, suspendida  
Sobre los campos desiertos,  
Tiende los brazos abiertos  
Hacia la tierra dormida.  
Y en la sombra sumergida  
Aquella inmensa región,  
Llena de mística unción,  
Por el trébol perfumada,  
Está á sus plantas postrada  
Como en perpetua oración.

Súbito brilla á lo lejos  
Una luz . . . la luz maldita,  
Cuya historia nunca escrita  
Saben jóvenes y viejos.  
Vedla: lanza mil reflejos;  
Se detiene y humo exhala;  
Incendia el campo; resbala  
Retorciéndose maligna;  
Y cada uno se persigna.  
Murmurando: «¡la luz mala!»

— «Es el alma de un hermano.  
Que desterrada del cielo,  
Solitaria y sin consuelo  
Vaga errante por el llano.

Un espíritu cristiano  
De crüeles ansias lleno,  
Que, de la noche en el seno,  
Nos ha pedido otras veces  
Una cruz y algunas preces  
Que lo tornen justo y bueno.»

Así dicen, y entretanto,  
Esquivando sus destellos,  
Rezan juntos todos ellos,  
Olvidados ya del canto;  
Y ven, trémulos de espanto,  
Cómo la luz resplandece,  
Y chispea, y desaparece,  
Y con nueva brillantez  
Ilumina, y cada vez  
Más y más grande parece.

Ora se hunde en el bajío,  
Ora corre por la loma,  
Pero siempre avanza, y toma  
Por momentos nuevo brío.  
Del horizonte sombrío  
Se aproxima á cada instante,  
Y hacia atrás y hacia adelante  
Huyen las sombras inquietas,

Y se acerca á las carretas  
Con un ojo centellante.

Y, mientras lleno de horror,  
Tras esfuerzos sobrehumanos,  
Se cubre con ambas manos  
Todo el rostro el picador,  
El penacho de vapor  
Suelto al aire, rauda, altiva,  
Rumorosa y convulsiva  
Cual un potro desbocado,  
Pasa hirviendo por su lado  
La veloz locomotiva.

Mal hacéis vuestro camino  
Paso á paso y lentamente,  
Al alcance del torrente,  
Antiguo pueblo argentino:  
¡Cantad himnos al destino,  
Y cuando en noche serena  
Brille una luz, no os dé pena,  
No temáis, criollos, por eso,  
Que en las vías del progreso  
La luz mala es la luz buena!

(RAFAEL OBLIGADO.)

## LECCIÓN LXXXII.



### El Sorteo de Matucana.

Se designa con este nombre un hermoso episodio de la guerra de la independencia americana, ocurrido en 1824, después que los españoles se apoderaron de Lima.

El General Mitre lo refiere así en su historia de San Martín:

«Los oficiales patriotas prisioneros en número de 160, fueron dirigidos á pié al valle de Jauja, custo-

diados en dos partidas, por la división de Monet, de regreso á Jauja, por el camino de San Mateo. En la primera jornada pernoctaron á 36 kilómetros de Lima. Dos de ellos, el mayor Juan Ramón Estomba y el capitán Pedro José Luna, se tendieron fatigados en el suelo, uno al lado del otro, y antes de entregarse al sueño se concertaron para fugar en la primera ocasión propicia, comunicando su proyecto al mayor Pedro José Díaz y á los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Al tercer día de marcha, llegaron á una estrecha ladera. Marchaban los presos en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudán. Al descender al fondo de la quebrada y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizaron á lo largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán cerraron el claro, renunciando á la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida.

Informado Monet de la evasión, así que llegó al pueblo de San Juan de Matucana, á 47 kilómetros de Lima, ordenó que dos de los prisioneros fuesen ejecutados á la suerte en reemplazo de los dos fugados. Presentóse al grupo el General García Camba, jefe de estado mayor de la división, y haciéndolos formar en ala, les intimó la sentencia. El doctor José López Aldana, auditor del ejército independiente, protestó con-

tra la bárbara ley, violatoria del derecho de gentes, que constituía á la víctima en guardian de la víctima bajo pena de la vida. El coronel José Videla Castillo (argentino) que por su elevada graduación formaba á la cabeza, dijo con tranquila entereza: — «Es inútil la suerte. Aquí estamos dos coroneles: elijase cual de los dos ha de ser fusilado, ó los dos juntos si se quiere, y hemos concluido,» — No! No! la suerte! gritaron los prisioneros á una voz. El General Pascual Vivero, anciano de setenta años, el mismo que había perdido la plaza de Guayaquil y simpatizado después con la causa sud-americana, por tener dos hijos en las filas independientes, estaba exceptuado del sorteo. Expon-táneamente se puso á la cabeza de la fila. — Señor don Pascual, con Vd. no reza la órden, le dijo García Camba. — ¡Sí! reza, replicó el anciano con noble laco-nismo. En seguida se procedió al sorteo á muerte. Las cédulas, escritas por García Camba sobre una caja de guerra que la tenía un tambor de órdenes, fueron dobladas por su mano, y arrojadas en el morrión có-nico de un soldado del Regimiento de Cantabria que daba la escolta del suplicio y acto continuo se pasó nominalmente la lista fúnebre.

---

## LECCIÓN LXXXIII.

### El Sorteo de Matucana.

(Continuación)

La primera cédula, que tomó Videla Castillo era blanca. Las cuatro que siguieron fueron también blancas. Al llegar su turno al sexto en el orden de la fila, que lo era un mayor Tenorio, exclamó:—Yo no tomo cédula. El señor (agregó señalando al capitán Ramón Lista) sabe quienes protegieron la fuga.—Yo no sé nada, interrumpió Lista ¡Venga la suerte!—¡Usted me lo ha dicho!—¡Es usted un infame!—En aquel momento salió un joven de entre las filas y adelantándose cuatro pasos, prorrumpió con voz vibrante:—¡Yo soy uno!—¡Yo soy el otro! exclamó inmediatamente un oficial, que imitó la acción de su compañero.—¡Venga la suerte! gritaron todos, con excepción de Tenorio.—¡Es inútil! contestaron los dos oficiales que se ofrecían como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas.—Uno de ellos llamábase Manuel Prudan: era hijo de Buenos Aires, había hecho las primeras campañas del Alto Perú y prisionero en Vilcapujio permaneció en las casamatas del Callao durante siete años. Contaba 24 años de edad.

El otro, Domingo Millán, de edad provecta, que era natural de Tucumán, y prisionero en Ayohuma, había sido compañero de Prudán. Los prisioneros pidieron que se continuase el sorteo;—¡Es inútil! interrumpió Millán: en prueba de que soy yo quien debe morir, aquí está una carta de Estomba.—En mi maleta se encontrará la casaca de Luna, agregó Prudán.—No hay que aflijirse, dijeron á sus compañeros: verán morir á dos valientes.—No hay para que seguir la suerte, dijo entonces con frialdad García Camba; habiéndose presentado los dos culpables serán fusilados.

Puestas en capilla las dos víctimas inmolatorias, los confesó el cura de Matucana. Millán pidió como una última gracia que le dejaran vestir su uniforme. Se lo puso, sacó del forro de la casaca las medallas de Tucumán y Salta que colgó del pecho, y dijo: He combatido por la independencia desde jóven; me he hallado en ocho batallas; he estado prisionero siete años y hubiera estado setenta antes que transigir con la tiranía. Los ejecutantes quisieron vendarles los ojos; pero ambos se resistieron. Millán que era calvo con una orla de cabellos negros que le circundaba el cráneo, lo que le daba un aspecto imponente, al tiempo de apuntarle, desabrochándose la casaca, gritó con voz firme.—¡Al pecho! ¡al pecho! ¡Viva la patria!—Prudán murió con la resignación de un mártir, gritando también: ¡Viva Buenos Aires!

## LECCIÓN LXXXIV.

### Al Plata.

. . . . .  
. . . . .  
El angel del futuro de hinojos en Oriente  
Espera el primer rayo del venidero sol,  
Para decir al hombre del viejo continente:  
*«La aurora se levanta del mundo de Colón.»*

Mañana de esa aurora los rayos en el monte  
Los rayos en las ondas, los rayos á doquier,  
Harán sobre los cielos, magnífico horizonte  
Que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente  
Descenderá del cielo la bendición á tí,  
Y entonce el viejo mundo te gritará: «detente  
Mis razas arrebatas, mi genio y porvenir.»

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas  
Las ciencias y las artes cual perlas de la mar,  
Y de hombres y de industrias y de virtudes llenas  
Salpicarás el arbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo  
Podrás girar altivo los ojos en redor,  
Sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo,  
Ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre argentina frente  
Alzar de los tiranos el látigo otra vez!  
Sacudirás tus ondas y al eco solamente  
El hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonces  
Ofertas y amenazas y naves burlarás;  
Y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce  
Que osare en las riberas del Plata retumbar!

La libertad hermosa se bañará en tus olas,  
El aire de su vida lo aspirará de tí,  
Y en tus riberas, ántes tan áridas y solas,  
Tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza  
El labrador sus flores derramará á sus piés;  
Y el alto pensamiento, mirando su cabeza,  
Del genio en la batalla le buscará laurel.

Y poderoso entonces y entusiasmado y libre  
¿Qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?

¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre  
Y cien ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando á tu alerta grite la Patagonia ¡alerta!  
¡Alerta! el viejo Chaco, y ¡alerta! el Paraná;  
Y la Nación levante su frente descubierta,  
Diciendo con sus broncees al enemigo ¡atrás!

JOSÉ MÁRMOL.

FIN.

# ÍNDICE

		Páginas
I . . . . .	El libro Tercero . . . . .	3
II . . . . .	Un hombre feliz . . . . .	5
III . . . . .	Los adivinos . . . . .	7
IV . . . . .	El oso, la mona y el cerdo (Poesía) . . . . .	9
V . . . . .	El balero . . . . .	10
VI . . . . .	Los dos hermanos . . . . .	12
VII . . . . .	Un hombre desgraciado . . . . .	14
VIII . . . . .	El avestruz, el dromedario y la zorra (Poesía) . . . . .	16
IX . . . . .	Una rabona . . . . .	17
X . . . . .	El 25 de Mayo . . . . .	19
XI . . . . .	Un día de fuerte viento . . . . .	22
XII . . . . .	El elefante y otros animales (Poesía) . . . . .	24
XIII . . . . .	Libertad inesperada . . . . .	28
XIV . . . . .	Un niño adelantado . . . . .	30
XV . . . . .	Los fantasmas . . . . .	32
XVI . . . . .	La música de los animales (Poesía) . . . . .	36
XVII . . . . .	Noticias de una estancia . . . . .	40
XVIII . . . . .	Los gallos peleadores . . . . .	43
XIX . . . . .	Un buen modo de cazar pajaritos . . . . .	45
XX . . . . .	El caminante y la mula (Poesía) . . . . .	48
XXI . . . . .	¡Están verdes! . . . . .	50
XXII . . . . .	Lo que dicen las láminas . . . . .	52
XXIII . . . . .	El verdadero valor . . . . .	54

	Páginas
XXIV . . . . .	Las naranjas (Poesía) . . . . . 57
XXV . . . . .	El negro . . . . . 61
XXVI . . . . .	¡Cuidado con el primer trago! . . . . . 63
XXVII . . . . .	Las madres . . . . . 66
XXVIII . . . . .	Mi madre (Poesía) . . . . . 68
XXIX . . . . .	La huerta descuidada . . . . . 70
XXX . . . . .	La honradez . . . . . 73
XXXI . . . . .	El pobre soldado . . . . . 76
XXXII . . . . .	El pavo real y el ruiseñor (Poesía) . . . . . 78
XXXIII . . . . .	Una buena lección . . . . . 82
XXXIV . . . . .	La veracidad . . . . . 84
XXXV . . . . .	El pequeño Chulo y el Gigante . . . . . 87
XXXVI . . . . .	El concierto de los animales (Poesía) . . . . . 91
XXXVII . . . . .	Un beso por una bofetada . . . . . 94
XXXVIII . . . . .	El color del camaleón . . . . . 96
XXXIX . . . . .	La virtud recompensada . . . . . 99
XL . . . . .	La caridad (Poesía) . . . . . 102
XLI . . . . .	El cazador burlado . . . . . 107
XLII . . . . .	El hombre, el caballo y el toro (Poesía) . . . . . 110
XLIII . . . . .	La sortija . . . . . 112
XLIV . . . . .	Recuerdos del Río Negro (Poesía) . . . . . 114
XLV . . . . .	Un viaje á Buenos Aires . . . . . 117
XLVI . . . . .	Un viaje á Buenos Aires (continuación) . . . . . 119
XLVII . . . . .	Los animales inofensivos . . . . . 122
XLVIII . . . . .	A mi hijita de cinco años (Poesía) . . . . . 124
XLIX . . . . .	Bromas pesadas . . . . . 129
L . . . . .	La venganza . . . . . 132
LI . . . . .	Las dos olas (Poesía) . . . . . 136
LII . . . . .	La bandera argentina . . . . . 140
LIII . . . . .	Al pabellón nacional (Poesía) . . . . . 143
LIV . . . . .	El amor al estudio . . . . . 145
LV . . . . .	Los granaderos á caballo . . . . . 150

	Páginas
LVI . . . . .	El tambor de San Martín (Poesía) . . . . . 154
LVII . . . . .	Un buque . . . . . 158
LVIII . . . . .	La cabeza al revés . . . . . 162
LIX . . . . .	La apología del chocho (Poesía) . . . . . 166
LX . . . . .	El teatro viejo . . . . . 171
LXI . . . . .	Un susto mortal . . . . . 175
LXII . . . . .	El General San Martín . . . . . 179
LXIII . . . . .	El consejo maternal (Poesía) . . . . . 183
LXIV . . . . .	Buenos Aires antiguo . . . . . 185
LXV . . . . .	Como es Margot (Poesía) . . . . . 191
LXVI . . . . .	Los maestros . . . . . 194
LXVII . . . . .	Un rabonero . . . . . 197
LXVIII . . . . .	La ardilla, el dogo y el zorro (Poesía) . . . . . 200
LXIX . . . . .	El bautismo de la caballería argentina . . . . . 206
LXX . . . . .	La fuerza de la consigna . . . . . 210
LXXI . . . . .	La madre de un genio . . . . . 214
LXXII . . . . .	La cometa (Poesía) . . . . . 217
LXXIII . . . . .	El General Belgrano . . . . . 220
LXXIV . . . . .	Las ventajas de la instrucción . . . . . 223
LXXV . . . . .	Caridad (Poesía) . . . . . 226
LXXVI . . . . .	Una niña virtuosa . . . . . 229
LXXVII . . . . .	Los extranjeros . . . . . 232
LXXVIII . . . . .	La gloria del progreso (Poesía) . . . . . 235
LXXIX . . . . .	Los sargentos de Tambo Nuevo . . . . . 239
LXXX . . . . .	Un medio de corregir los propios defectos . . . . . 244
LXXXI . . . . .	La luz mala (Poesía) . . . . . 249
LXXXII . . . . .	El sorteo de Matucana . . . . . 253
LXXXIII . . . . .	El sorteo de Matucana (continuación) . . . . . 256
LXXXIX . . . . .	Al Plata (Poesía) . . . . . 258

CASA IMPORTADORA

— DE —

CEPPI, MÜLLER & C<sup>IA</sup>

Sucesores de GALLI H<sup>NOS</sup>.

ARTÍCULOS DE LIBRERIA, PAPELERIA y ESCRITORIO

UTILES PARA LAS ESCUELAS

TINTAS DE UNION & Co.

CALLE PIEDAD 1081

BUENOS AIRES

Union Telefónica 646 — Cooperativa 275

Casilla Correo 102